



**JUAN:  
EL EVANGELIO  
QUE TUVO QUE  
SER  
ESCRITO**

**Por Fred E. Kinzie**

**Una publicación de la Asociación Global de  
Estudios Teológicos**

**JUAN**  
**EL EVANGELIO QUE TUVO QUE SER ESCRITO**  
por Fred E. Kinzie

©1995, Word Aflame Press Hazelwood, MO 63042-2299

Todas las citas de las Escrituras en este libro son de la versión King James de la Biblia, a menos que se identifique de otra manera.

Todos los derechos están reservados. Ninguna porción de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en un sistema electrónico, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, o de otra manera, sin el permiso previo de Word Aflame Press. Pueden utilizarse citas breves en las reseñas literarias.

Impreso en Estados Unidos de América

Impreso por

Datos de catalogación en publicación de la Biblioteca del Congreso

Kinzie, Frederick E., 1914-

John: the gospel that had to be written / Fred E. Kinzie.

p. cm. Includes bibliographical references (p.)

ISBN 1-56722-037-1 (pbk.)

1. Bible. N.T John—Commentaries. 1. Title.

BS2615.3.K56 1995

226.5'07—dc20

95-14305

CIP

## Contenido

## Página #

<b>Prólogo</b>	<b>4</b>
<b>Reconocimiento</b>	<b>5</b>
<b>Introducción</b>	<b>6</b>
1. Prólogo De Juan	13
<b>Primera Parte: Revelación Pública</b>	
2. Dentro Del Libro	24
3. Las Señales Comienzan	29
4. Algo Nuevo	33
5. ¡Venid, Ved A Un Hombre!	39
6. La Autoridad De Cristo Sobre La Ley	42
7. El Pan De Vida	46
8. Jesús En La Fiesta De Los Tabernáculos	51
9. ¿Dónde Está Tu Padre?	58
10. Ver Para Creer	67
11. Yo Y El Padre Uno Somos	70
12. ¡Lázaro, Ven Fuera!	76
13. La Transición	80
<b>Segunda Parte: Revelación Privada</b>	
14. La Comunicación íntima	86
15. La Identidad De Jesucristo	91
16. La Vid Y Los Pámpanos	99
17. Os Mostrare Claramente al Padre	103
18. La Shekinah Se Muestra Claramente	108
<b>Tercera Parte: La Pasión de Jesús</b>	
19. Jesús En El Juicio	112
20. Destruid Este Templo	116
21. En Tres Días Lo Levantaré	121
22. La Restauración De Pedro	128
Conclusión	131
El Prologo	132
<i>Recomendaciones</i>	135

## Prólogo

Al igual que hay sermones que deberían predicarse y otros que deben predicarse, hay libros que deberían escribirse y otros que los tiempos exigen que se escriban. Esta obra entra en esta última categoría. Estos tiempos requieren esta visión única de Juan, el Evangelio que debía ser escrito.

Nuestro amado hermano F. E. Kinzie se ha sumergido en el profundo pozo de la sabiduría bíblica. Y ha añadido sus años de instinto dotado por el Espíritu para compartir estas tremendas percepciones sobre lo que comúnmente llamamos el Cuarto Evangelio.

A menudo he dicho, “Si un hombre te deja pensar, lo aceptas. Si te hace reflexionar, tiendes a rechazarlo”. Así que, antes incluso de que leas el primer capítulo de este libro, déjame decirte. Te va a hacer pensar. No es algo que se pueda dominar con una lectura rápida. No es un libro para el microondas. Es uno para la olla de cocción a fuego lento. Pero permítanme asegurarles que cuando lo terminen, comprenderán el Evangelio de Juan y una nueva iluminación—como un foco—sobre la persona y la obra de Jesucristo que nunca habían experimentado. Verdaderamente, Jesús es el héroe de este libro.

Felicito a mi amigo, el hermano Fred Kinzie, por haber escrito este libro. Y felicito por su iluminación espiritual, a Juan: El Evangelio Que Tenía Que Ser Escrito.

T. F. Tenney

## Reconocimiento

Muchas gracias, con mucho aprecio, a las siguientes personas por sus sinceras contribuciones a este libro:

Sue Graziano, profesora de derecho de la Universidad de Bowling Green, leyó cuidadosamente y corrigió muchos errores ortográficos, gramaticales y de puntuación e hizo recomendaciones sobre el contenido.

Jack Phelps, ardiente estudioso de la Biblia, hizo varias sugerencias que se han incorporado al libro.

Mary Smith, abogada, que leyó el manuscrito con mucho entusiasmo e hizo muchas valiosas sugerencias.

Mark Smith, abogado corporativo, hizo innumerables recomendaciones, muchas de las cuales se incluyen en esta obra.

Travis Miller, instructor de secundaria y ministro de la juventud, quien, después de leer el manuscrito, pronunció inadvertidamente las palabras que sugirieron el título de este libro.

Agradezco a Tom Fred Tenney, superintendente del Distrito de Luisiana, que aceptó de buen grado escribir el prólogo.

Agradezco a E. L. Holley, superintendente del Distrito de Texas, que revisó con entusiasmo el manuscrito e hizo recomendaciones que se incluyen en el libro.

Los editores J. L. Hall y David Bernard afinaron el manuscrito y lo hicieron presentable.

## Introducción

En Jesucristo, Dios se extendió al ámbito de la humanidad. Aunque parezca increíble, Dios, en toda su plenitud, se hizo hombre. Es probablemente el pronunciamiento más incomprendido y controvertido de las Escrituras, pero es cierto.

Aunque es un misterio, es el latido de la Biblia, el tema central de toda la creación y la verdad que todo hijo de Dios debe abrazar con sinceridad. Asusta a los místicos, enfurece a los ateos, confunde a los judíos, intimida al diablo, deja perplejas a las multitudes, desconcierta a los eclesiásticos, pero emociona al verdadero creyente.

Es más que una simple creencia en un Dios. Los judíos creen en un solo Dios; la Biblia declara que incluso los demonios creen en un solo Dios y tiemblan (Santiago 2:19). La fe del Nuevo Testamento, sin embargo, va un paso más allá en el sentido de que abarca la verdad de que Dios salió de su dominio real, se veló a sí mismo con una vestimenta de carne perfecta, y brilló en todo su glorioso esplendor en el rostro de Jesucristo. (Véase II Corintios 4:6).

Que un bebé pudiera ser el Dios todopoderoso era tan asombroso e increíble que a los líderes religiosos de la época les resultaba imposible de comprender, creer o aceptar. Para los judíos era una blasfemia. Su elevado concepto de Dios no podía dar cabida a esta verdad, aunque sus Escrituras hebreas lo profetizaban. Su Mesías iba a venir, sí, pero no de esta manera. De ahí su violenta oposición a Jesucristo.

Juan escribió sobre las señales, los acontecimientos y los incidentes que acabaron por convencerle de quién era Jesús. Aunque escribió casi sesenta años después, recordó esas señales e incidentes de vital importancia para él y los otros apóstoles en su comprensión de Jesucristo como Señor y Dios.

En el *Expositor's Bible* (Biblia del Expositor), Marcus Dods explicó cómo Juan logró su propósito: "Este propósito, Juan juzga que lo logrará mejor, no escribiendo un ensayo, ni enmarcando un argumento abstracto en defensa de las afirmaciones de Jesús, sino reproduciendo en su Evangelio aquellas manifestaciones de su gloria que provocaron la fe en los primeros discípulos y en otros. Piensa que lo que había producido la fe en su caso y en el de sus condiscípulos, si se expone con justicia ante los hombres, generará también la fe en ellos. Por lo tanto, relata, con la mayor sencillez de lenguaje, las escenas en las que Jesús le pareció que había revelado de manera más significativa su poder y su bondad y que había demostrado de manera más contundente que el Padre estaba en Él".<sup>1</sup>

Los apóstoles no tenían inicialmente una fe perfecta en Jesús. Sin embargo, su fe aumentó a medida que se relacionaban con Él, oyendo y viendo las cosas que decía y hacía.

La verdad de que Jesucristo es tanto Señor como Dios estaba siendo atacada en la época en que Juan escribió. Las fuerzas habían convergido en la escena, lo que causó una profunda preocupación dentro de la iglesia naciente. Además, Satanás había dispuesto sus demonios para atacar a la iglesia.

Judas, escribiendo alrededor del año 68 d. C., fue testigo de este ataque y escribió sobre él en su epístola, en la que registró la gravedad de este asalto. “Porque algunos hombres han entrado encubiertamente, los que desde antes habían sido destinados para esta condenación, hombres impíos, que convierten en libertinaje la gracia de nuestro Dios, y niegan a Dios el único soberano, y a nuestro Señor Jesucristo” (Judas 4). Pablo también advirtió sobre los ataques a la verdad, incluyendo la Encarnación y la deidad de Jesucristo. (Véase Hechos 20:28-31; Colosenses 2:810; II Timoteo 3:1-5, 13).

Había que alzar la voz, repudiando esta insidiosa embestida. Los falsos maestros y sus negaciones no podían quedar sin respuesta. Además, Dios previó las controversias venideras que sacudirían a la iglesia hasta sus mismos cimientos cuando la gente tratara de dividirlo en tres personas. Habían transcurrido veinte años desde la muerte de Pablo y Judas, y Juan era ahora el único apóstol que quedaba. Por lo tanto, recayó sobre él la responsabilidad de escribir el Evangelio que había que escribir. ¿Por qué tenía Juan que componer este Evangelio? Hay muchas razones, entre ellas las siguientes:

- Los tiempos peligrosos lo exigían.
- La Biblia inconclusa lo exigía.
- Los desafíos de los hombres malvados e impíos lo exigían.
- La oposición maliciosa lo exigía.
- El futuro controvertido lo exigía.

Juan reafirmó la deidad de Jesús, enfatizando el origen divino de Cristo más que los otros escritores. Los Evangelios Sinópticos—Mateo, Marcos, y Lucas—se habían escrito y distribuido durante muchos años antes de que Juan pusiera su pluma en el pergamino. Tanto Mateo como Lucas contaron la historia del nacimiento de Jesús. Marcos no proporcionó ninguna información sobre el nacimiento de Jesús. Juan quería que sus lectores vieran a Dios descendiendo desde el elevado reino de la eternidad al bajo estado de la humanidad. Jesús no era, como afirmaban los judíos, un hombre que intentaba ascender a la excelsa estatura de la deidad (Juan 10:33). El retrato que hizo Juan de Cristo, escrito hacia el año 85-90 d. C., fue el del Verbo (Dios) hecho carne, viviendo, caminando, hablando y mezclándose con su creación. Presentó el misterio de la Encarnación.

El retrato de Juan es de Uno que es plenamente Dios y plenamente hombre. No es solo una parte de Dios, sino totalmente Dios; no es parcialmente hombre, sino totalmente hombre. Era un hombre que podía sentir, saborear, oler, oír y ver como un ser humano y, sin embargo, expresar con precisión el latido interior de la suprema Majestad en lo alto. Todo lo que Dios ha sido o será. Todos los atributos que hacen que Dios sea quien es, se expresaron y exhibieron

plenamente en el hombre que caminó por las costas de Galilea. Curó a los enfermos, resucitó a los muertos, calmó las tormentas, expulsó a los demonios, consoló a los que lloraban y perdonó a los pecadores.

Para afirmar esta verdad, Juan recordó ocho signos que la verifican, junto con más de treinta incidentes que retratan que Jesús no era un ser humano ordinario, sino la encarnación del gran Dios que caminaba y hablaba en él.<sup>2</sup>

El Evangelio de Juan no es una historia de todo lo que hizo Jesús en sus tres años y medio de vida pública o antes de ella. Pero Juan escribió para afirmar la tremenda verdad de que Jesucristo es únicamente el Hijo de Dios. El único Dios verdadero manifestado en la carne. Él es la verdad de Dios. Jesús es la vida de Dios. Él es el camino de Dios. Fuera de Él, no hay acceso a Dios. Si lo conocemos, conocemos a Dios. Si lo hemos visto, hemos visto a Dios. Si lo hemos experimentado, hemos experimentado a Dios. (Véase Juan 8:19; 14:6-9).

John abordó dos cuestiones críticas—uno en la superficie, el otro en la subsuperficie; uno visto, el otro no visto; uno conocido, el otro desconocido. Pero, al final, los dos se funden en una sola entidad. Tomás comprobó esta verdad. En un arrebato apasionado cuando vislumbró la gloria radiante de Dios residente en Cristo, al iluminar su corazón en la primera visión de Él después de la Resurrección.

La fuerza del reconocimiento de Tomás se expresa en esta exposición en muchas ocasiones como el tono y el sobre tono. El estilo es lo que vemos u oímos directamente, lo evidente; el matiz es el significado subyacente, una sugerencia o connotación no discernible al instante, pero presente.

En el Evangelio de Juan, signo tras signo, incidente tras incidente, se centra en esta doble expresión del Dios todopoderoso, ¡Espíritu y carne! Como predijo el profeta en Isaías 9:6-7, el Mesías sería el Admirable, el Consejero, el Dios poderoso, el Padre eterno, el Príncipe de la Paz, cuyo gobierno no tendrá fin. Es un gobierno eterno que descansa sobre los hombros del niño nacido, del hijo dado. Todo esto en el Verbo (Dios) hecho carne, Jesucristo.

Marcus Dods en *The Expositor's Bible* llamó al Evangelio de Juan una “obra de arte perfecta”, que excluye todo lo que no sirve a su fin primordial. Además, “desde la primera palabra hasta la última, no hay párrafo, frase o expresión que esté fuera de su lugar o de la que podamos prescindir. Una parte está unida a otra en perfecto equilibrio. La secuencia puede ser a veces oscura, pero la secuencia siempre existe”.<sup>3</sup>

## **El Evangelio De Juan Es Reflexivo**

Juan escribió sobre las cosas tal y como ocurrieron, unos sesenta años reflexivos después. A menudo leemos que Juan miraba hacia atrás, a las cosas que dijo Jesús, desde una perspectiva profunda. Por ejemplo, en Juan 2:22, escribió sobre los apóstoles recordando las

palabras de Jesús después de su resurrección: “Por tanto, cuando resucitó de entre los muertos, sus discípulos se acordaron que había dicho esto; y creyeron la Escritura y la palabra que Jesús había dicho”. Otro ejemplo es Juan 7:38-39, donde insertó palabras reflexivas desde una perspectiva ahora comprendida. Después de la efusión del Espíritu Santo en el Día de Pentecostés, supo lo que Jesús quiso decir cuando pronunció, “De su interior correrán ríos de agua viva. Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en él; pues aún no había venido el Espíritu Santo, porque Jesús no había sido aún glorificado”. El tiempo y la experiencia le dieron el conocimiento que le faltaba cuando Jesús dijo esas palabras.

Juan seleccionó varias señales e incidentes específicos porque sabía lo necesarios que habían sido para convencerle a él y a sus compañeros de que Jesús era tanto Señor como Dios.

Juan presenta a Dios en un doble papel en su Evangelio. En primer lugar, lo vio en el pasado eterno como Creador, el hacedor de todas las cosas, el único poseedor de la vida, la vida que es la luz de todas las personas, que brilla en la oscuridad.

El otro papel es la Encarnación: “Y aquel Verbo [Dios] fue hecho carne, y habitó entre nosotros ... lleno de gracia y de verdad” (Juan 1:14). Mientras que el papel inicial es abstracto, este papel adquiere sustancia, forma, humanidad, un papel que se puede ver, oír, manejar y observar (I Juan 1:1).

Observaremos este doble papel al estudiar detenidamente este gran libro de Juan. No presenta dos personas, sino que localiza y observa al Padre en el Hijo. Un ministro afirmó, “En Jesucristo, Dios se convirtió en lo que nunca había sido, ¡pero no dejó de ser lo que siempre había sido!”

Ningún ser humano puede tener todo el conocimiento de la deidad. Si Pablo reconoció la Encarnación como un misterio sin controversia, ¿qué otro mortal puede intentar hacer más que entender lo que él y Juan escribieron?

Debemos considerar el escrito de Juan desde una perspectiva pre-trinitaria. Al interpretar y analizar el Libro de Juan, no se puede seguir justificadamente el concepto trinitario de Dios, pues era desconocido en la época de Juan. Juan no escribió con la doctrina de la trinidad en mente. Ni él ni los otros apóstoles conocían tal concepto de Dios. La sugerencia de un Dios trino no entró en la escena de la iglesia hasta finales del siglo II, e incluso entonces, no estaba en una forma desarrollada. En su forma actual, es el resultado de los Concilios de Nicea y Constantinopla en el 325 y 381 d. C.<sup>4</sup>

## El Estilo de Escritura de Juan

Cada autor tiene un estilo de escritura. Sin embargo, especialmente en este Evangelio, Juan utilizó principalmente un formato de preguntas y respuestas. Este formato es probablemente uno de los medios más eficaces para comunicar ideas y conceptos. Una pregunta suscita curiosidad, interés atento, especulación, participación, racionalización y, a veces, irritación.

El uso de preguntas no solo es una forma eficaz de comunicación, sino también de educación. Los profesores lo emplean en sus aulas; sus exámenes consisten en preguntas sobre el material que han enseñado. Además, el formato de las preguntas es usado por los entrevistadores en el mercado laboral, en la industria de la prensa, la radio y la televisión, y en las conferencias de prensa.

Tras el prólogo de John, siguió rápidamente este formato. Por supuesto, no todas las declaraciones o incidentes son una respuesta a una pregunta, pero la mayoría lo son.

Este libro coloca las preguntas en cada capítulo al principio para ayudar a entender por qué John escribió como lo hizo. En general, respondió a esas preguntas.

En gran medida, Juan recordaba 137 preguntas que forman el conjunto de la verdad sobre la que escribió. No todas estas cuestiones se hicieron durante el ministerio de Cristo, pero son preguntas esenciales que ayudan a Juan a presentar a Cristo en su perspectiva adecuada. Entre ellas hay dos preguntas cruciales cuyas respuestas constituyen gran parte de la base del libro de Juan. Nos referiremos a ellas con frecuencia. Las preguntas se encuentran en Juan 8:25 y 8:19:

1. “¿Tú quién eres?” – pregunta que los fariseos le hicieron a Jesús.
2. “¿Dónde está tu Padre?” – otra pregunta que los fariseos le hicieron a Jesús cuando dijo que su Padre estaba con él.

## Tonos y Matices

Otro elemento esencial del estilo de escritura de Juan es su capacidad única para captar los tonos y matices en los diversos signos e incidentes de la vida de Jesús.

Por tonos se entiende el significado directo, lo obvio, lo que es evidente para la mayoría de los lectores. Los matices son el significado subsuperficial, lo que está detrás y más allá de lo obvio, que la mayoría no captaría o comprendería inmediatamente. Los fariseos reconocieron muchos de estos matices. El *Webster's Unabridged Dictionary* (Diccionario Íntegro de Webster) define un matiz como la riqueza de sugerencias, asociaciones y connotaciones.

Destacaremos los tonos y sobre tonos a medida que vayamos trabajando en este fantástico libro. Dado que Juan tenía un doble propósito al escribir, los tonos y sobre tonos serán evidentes en casi todos los signos e incidentes que utilizó.

### **El Propósito de Juan**

Juan creía en Cristo de todo corazón y quería transmitir esta fe a sus lectores. Noventa y tres veces usó la palabra “creer” en relación con la aceptación de ciertos acontecimientos e incidentes relacionados con Cristo como verdaderos. Resumió el propósito de su relato de estos signos e incidentes en la vida de Jesucristo en 20:31: “Pero estas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis vida en su nombre”.

Este es el tema, el propósito de su Evangelio. Registró estas señales e incidentes con un propósito: provocar la fe en el corazón del lector.

Judas escribió su advertencia sobre los falsos maestros alrededor del año 68 d. C., y transcurrieron unos veinte años cuando Juan escribió su Evangelio. Las condiciones eran mucho peores que cuando Judas escribió. La gente negaba la existencia de Dios y especialmente ridiculizaba la idea de que Dios viniera a la tierra en la persona del Señor Jesucristo.

Juan escribió para contrarrestar estas ideas devastadoras y poner las cosas en su sitio. Su prioridad era reafirmar que Jesús era un hombre real, aunque perfecto, en la tierra. A continuación, presentó las pruebas para restablecer que este hombre, el Hijo de Dios, existió en la tierra durante treinta y tres años y medio. Por último, escribió para exponer la interacción de este hombre con la sociedad en general y sus apóstoles en particular.

Juan dejó a los otros escritores de los Evangelios la tarea de registrar el nacimiento de Cristo y muchos otros acontecimientos de su vida. Se centra en la esencia divino-humana de Su ser. (Véase Juan 1:1, 14, 18; 8:19, 56-58; 10:28-33; 13-17, y especialmente 14:6-11).

Para que la gente se salve y reciba la vida de Jesucristo, debe creer en Él sin una sombra de duda. Así, Juan registró ocho señales y muchos incidentes diseñados por Dios para inspirar la fe en los corazones de sus lectores.

Al principio, los discípulos de Cristo no creyeron plenamente en Él. Su fe llegó poco a poco. Se necesitó todo el período de su vida, muerte, sepultura y resurrección para convencerlos hasta el punto de comprometerse completamente con su causa. Como muestra Juan 2:22, no comprendieron ni creyeron plenamente hasta después de su resurrección.

El propósito de Juan era hacer que todos, tanto judíos como gentiles, fueran conscientes del principio básico de la fe. La fe se centra en Jesucristo como Hijo de Dios. Es más que un simple hombre o una figura histórica. Dios se invirtió en el ámbito de la humanidad, el Espíritu revestido de carne, estableciendo así la base de nuestra fe. Los judíos lo consideraban

una violación de su Shemá (confesión de fe en un solo Dios). Juan quería que entendieran que Jesús no infringía esa verdad, sino que, como Señor y Dios a la vez, encajaba perfectamente en ella.

Podemos separar el Evangelio de Juan en cuatro divisiones:

1. El Prólogo, 1:1-18
2. La Revelación Pública, 1:19-12:50
3. La Revelación Privada (íntima), 13:1-17:26
4. La Crucifixión y Resurrección, 18:1-21:25

Cada división tiene su importancia particular, y todas las piezas se mezclan para formar un hermoso y completo retrato de Cristo como Señor y Dios, refutando las negaciones de los hombres impíos sobre los que escribió Judas.

## Notas

<sup>1</sup> Marcus Dods, *The Expositor's Bible* (Grand Rapids: Eerdmans, 1947), 115.

<sup>2</sup> G. Campbell Morgan sugiere ocho signos, aunque algo diferentes a los que yo utilizo. G. Campbell Morgan, *The Gospel according to John* (New York, Fleming H. Revell), 33.

<sup>3</sup> Dods, 115.

<sup>4</sup> Véase Lars P Qualben, *A History of the Christian Church* (New York: Thomas Nelson and Sons, 1942), 116-123; *Encyclopaedia Britannica*, 16:410; David Bernard, *The Oneness of God* (Hazelwood, Mo.: Word Aflame Press, 1983), 255-83; Adam Clarke, *Clarke's Commentary* (Nashville: AbingdonCokesbury Press), 507.

# Capítulo 1

## Prólogo de Juan (Juan 1:1-18)

Los primeros dieciocho versículos del Evangelio de Juan exponen su declaración de fe y creencia en Dios. El resto del libro atestigua, corrobora y amplía esa declaración.

Podemos bosquejar este prólogo de la siguiente manera:

1. En el principio era el Verbo; el Verbo estaba con Dios y era Dios.
  - a. El Verbo (Dios) lo hizo todo.
  - b. Solo Él poseía la vida.
  - c. Su vida era la luz de las personas.
2. Dios envió a un hombre que se llamaba Juan.
  - a. Juan dio testimonio de la Luz.
  - b. Su propósito era llevar a la gente a la fe en la Luz.
  - c. Esta Luz ilumina a todos.
3. El mundo no conocía la Luz.
  - a. Vino a los suyos, a los que había hecho.
  - b. Ellos no lo recibieron.
  - c. Sin embargo, algunas personas lo hicieron y recibieron el poder de convertirse en Sus hijos a través de creer en Su nombre.
  - d. Creyendo nacieron de nuevo por la voluntad de Dios.
4. Dios (el Verbo) se hizo carne (el unigénito del Padre) y habitó con su pueblo.
  - a. Su nombre es Jesucristo, y trajo la gracia y la verdad al mundo.
  - b. De su plenitud todos hemos recibido.
5. Nadie ha visto a Dios en ningún momento, pero este Dios-en-carne lo ha declarado.

El prólogo constituye la premisa del Evangelio de Juan. Es el tema central del libro. Debemos tenerlo presente al analizar cada uno de los signos e incidentes que utilizó el apóstol.

Tres enormes ideas, reduciendo aún más este esquema, son de gran importancia:

1. En el principio . . . ¡Dios!
2. Dios (el Verbo) se hizo carne.
3. Nadie ha visto a Dios en ningún momento, pero este Dios hecho carne lo ha declarado.

### En el Principio

Moisés usó las palabras exactas cuando escribió el relato de la creación. ¿Puede alguien decir cuándo fue? ¿Por qué fue? ¿Y, cómo fue? La respuesta a estas preguntas es no. Pero los que creemos en Dios lo aceptamos al pie de la letra. Por eso, mezclamos nuestro pensamiento con el del autor de Hebreos: “Por la fe entendemos haber sido constituido el universo por la palabra de Dios, de modo que lo que se ve fue hecho de lo que no se veía” (Hebreos 11:3).

De la Palabra de Dios, aprendemos que hubo una era en la que Dios existía antes de que el mundo comenzara. Esta era estaba en la economía de Dios, desconocida para cualquiera, y permanecerá hasta que Él la revele.

## El Verbo

La “Verbo” aquí se traduce del griego *logos*, que significa (1) un pensamiento o un concepto y (2) la expresión de ese pensamiento. La Concordancia de Strong la define como “algo dicho (incluyendo el pensamiento); un tema (sujeto de discurso); razonamiento (la facultad mental) o motivo.” Boyce W. Blackwelder lo describe así:

“El sustantivo *logos* (del verbo *lego*, recoger, poner palabras al lado, relacionar, hablar, decir) significa razón, discurso o palabra. Significa no solo una palabra en sentido gramatical, sino una palabra hablada que implica una idea o concepto. Denota, por tanto, tanto el pensamiento concebido interiormente en la mente como el expresado exteriormente a través del vehículo del lenguaje”.<sup>1</sup>

David Bernard escribió en *The Oneness of God* (La Unicidad de Dios) sobre el *logos*:

“En el uso griego, *logos* puede significar la expresión o el plan tal como existe en la mente del proclamador—como la obra de teatro en la mente de un dramaturgo—o puede significar el pensamiento tal como se pronuncia o se expresa físicamente de otra manera— como una obra de teatro se representa en el escenario. Juan 1:1 dice que el *Logos* existía en la mente de Dios desde el principio de los tiempos. Cuando llegó la plenitud del tiempo, Dios puso en marcha ese plan. Puso carne a ese plan en la forma del hombre Jesucristo. El *Logos* es Dios expresado. Flanders y Cresson dicen, “El Verbo fue el medio de Dios para revelarse. . . .”

“En la filosofía griega, el *Logos* llegó a significar la razón o la sabiduría como el principio controlador del universo. En la época de Juan, algunos filósofos griegos y teólogos judíos influidos por el pensamiento griego (especialmente el pensador judío Filón de Alejandría) consideraban al *Logos* como una deidad inferior y secundaria o como una emanación de Dios en el tiempo. Algunas herejías cristianas, incluida una forma emergente de gnosticismo, ya incorporaban estas teorías a sus doctrinas, relegando a Jesús a un papel subordinado. Juan utilizó deliberadamente su terminología para refutar estas doctrinas y declarar la verdad. El Verbo no era inferior a Dios; era Dios (Juan 1:1). La Palabra no emanó de Dios durante un periodo de tiempo;

estaba con Dios en el principio (Juan 1:1-2). Jesucristo, el Hijo de Dios, no era otra cosa que el Verbo, o Dios, revelado en carne”.<sup>2</sup>

Marcus Dods explicó además en *The Expositor's Bible* (La Biblia del Expositor):

“El título mismo está lleno de significado. La palabra de un hombre es aquello por lo que se expresa, por lo que se pone en comunicación con otras personas y trata con ellas. Por su palabra, da a conocer su pensamiento y sentimiento, y por su palabra, emite órdenes y da efecto a su voluntad. Su palabra es distinta de su pensamiento, pero no puede existir separada de él. Procede del pensamiento y de la voluntad, de lo más íntimo y de lo más propio, y lleva en sí la huella del carácter y del propósito de quien la pronuncia. Es el órgano de la inteligencia y la voluntad. No es mero ruido, es instinto sano con mente, y articulado por un propósito inteligente. Por la palabra de un hombre, podrías conocerlo perfectamente, aunque fueras ciego y nunca pudieras verlo. La vista o el tacto podrían darte una información más completa sobre su carácter si hubieras escuchado su palabra. Su palabra es su carácter en expresión. . . . [Jesús] es Dios entrando en relación con otras cosas, revelándose a sí mismo, manifestándose a sí mismo, comunicándose a sí mismo.”<sup>3</sup>

En pocas palabras, el Verbo es “el medio de Dios para expresarse.” En el Génesis 1, Moisés escribió “Y dijo Dios” diez veces sobre la creación. Dios concibió una idea o pensamiento, luego lo expresó, y como resultado de la expresión, las cosas llegaron a existir. “Por la palabra de Jehová fueron hechos los cielos, Y todo el ejército de ellos por el aliento de su boca” (Salmo 33:6). “Alaben el nombre de Jehová; Porque él mandó, y fueron creados” (Salmo 148:5).

El medio supremo de Dios para expresarse fue planeado desde la creación: la Encarnación, el Hijo, el Calvario, la Resurrección y la iglesia como Su novia eran conceptos con Él antes de la fundación del mundo. Él se expresó a la gente después de la Caída, y antes de la era de la iglesia a través de los profetas que primero hablaron y luego registraron las palabras que Dios les dio. Sin embargo, su auto revelación suprema vino en Jesucristo, el Hijo de Dios. “Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos últimos días nos ha hablado *en el Hijo*, a quien designó heredero de todo, por medio del cual hizo también el universo” (Hebreos 1:1-2, RVR1977).

## Dios se Expresó

“Y el Verbo [Dios] se hizo carne” (Juan 1:14). Según Juan 1:14, Dios se hizo carne; actualizó el concepto que había estado con Él antes de la fundación del mundo. Así, I Pedro 1:18-21 describe el cumplimiento de Su plan: “sabiendo que fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir, la cual recibisteis de vuestros padres, no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación, ya destinado desde antes de la fundación del mundo, pero manifestado en los

postreros tiempos por amor de vosotros, y mediante el cual creéis en Dios, quien le resucitó de los muertos y le ha dado gloria, para que vuestra fe y esperanza sean en Dios”.

Cuando llegó la plenitud de los tiempos, Dios hizo una cosa nueva. El concepto, formado en sí mismo antes de la fundación del mundo, se llevó a cabo. En Jesucristo, Dios se convirtió en lo que nunca había sido antes (excepto en concepto), pero no dejó de ser lo que siempre había sido. “Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley, para que redimiese a los que estaban bajo la ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos” (Gálatas 4:4-5).

El Hijo de Dios fue hecho de mujer. Aunque el concepto estaba con Dios en la eternidad pasada, la realidad del Hijo no ocurrió, no llegó a existir, hasta que María fue eclipsada por el Espíritu Santo y posteriormente dio a luz a su hijo primogénito, lo envolvió en pañales y lo puso en un pesebre. El ángel anunció a María, “el Santo Ser que nacerá, será llamado Hijo de Dios” (Lucas 1:35). Jesucristo no era “el Hijo eterno”, como dicen algunos, sino el hombre de carne y hueso que era la encarnación del Dios Eterno. Las Escrituras nunca lo llaman “Dios Hijo” sino “el Hijo de Dios”.

“E indiscutiblemente, grande es el misterio de la piedad: Dios fue manifestado en carne, Justificado en el Espíritu, Visto de los ángeles, Predicado a los gentiles, Creído en el mundo, Recibido arriba en gloria” (I Timoteo 3:16).

## **La Cosa Nueva**

El Dios Todopoderoso se hizo hombre. Eso es lo que nunca había sido antes, excepto en concepto, como el Logos. El Hijo es la extensión terrenal del ser eterno de Dios, por el cual y a través del cual todas sus actividades, incluyendo la palabra hablada, iban a ser realizadas. El Hijo es la completa revelación y expresión del Dios que lo llena todo en todo. Cuando Dios habla en el Nuevo Testamento, lo hace con la voz, la mente, el corazón y el alma de Jesucristo.

Juan escribió de Cristo: “Porque de su plenitud tomamos todos” (Juan 1:16). Pablo también dijo: “y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios” (Efesios 3:19). “Por cuanto agradó al Padre que en él habitase toda plenitud. . . . Porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad, 10 y vosotros estáis completos en él, que es la cabeza de todo principado y potestad” (Colosenses 1:19; 2:9-10).

La expresión plena y completa de Dios Todopoderoso se dio a conocer al mundo en la persona de Jesucristo. En Colosenses 2:9-10 se utilizan tres palabras que no dejan lugar a dudas sobre la deidad de Jesucristo: “todo”, “plenitud” y “completo”. El Logos no es otra persona de Dios, como muchos afirman, sino la expresión de Dios mismo. Esa expresión se convirtió en carne y huesos, con manos para manejar, oídos para oír, boca para comer, pies para caminar, lengua para hablar y un medio humano para sentir, experimentar, tocar y

contemplar. Los que le contemplaban veían a Dios Padre velado en la humanidad para su autorrevelación y redención.

El Evangelio de Juan pone en perspectiva la Fuente. Describe a Dios convirtiéndose en un hombre conocido por nosotros como Jesucristo, el Hijo de Dios. Sin embargo, no nos dice cómo, ni explica la existencia de Dios antes del tiempo. Ese conocimiento permanece en el reino de los misterios inescrutables.

El Dr. Graham Scroggie dijo: “Si Jesús no era Dios, entonces la iglesia es una farsa, y el cristianismo es un fraude”.<sup>4</sup> Eric W Hayden afirmó: “No fue crucificado porque afirmaba ser Rey, sino porque afirmaba ser Dios”.<sup>5</sup>

La venida de Dios en la carne se llama la Encarnación. Encarnar significa “investido de naturaleza y forma corporal y humana; hecho manifiesto o comprensible; encarna”.

### **Ningún Hombre ha Visto a Dios**

“A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer” (Juan 1:18).

Esta afirmación final del prólogo de Juan tiene un enorme significado. Declaraciones similares aparecen en otras partes del Nuevo Testamento. (Véase Colosenses 1:15; I Timoteo 1:17; Hebreos 11:27).

Estos pasajes de la Escritura afirman claramente que Dios no se ve, es invisible. Pero ha entrado en escena Uno que es “la imagen misma de Su *sustancia*\* [de Dios]” (Hebreos 1:3), lo visto de lo invisible, lo visible de lo invisible, lo finito de lo infinito, ¡mostrando a Aquel que no puede ser mostrado! Ireneo, un destacado escritor del siglo II, afirmó: “El Padre es lo invisible del Hijo, el Hijo es lo visible del Padre”.<sup>6</sup> **[la palabra *persona* no existe en las 20 versiones de la Biblia en español disponibles al traductor]**

Moisés pasó cuarenta días en el monte en presencia de Dios. Absorbió tanta gloria de Dios que, cuando regresó a su pueblo, tuvo que cubrirse el rostro con un velo para que el brillo de la gloria que lo envolvía no resultara fatal para los que lo miraban. (Véase II Corintios 3:13.) En el Nuevo Testamento, Jesús es la gloria de Dios velada en carne. “Porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo” (II Corintios 4:6).

La única manera en que podemos ver, comprender o discernir a Dios es en y a través de Su expresión velada, el Hijo, Cristo, Jesús. (Véase Juan 14:9-11; Hebreos 10:19-20.) Fue la única manera en que Dios pudo derramar Su sangre por los pecados del mundo. (Véase Hechos 20:28).

G. Campbell Morgan explica la revelación de Dios en Cristo:

“Aquí Juan emplea un verbo revelador: “Lo ha declarado”. “Declaró” es una palabra hermosa. En algunos sentidos, no podemos mejorarla . . . pero si tomo el verbo griego, y en lugar de traducirlo, lo translitero, se lee: “El Hijo unigénito que está en el seno del Padre, lo ha exegado”. ¿Qué es la exégesis? La palabra significa sacar a la luz desde la visibilidad; sacar a la luz con autoridad. La exégesis es la puesta en evidencia autorizada de lo que ha estado ahí todo el tiempo, pero que no se ha visto hasta que se ha puesto en evidencia”.<sup>7</sup>

Lo invisible se hizo visible cuando se hizo carne y habitó entre nosotros. Nadie podrá ver a Dios, encontrar, experimentar, tener acceso a Dios, o conocer a Dios aparte y separado de Jesucristo. Solo Él es la expresión, la manifestación, la explicación, la encarnación y la revelación del Dios todopoderoso. Por lo tanto, en nuestra búsqueda de Dios, debemos ir directamente a Jesucristo. No encontraremos a Dios en ninguna otra parte, en ninguna circunstancia, en ningún otro lugar, persona o ser que en Jesucristo. ¡En Él está todo lo que Dios fue, es o será!

Jesús mismo declaró, “Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí. Si me conocieseis, también a mi Padre conoceríais; y desde ahora le conocéis, y le habéis visto” (Juan 14:6-7). En Juan 8:19, Jesús dijo, “si a mí me conocieseis, también a mi Padre conoceríais”. En Juan 14, se dirigía a sus discípulos. En Juan 8, se dirigía a los fariseos. Sin embargo, en ese momento, ¡ni los fariseos ni sus discípulos comprendían plenamente quién era Él en realidad!

## **Seno**

Juan usó una palabra única para relacionar al Señor Jesucristo como el Hijo de Dios con el Padre. Esa palabra es seno. El pecho incluye el corazón, los pulmones, el estómago y los pechos. Es la parte del cuerpo que contiene la mayoría de los órganos vitales. En un sentido figurado y espiritual, estar en el seno de alguien significa estar en lo más íntimo de su ser, intrincadamente entrelazado con todos sus propósitos, planes y programas.

Antes de la fundación del mundo, el propósito de Dios era elegir un pueblo santo y sin culpa ante Él en el amor y venir en la carne para la redención de ese pueblo a través del derramamiento de su sangre para el perdón de sus pecados. Llevó a cabo ese propósito cuando vino al pesebre de Belén como un bebé, nació de María, vivió una vida sin pecado, se ofreció en la cruz del Calvario, fue enterrado en una tumba prestada y resucitó al tercer día. Ese propósito y ese plan estaban en el seno del Padre. ¡Todo estaba tan intrincadamente involucrado, estrechamente relacionado y entretelado, que no habría separación entre el Espíritu y la carne! Jesucristo, como templo de Dios, era y es el latido de Dios. Cuando Jesús salió del vientre de María, era la capacidad de Dios de dar y mantener la vida manifestada al mundo. Él era Emmanuel, “Dios con nosotros”.

## El Padre

Juan empleó un título para Dios que utilizó 120 veces en su Evangelio. La palabra es Padre. No es exclusiva de Juan, ya que los demás evangelistas y Pablo la usaron. Juan empleó el término para describir la relación única entre el Padre y el Hijo.

El Antiguo Testamento habla ocasionalmente de Dios como padre. El ejemplo más destacado, y el único lugar en el que los traductores de la Reina Valera lo pusieron en mayúsculas como título de Dios, es Isaías 9:6, que dice que el nombre del niño nacido y del hijo dado es “Admirable, Consejero, Dios Fuerte, Padre Eterno, Príncipe de Paz”. Esta profecía relaciona el título con el Hijo, Jesucristo.

Debemos entender la relación Padre-Hijo. Hay una distinción importante aquí, pero no una pluralidad de personas, pues la Biblia relaciona ambos títulos con Jesucristo.

Ningún otro escritor utilizó los títulos de Padre e Hijo más que Juan. Pero debemos entender que estas dos designaciones no indican dos personas distintas y separadas en Dios. La Escritura simplemente no enseña tal doctrina. En cambio, estos términos hacen una distinción entre el Espíritu y la carne y describen la relación entre ellos.

El propósito de Juan a lo largo de su Evangelio era presentar la relación Padre-Hijo en su perspectiva adecuada. Trató de mostrar la verdadera deidad y humanidad de Jesucristo, al tiempo que evitaba (aunque no podía saberlo en aquel momento) el concepto de tres personas que cautivó las mentes de los concilios de Nicea y Constantinopla en el siglo IV.

En la Biblia, la designación Padre-Hijo es significativa desde la Encarnación hasta el Juicio Final. (Véase Hebreos 1:1-5; I Corintios 15:23-28.) El Antiguo Testamento no enfatiza el papel de Dios como Padre; solo habla del Hijo en un sentido profético. Del mismo modo, cuando el Apocalipsis describe el estado futuro, no hace hincapié en el Padre y el Hijo, sino que habla de Dios y el Cordero, e identifica a Dios y al Cordero como un solo ser personal (Apocalipsis 22:3-4).

En resumen, la distinción Padre-Hijo no era inherente a la naturaleza eterna de Dios. El concepto, el plan de la Encarnación, estaba en la mente y el corazón de Dios, pero no se cumplió hasta que el Hijo nació en Belén. No había un Hijo eterno sino en la mente del planificador. Desde el principio, Dios centró todo en torno a su plan de entrar en el mundo en la carne. Así, del mismo modo, todo se consumará finalmente en Cristo: “de reunir todas las cosas en Cristo, en la dispensación del cumplimiento de los tiempos, así las que están en los cielos, como las que están en la tierra” (Efesios 1:10).

Esta relación entre el Padre y el Hijo es esencial en el Evangelio de Juan. Se plantean varias preguntas relacionadas con ella. Por ejemplo, en Juan 8:19, los fariseos preguntaron a Jesús: “¿Dónde está tu Padre?” Incluso sus discípulos se encontraban en un dilema respecto al

Padre, incluso la noche antes de su crucifixión, cuando Felipe pidió, “Muéstranos el Padre, y nos basta” (Juan 14:8).

Dado que Dios es Espíritu (Juan 4:24), mientras que Jesús era de carne y hueso concebido únicamente por el Espíritu en el vientre de María, era necesario que hubiera un medio para distinguir entre Dios en la carne y Dios en el Espíritu. Dios en Espíritu se llama Padre; el mismo Dios, en carne, es el Hijo.

Dios, el Espíritu, el Ser Supremo, puso su tienda en la tierra, tabernáculo en el niño de Belén, el hombre de Galilea, de modo que cuando uno ve a Jesús, ve a Aquel que lo envió. Aquel que lo envió permanece enteramente en Él. Dios, el Padre, está en el lugar de Jesucristo. Jesús es Dios alojado en un ser humano. (Véase I Timoteo 3:16; II Corintios 5:19; Colosenses 2:9-10; Juan 14:6-10).

Mientras que es apropiado decir “Dios el Padre” (el Nuevo Testamento usa este término repetidamente), es inapropiado decir “Dios el Hijo”. Ningún escritor del Nuevo Testamento utilizó este término, porque el Hijo se refiere a la Encarnación, no a la naturaleza eterna de Dios. El Hijo es Dios solo en el sentido de que Dios habita en la carne. El Hijo es la carne, el hombre, el templo, el tabernáculo. Dios, como Espíritu, es designado repetidamente como Padre.

Juan usó el término Padre en asociación con la Palabra que se hace carne y luego declaró que esta Palabra que se hace carne es lo que se ve de lo que no se ve, ¡Dios sacado de la invisibilidad a la visibilidad!

## Dios

El diccionario Webster define la palabra Dios de la siguiente manera: “La realidad suprema o última; el Ser perfecto en poder, sabiduría y bondad al que los hombres adoran como creador y gobernante del universo”. La Biblia enseña enfáticamente que hay un solo Dios (Deuteronomio 6:4). Isaías llamó a Dios “el Santo” treinta veces. Por ejemplo, Isaías 30:15 lo llama “Jehová, el Señor, el Santo de Israel”.

El Nuevo Testamento se refiere a Jesús seis veces como el Santo. El Santo del Antiguo Testamento debe ser el mismo que el Santo del Nuevo Testamento, ya que solo hay uno. Por lo tanto, ¡el Santo del Antiguo Testamento debe residir en el Santo del Nuevo Testamento!

David Bernard, en su libro *The Oneness of God* (La Unicidad de Dios), describe los puntos de vista contrastantes de muchos:

“Muchos trinitarios interpretan su doctrina como tres personalidades, tres seres, tres mentes, tres voluntades o tres cuerpos en la Divinidad. Niegan que por persona se entiendan solo manifestaciones, papeles o relaciones con el hombre. En cambio,

defienden un trío eterno de esencia, al tiempo que admiten que es un misterio incomprensible. Reducen el concepto de la unicidad de Dios a una unidad de personas plurales. Según su definición, convierten el monoteísmo en una forma de politeísmo, que únicamente se diferencia del politeísmo pagano en que existe un perfecto acuerdo y unidad entre los dioses. Independientemente de las negaciones trinitarias, esto es politeísmo—triteísmo para ser exactos—y no el monoteísmo enseñado por la Biblia y defendido por el judaísmo”.<sup>8</sup>

Bernard cita además un pasaje de la Nueva Enciclopedia Católica para demostrar que esta doctrina no es bíblica:

“Existe el reconocimiento por parte de los exégetas y teólogos bíblicos . . . que no se debe hablar de trinitarismo en el Nuevo Testamento sin serias reservas . . . Ahora se acepta que la exégesis del Nuevo Testamento ha demostrado que no solo el lenguaje verbal, sino incluso los patrones de pensamiento característicos del desarrollo patrístico [de los padres de la iglesia] y conciliar [de los concilios de la iglesia] habrían sido bastante extraños para la mente y la cultura de los escritores del Nuevo Testamento”.<sup>9</sup>

La cuestión es que ni Juan ni ningún otro escritor del Nuevo Testamento sabía nada de un concepto de Dios de tres personas. No pensaban en Dios de esa manera, sino que creían que Dios en su plenitud vino a este mundo como un hombre. Durante bastante tiempo, incluso los apóstoles no estaban seguros de quién era realmente Jesús. Sin embargo, después de Su resurrección, se convencieron y creyeron, como Tomás, que Él era tanto Señor como Dios (Juan 20:28). Nunca vieron a Dios como “tres personas”. Aun así, mantuvieron la misma creencia monoteísta que los judíos del Antiguo Testamento. Sin embargo, dieron un paso más cuando creyeron que el único Dios se manifestó en la carne como el Hijo de Dios.

Mientras los apóstoles trataban de comprender la situación mientras Jesús estaba en la tierra, tuvieron experiencias aterradoras que más tarde les ayudaron a hacerse una idea precisa de Cristo. En una de esas ocasiones, estaban cruzando el mar de Galilea cuando una furiosa tormenta amenazó sus vidas. Desesperados, suplicaron a Cristo, que dormía en la parte trasera de la nave: “Maestro, ¿no tienes cuidado que perecemos? Y levantándose, reprendió al viento, y dijo al mar: Calla, enmudece. Y cesó el viento, y se hizo grande bonanza. Y les dijo: ¿Por qué estáis así amedrentados? ¿Cómo no tenéis fe? Entonces temieron con gran temor, y se decían el uno al otro: ¿Quién es este, que aun el viento y el mar le obedecen?” (Marcos 4:38-41).

Cuando Juan escribió, comprendió quién era Jesucristo e intentó transmitir la verdad a sus lectores. Por muy cerca que estuviera Pablo de Cristo, seguía admitiendo que el Dios-encarne era un misterio (I Timoteo 3:16). Tal vez nadie tenga una comprensión perfecta hasta el cielo. Una cosa es segura: ningún escritor del Nuevo Testamento tenía un concepto tripartito de Dios, como sí lo tenían los de fechas posteriores.

Al adentrarnos en el corazón del Evangelio de Juan, buscaremos aquellos atributos que corresponden exclusivamente a Dios. Al hacerlo, nos daremos cuenta de que todo lo que hace que Dios sea lo que es, lo era y lo es en Jesucristo. Un atributo es una cualidad del carácter que se le atribuye a uno y que le hace ser lo que es. He aquí algunos atributos o descripciones de Dios:

Amor	I Juan 4:8, 16
Luz	I Juan 1:5
Espíritu	Juan 4:24
Perfecto	Mateo 5:48
Justo	Juan 17:25
Sabio	Romanos 16:27; I Timoteo 1:17
Invisible	I Timoteo 1:17
Inmortal	I Timoteo 1:17
Eterno	I Timoteo 1:17

Además, un estudio de las Escrituras revela los siguientes atributos de Dios:

*Omnipotencia*, que tiene autoridad, influencia y poder ilimitados.

*Omnisciencia*, que tiene una conciencia, comprensión y entendimiento infinitos; posee un conocimiento universal o completo.

*Omnipresencia*, que tiene la cualidad de estar presente en todos los lugares y en todo momento.

Cuando el Evangelio de Juan dice: “El Verbo se hizo carne”, entra en el terreno del mayor misterio de todos los tiempos. ¡En un momento dado, todos los atributos y características anteriores que hacen de Dios, Dios, fueron invertidos en un hombre!

Este punto es crítico, ya que formó la base de casi toda la oposición contra Cristo en su día y tiempo, ¡y todavía lo hace hoy! Veremos esta verdad en una señal tras otra y en un incidente tras otro a medida que exploremos el Evangelio de Juan.

Estos dieciocho versos del prólogo de Juan constituyen la base de su comprensión de Dios. Revelan su revelación y el conocimiento de la deidad por parte de él y de los demás discípulos. Lo que escribió en el resto de su libro confirma el mensaje de que Jesucristo es Dios manifestado en la carne.

## Notas

<sup>1</sup> Boyce W Blackwelder, *Light from the Greek New Testament* (Grand Rapids: Baker Book House), 40.

<sup>2</sup> David Bernard, *The Oneness of God* (Hazelwood, Mo.: Word Aflame Press), 68, 61.

<sup>3</sup> Dods, 119-20.

<sup>4</sup> *Adult Teacher's Quarterly* (Hazelwood, Mo.: Word Aflame Press, 1976), verano, 3.

<sup>5</sup> Eric W Hayden, citado en *ibid.*

<sup>6</sup> Jaroslav Pelikan, *The Christian Tradition* (Chicago: University of Chicago Press, 1972), 1:229.

<sup>7</sup> G. Campbell Morgan, *The Gospel According to John* (New York: Fleming H. Revell), 23, 25.

<sup>8</sup> Bernard, 259-60.

<sup>9</sup> *Ibid.*, 263-63, citando "Trinity, Holy," *The New Catholic Encyclopedia*, 295-305.

# *Parte 1*

## *Divulgación Pública*

### Capítulo 2

#### Dentro del Libro

#### Preguntas en Juan 1

1. (1:19) Tú, ¿quién eres?
2. (1:21) ¿Y qué? ¿Eres tú Elías?
3. (1:21) ¿Eres tú el profeta?
4. (1:22) ¿Pues quién eres? ¿Qué dices de ti mismo?
5. (1:25) ¿Por qué, pues, bautizas, si tú no eres el Cristo, ni Elías, ni el profeta?
6. (1:38) ¿Qué buscáis?
7. (1:38) Maestro, ¿dónde moras?
8. (1:46) ¿De Nazaret puede salir algo de bueno?
9. (1:48) ¿De dónde me conoces?

#### Juan el Bautista (Juan 1:19-34)

Al analizar el Libro de Juan, debemos preguntarnos: “¿Cómo encaja esta señal o incidente en el propósito de este Evangelio?” Hay una razón específica por la que Dios inspiró y Juan registró cada señal y cada incidente. Juan no escribió otro relato histórico de Jesús como Mateo, Marcos y Lucas. Le interesaba algo más que la historia. Jesús era un personaje único, y Juan quería representar su identidad completa. Examinemos cómo este retrato de Juan el Bautista encaja en su propósito general.

La aparición de Juan el Bautista, aparentemente de la nada, causó alarma y ansiedad entre los judíos y los habitantes de Judea. Cada uno de los escritores de los Evangelios le dio un espacio considerable en sus narraciones. Su atuendo y estilo de vida eran únicos, pero no explicaban su presencia ni su propósito. La mayor parte de Judea sintió curiosidad por su persona, su mensaje y sus acciones.

Su mensaje era a la vez exigente y esclarecedor. En primer lugar, exigía el arrepentimiento. (Véase Lucas 3:8; Mateo 3:2; Marcos 1:4.) En segundo lugar, iluminó a la gente presentándoles al Cordero de Dios, que quitaría los pecados del mundo y los bautizaría con el Espíritu Santo (Juan 1:29, 33). Su bautismo de personas por inmersión en el río Jordán atrajo la atención de toda la región.

La gente se hacía muchas preguntas sobre él. Querían saber: ¿Qué está pasando? ¿Qué está tratando de decirnos este hombre extraño? ¿Quién es él? ¿Qué autoridad tiene para predicar como lo hace? ¿Qué autoridad tiene para bautizar?

Los cuatro Evangelios responden a estas preguntas citando a Isaías 40. Juan era la voz que clamaba en el desierto, que prepararía el camino del Señor (Jehová) (Isaías 40:3-11).

Juan utilizó este incidente porque Isaías predijo que Aquel que vendría y que Juan el Bautista presentaría era el Dios de Israel. “He aquí que Jehová el Señor vendrá” (Isaías 40:10). Juan declaró: “¡Aquí está!”

¿A quién presentó el Bautista? Nada menos que al Cordero de Dios, Jesucristo. Ese es el tono, el mensaje claro. Jesús fue el que entró en escena. Era Aquel cuya persona y presencia el pueblo podía ahora ver, oír y observar.

Pero, según la profecía de Isaías, ¡Él era el Dios de Israel! Ese es el matiz, la otra parte del mensaje de Juan. Así pues, Jesús era mucho más de lo que la gente observaba al principio.

Así, este primer incidente nos introduce en el propósito último del Evangelio. Juan el Bautista presentó “el Verbo hecho carne”, el Señor Dios del Antiguo Testamento, tal como lo predijo Isaías.

### **La Presentación del Ministerio de Jesús por Parte de Juan**

Juan el Bautista presentó el ministerio de Cristo Jesús, que describió en dos aspectos:

1. “He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Juan 1:29). Habló del poder limpiador de Dios, que vacía el vaso de sí mismo y del pecado y lo prepara para el siguiente paso.
2. “Ese es el que bautiza con el Espíritu Santo” (Juan 1:33). Aquí habló del poder renovador de Dios, que hace del vaso una nueva creación en Cristo Jesús.

Esta doble obra de Cristo que presentó el Bautista es el propósito principal de la venida de Dios al ámbito de la humanidad. Constituye su poder transformador, que cambia la vida. A lo largo de la era de la iglesia, esta doble obra de limpieza y llenado espiritual es la base de la salvación de cada individuo. (Véase Juan 3:5; Hechos 2:38-39; Tito 3:5).

Esta doble obra de Cristo es el sello de la salvación del Nuevo Testamento. Cuando el Bautista presentó a Jesucristo al mundo, también presentó la obra que vino a hacer.

La ley de Moisés no podía cumplir el último deseo de Dios para las vidas humanas. “Porque lo que era imposible para la ley, por cuanto era débil por la carne, Dios, enviando a su

Hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne” (Romanos 8:3).

Así, la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo (Juan 1:17), realizando el plan de Dios para los que creen. Él concede (1) el perdón al pecador penitente, (2) la limpieza en Su nombre a través de Su sangre derramada, y (3) la llenura del Espíritu Santo, resultando en (4) ¡que la persona se convierta en una nueva creación en Jesucristo!

### **El hombre antes y después de Juan el Bautista**

Juan el Bautista dijo, “Después de mí viene un varón, el cual es antes de mí; porque era primero que yo” (Juan 1:30). Inmediatamente surge una pregunta: ¿Cómo podía ser anterior a él un hombre que había nacido seis meses después del Bautista?

Como hombre, Jesús solo pudo ser anterior a Juan en la preordenación. El propósito supremo de la venida de Dios en la carne estaba con Él desde el principio. La Encarnación, el Calvario, el sepulcro, la mañana de la Resurrección, la Ascensión y el derramamiento del Espíritu estaban todos en el plan preordenado de Dios. (Véase I Pedro 1:18-21).

Jesucristo nació en este mundo como un bebé en Belén, seis meses después del nacimiento de Juan el Bautista de Zacarías e Isabel. Pero Jesucristo fue más que un simple hombre. Según Juan 1:1, 14, Él era Dios hecho carne, y como hombre, albergaba (tabernaculó) al Dios de quien nació. Él fue antes de Juan en el Espíritu, nació después de él en la carne.

En Jesucristo, Dios ya no estaba alejado de su creación como antes de su entrada en la carne. Sin embargo, ahora había iniciado el proceso de reconciliación con ellos. ¡Habitaba entre ellos, y a partir de Pentecostés, en ellos! “Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados, y nos encargó a nosotros la palabra de la reconciliación” (II Corintios 5:19).

“Así que, por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, él también participó de lo mismo, para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo” (Hebreos 2:14). “E indiscutiblemente, grande es el misterio de la piedad: Dios fue manifestado en carne, Justificado en el Espíritu, Visto de los ángeles, Predicado a los gentiles, Creído en el mundo, Recibido arriba en gloria” (I Timoteo 3:16).

En Jesucristo, Dios se convirtió en lo que nunca había sido, pero no dejó de ser lo que siempre había sido. En Cristo, Dios se reveló en la carne. Todos los atributos que lo hicieron Dios permanecieron inalterados, incluyendo su naturaleza invisible, su carácter y su eternidad. ¡Velarse en la carne no cambió su naturaleza eterna, su ser o su carácter eternos!

Sin embargo, velarse en la carne hizo posible su capacidad de derramar sangre y experimentar la muerte, algo que antes era imposible. Además, pudo mostrar su completo

dominio sobre la muerte, vencéndola, triunfando sobre ella, derrotándola y despojándola de su miedo.

Jesucristo no es un Dios secundario. Él es Dios mismo. ¡Si no lo es, entonces no es Dios en absoluto!

Cuando las Escrituras se refieren a Dios como el Padre, hablan de Dios fuera o aparte de la carne. Cuando las Escrituras se refieren al Hijo, hablan de Dios en la carne, con todos los atributos del Padre velados y habitando en la carne. Cuando las Escrituras se refieren al Espíritu, hablan de Dios en relación dinámica con su creación, cuando se mueve sobre, a través o dentro de las personas. Por el Espíritu, Él es capaz de morar en lo que ha creado y limpiado a través de Su sangre.

Estos títulos no dividen a Dios, ni lo convierten en tres personas, ni cambian su ser esencial. Simplemente, describen su relación con su creación en términos que podemos entender.

El nombre Jesucristo incorpora la plenitud de Dios: Su creación, Su redención, y Su presencia residente están ahí.

Ningún otro nombre bajo el cielo dado a los hombres incorpora tanto (Hechos 4:12). Es la auto revelación de Dios. Todos los demás nombres de Dios describen alguna virtud o fase de su carácter, ¡pero este nombre lo incorpora todo! Jesucristo es el nombre de Dios en la carne.

Por eso es tan importante creer en Jesucristo. Él es la plenitud de la deidad revelada en la carne. ¡Él es Dios completo, ilimitado, inmutable, indivisible, inalterable, el verdadero Dios, el único Dios!

Si vemos a Jesucristo solo como el Hijo, no veremos a Dios en su totalidad. Pero cuando lo vemos como Dios e Hijo de Dios, lo vemos en toda su plenitud y totalidad. “Porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad, y vosotros estáis completos en él, que es la cabeza de todo principado y potestad” (Colosenses 2:9-10).

Este es el que el Bautista presentó y dijo que era preferido antes que él.

### **Los Discípulos de Juan se Unen a Jesús (Juan 1:35-42)**

Esta porción de la Escritura establece que Jesús es el Mesías, un concepto fundamental de aquella época. Los judíos buscaban y anhelaban a su Mesías, y para los discípulos de Juan reconocer a Jesús como tal era admitir su señorío. El Evangelio de Juan se escribió para demostrar que era Señor y Dios. Los discípulos, recién elegidos, no comprendían su identidad completa. Era esencial para ellos reconocer a Jesús como un verdadero hombre. La revelación de que era Dios tabernáculo en la carne vendría después.

## Otros Dos Discípulos (Juan 1:43-51)

El escenario de la acción se traslada ahora a la zona de Galilea.

Este párrafo relata la llamada de otros dos discípulos: Felipe y su hermano Nataniel. Jesús se acercó a Felipe, a diferencia de los dos que oyeron a Juan el Bautista reconocerle como el Cordero de Dios y le siguieron inmediatamente. Felipe aceptó a Jesús como Mesías y enseguida buscó a su hermano Nataniel. Cuando le dijo que Jesús de Nazaret era el Mesías, le preguntó, “¿De Nazaret puede salir algo de bueno?”

La pregunta de Nataniel sugería escepticismo. Una declaración extraordinaria de Jesús no haría más que eliminarlo. “Cuando Jesús vio a Nataniel que se le acercaba, dijo de él: He aquí un verdadero israelita, en quien no hay engaño”. (Juan 1:47).

Nataniel se asombró al oír estas palabras. Debió de pensar, “¿Cómo sabe este hombre de mí? Nunca lo he visto antes, y que yo sepa, él nunca me ha visto. ¿Cómo pudo evaluar rápidamente mi carácter y decir esto sobre mí?” Puso su pregunta en palabras: “¿De dónde me conoces?” “

Jesús respondió . . . “Antes que Felipe te llamara, cuando estabas debajo de la higuera, te vi.” Entonces, abrumado por esta visión, Felipe reconoció: “Rabí, tú eres el Hijo de Dios; tú eres el Rey de Israel”. Esta confesión es el tono, o punto evidente, del pasaje.

¿Por qué utilizó Juan este incidente? De nuevo, fue el reconocimiento por parte de un israelita de que Jesús era el Mesías – una observación crucial. Pero más allá de eso, reveló que Jesús poseía atributos exclusivos de Dios, los atributos de omnipresencia y omnisciencia. Estas cualidades son las que asombraron a Nataniel. Se preguntaba, “¿Cómo pudo verme bajo la higuera estando yo tan lejos? ¿Cómo pudo conocerme ya?”

Ese es el matiz o punto más sutil. ¡Jesús era mucho más que el hombre que Nataniel estaba viendo!

Fue una revelación tan asombrosa que invocó en Nataniel una fe total en que Jesús era el Hijo de Dios y, como tal, el Mesías judío. Se dispuso de inmediato a seguirlo.

Pasamos ahora al segundo capítulo de Juan, que registra la primera señal pública que revela la identidad de Cristo. Estas cosas están escritas para que todos, como Tomás, puedan creer que Jesús es a la vez Señor y Dios. (Véase Juan 20:28).

# Capítulo 3

## Comienzan las Señales

### Preguntas en Juan 2

1. (2:4) ¿Qué tienes conmigo, mujer?
2. (2:18) ¿Qué señal nos muestras, ya que haces esto?
3. (2:20) En cuarenta y seis años fue edificado este templo, ¿y tú en tres días lo levantarás?

### La Primera Señal de la Autoridad de Cristo en el Reino de la Creación (Juan 2:1-11)

Este acontecimiento tuvo lugar en Caná de Galilea.

Cuando Juan miró hacia atrás a la evidencia que lo había convencido de quién era Jesús, este evento se vislumbró como uno temprano e importante para él. Como ninguno de los discípulos había presenciado aún un milagro realizado por Jesús, esta experiencia fue la primera. Añadiría una dimensión significativa a su fe.

Al final del segundo capítulo, Juan escribió que Jesús no se comprometió con los primeros creyentes porque sabía lo que había en ellos. Conocía los puntos fuertes y débiles de sus discípulos, sus defectos y sus fracasos. Juan sabía que era esencial que todos creyeran en Él total y completamente, y sin una sombra de duda. También sabía que le llevaría todo el tiempo de su ministerio terrenal establecer firmemente esta fe y confianza en sus corazones.

Sin duda, sabía que sus discípulos tendrían dificultades para aceptarlo plenamente al principio. Siendo judíos, tenían una fuerte fe en el único Dios. Por lo tanto, sería necesario que Él estableciera en sus mentes que sus afirmaciones no infringían esta verdad, sino que eran esenciales para ella. Pronto se enfrentarían al ridículo y serían severamente perseguidos por el establecimiento religioso a causa de Él. La oposición de la jerarquía religiosa judía sería una fuerza poderosa contra ellos mientras lo seguían. Tenían que estar tan arraigados en el conocimiento de quién era Él que no pudieran ser movidos del fundamento de su fe. Incluso entonces, un desertor, Judas, perdió su fe y traicionó a Jesús a las autoridades judías.

La declaración de Gamaliel en Hechos 5:36-37 revela que otros se habían hecho pasar por el Mesías judío, pero todo quedó en nada. Por lo que sabían los discípulos, existía la posibilidad de que Jesús acabara igual. En consecuencia, el grupo apostólico debía estar plenamente convencido de que Él era quien decía ser. Necesitaban confirmación a menudo, ya que la oposición desafiante y maliciosa aumentaría cuando Jesús ya no estuviera con ellos. También sabía que todos ellos se enfrentarían al martirio, y la tentación de retractarse sería grande. El conocimiento de la cabeza por sí solo no los sostendría en sus horas de prueba.

Era necesario, por lo tanto, que Él plantara una fuerte fe en sus corazones. Solo Él podía hacerlo. Su confianza y su fe en Él aumentarían poco a poco. Esto sucedería a medida que Él enseñara y demostrara la verdad en su presencia. Era esencial que oyeran con sus oídos, vieran con sus propios ojos, sintieran con sus corazones y supieran sin lugar a duda que Él era el Hijo de Dios, su Mesías, y que el Padre habitaba en Él de forma única, trabajando en y a través de Él para cumplir la perfecta voluntad de Dios en el mundo.

Aunque sus discípulos debieron sentir la divinidad en Él cuando los llamó por primera vez, ahora estaban en camino de comprender a Dios en Cristo.

Los primeros discípulos de Cristo estuvieron presentes en la alegre ocasión de las bodas de Caná. Este milagro los dejó preguntándose, incluso como el gobernador de la fiesta, cómo se materializó tal hazaña. El milagro fue la tónica.

¿Por qué Juan registró este acontecimiento a la luz de su propósito? En primer lugar, demostró el poder creador de Jesucristo, lo que indicaba que era mucho más que un hombre corriente. Aunque los discípulos no entendieron que Él era el Dios todopoderoso encarnado en ese momento, sí reconocieron algo sobrenatural en Él que no podían explicar. El poder creador pertenece solo a Dios, pero Jesús aprovechó esta fuerza y la utilizó él mismo ante sus ojos. ¡En esto se demostró la sobreactuación!

Este acontecimiento fascinó a todos los presentes en el banquete, incluidos el dueño del banquete, la madre de Jesús, los discípulos y los sirvientes que sacaron el agua. (Véase Juan 2:5, 9-10).

“Este principio de señales hizo Jesús en Caná de Galilea, y manifestó su gloria; y sus discípulos creyeron en él” (Juan 2:11).

Aunque los discípulos no comprendieron del todo esta prueba convincente del poder creador de Cristo, su fe en Él se disparó notablemente al observar su gloria. Fue uno de los primeros pasos hacia una fe convincente para ellos. Este acontecimiento encaja perfectamente en el propósito de Juan de mostrar la doble naturaleza y el papel de Cristo como Dios y como hombre.

### **El Viaje de Jesús a Jerusalén (Juan 2:12-22)**

Tras una breve estancia en Capernaum, Jesús viajó a Jerusalén para celebrar la Pascua. Era su primera visita a esta ciudad desde su infancia. Mientras estaba allí, aclaró a los asistentes a la fiesta, aunque de forma velada, su identidad. Pero ellos no entendieron, ni tampoco sus discípulos.

Al llegar, observó enseguida la falta de solemnidad que rodeaba la zona del Templo. Los cambistas y los que vendían bueyes, ovejas y palomas estaban mercadeando en el patio. Su

ira se agitó. Tejió un látigo de cuerdas pequeñas y expulsó a aquellos mercaderes irreverentes y profanadores, pronunciando enérgicamente: “Quitad de aquí esto, y no hagáis de la casa de mi Padre casa de mercado” (Juan 2:16).

Los judíos, al ver esta demostración de autoridad aparentemente poco ortodoxa, reaccionaron indignados y preguntaron: “¿Y los judíos respondieron, y le dijeron: ¿Qué señal nos muestras, ya que haces esto? Respondió Jesús y les dijo: Destruid este templo, y en tres días lo levantaré.” (Juan 2:18-19).

Su respuesta sonó tan ridícula que rápidamente replicaron: “En cuarenta y seis años fue edificado este templo, ¿y tú en tres días lo levantarás?” (Juan 2:20).

Años más tarde, cuando Juan reflexionó sobre este incidente, comprendió lo que Jesús quería decir. No se refería al templo del que acababa de expulsar a los cambistas, sino al templo de su cuerpo. Sin embargo, en aquel momento, su respuesta desconcertó a todos, incluidos sus discípulos. Finalmente, después de la Resurrección, Juan comprendió, junto con los demás, lo que Jesús quería decir: “Si matáis o destruíis este templo, este cuerpo mío, yo lo resucitaré en tres días”.

Jesús informó a aquellos judíos que el poder y la autoridad para resucitar su templo de entre los muertos le pertenecía a Él. Esta afirmación no contradice en absoluto otros pasajes de las Escrituras que proclaman que Dios lo resucitó de entre los muertos, sino que muestra a Dios en el lugar, habitando Su templo con la capacidad innata de resucitarlo, ¡lo cual hizo! (Véase Romanos 6:4; 8:11.) ¡Dondequiera que estuviera Jesús, el Padre estaba presente en Él!

Este incidente encaja perfectamente con el propósito de Juan, mostrando que aunque Jesús era un hombre capaz de morir, el Dios vivo habitaba en Él. Solo más tarde comprendió su significado. “Por tanto, cuando resucitó de entre los muertos, sus discípulos se acordaron que había dicho esto; y creyeron la Escritura y la palabra que Jesús había dicho” (Juan 2:22).

Después de su resurrección, al contemplar el rostro resplandeciente de Cristo resucitado, recordaron este incidente. ¡La fe completa en Su absoluta deidad saltó a sus temerosos y ansiosos corazones al revelarles que Él era todo lo que Jesús dijo que era!

Juan 2:19 es probablemente la declaración más provocativa y significativa que hizo Jesús en todos sus discursos mientras estaba en Jerusalén. Sus acusadores la utilizaron contra Él ante el sumo sacerdote. (Véase Mateo 26:59-62; Marcos 14:55-60.) En la crucifixión, sus oponentes la citaron burlescamente contra Él. (Véase Mateo 27:40; Marcos 15:29-30.)

Finalmente, fue la única evidencia usada por los jefes de los sacerdotes para condenarlo. Ninguna otra acusación era válida. No entendieron, pero sí entendieron la implicación de su afirmación de autoridad y poder supremos. El poder de la resurrección era suyo porque era a

la vez Señor y Dios. El atributo divino de la omnipotencia era suyo, porque solo Dios puede resucitar a alguien de entre los muertos.

### **El Atributo de la Omnisciencia (Juan 2:23-25)**

Este pasaje de la Escritura revela que Jesucristo tenía omnisciencia, un atributo que solo Dios posee. Jesús conocía a todas las personas y lo que había en ellas. ¿Cómo lo sabía? ¡Él era tanto Señor como Dios!

A medida que avanzamos en los capítulos 3 y 4, observamos su omnisciencia en acción cuando Jesús discierne el latido del corazón de un gobernante de los judíos. En primer lugar, Nicodemo recibió una respuesta a una pregunta que no hizo, y que Jesús sabía que estaba en su corazón y que era el propósito de su venida. Luego, la mujer de Samaria descubrió a Uno que lo sabía todo sobre ella, incluso el número de maridos que tenía, y que aquel con el que vivía no era uno de ellos.

# Capítulo 4

## Algo Nuevo

### Preguntas en Juan 3

1. (3:4) ¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo? ¿Puede entrar por segunda vez en el vientre de su madre y nacer? 2. (3:9) ¿Cómo pueden ser estas cosas?
3. (3:10) ¿Eres tú maestro de Israel y no sabes estas cosas?
4. (3:12) Si os he dicho cosas terrenales, y no creéis, ¿cómo creeréis si os digo cosas celestiales?

### Nicodemo y el Nuevo Nacimiento (Juan 3:1-21)

Jesús se quedó en Jerusalén después de la Pascua cuando ocurrió este incidente con Nicodemo.

¿Cómo encaja esta conversación entre Jesús y Nicodemo en el propósito de Juan al escribir este libro? El texto contiene una de las grandes doctrinas de la Biblia. Es esencial para la comprensión del plan de salvación de Dios. Sin embargo, el propósito de Juan al relatar esta conversación va más allá de presentar y explicar el nuevo nacimiento. Quería llamar la atención sobre otra clara señal que establecía firmemente quién era, ¡quién es y quién será siempre Jesucristo!

### Omnisciencia

La primera razón por la que este incidente es esencial para el propósito de Juan es la muestra de la omnisciencia de Cristo. Jesús miró más allá de los comentarios elogiosos de Nicodemo para ver su honesta, aunque no expresada, necesidad. Esto coincide con Juan 2:24-25, que afirma que Jesús sabía lo que había en la gente porque conocía a todas las personas. Jesús conocía a Nicodemo, lo que había en su mente, y el profundo anhelo de su corazón por Dios.

### Omnipotencia

La segunda razón por la que este incidente es esencial para el propósito de Juan es su declaración de la omnipotencia de Cristo. Jesús informó a Nicodemo de que nadie es apto para el reino de Dios simplemente por su derecho de nacimiento. Sin una experiencia milagrosa de nacimiento, no puede entrar en él. Jesús afirmó su poder para cambiar a alguien de una vida vieja a una vida nueva. Como cambiar el agua en vino, cambiar a un viejo en un nuevo hombre requiere un milagro de Dios. Ningún esfuerzo humano podría lograr el nuevo nacimiento. Es un acto soberano de Dios, la gracia de Dios en acción redentora. “Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras,” (Efesios 2:10).

## **Omnipresencia**

Una tercera razón por la que este incidente es esencial es su declaración de la omnipresencia de Cristo. Jesús dijo que poseía la capacidad única de estar en el cielo y en la tierra simultáneamente, una cualidad distintiva de la deidad (Juan 3:12-13). El hombre visible estaba en la tierra como el Hijo; el Espíritu invisible estaba en el cielo y en la tierra como el Padre.

## **Amor Sacrificado**

La cuarta razón de este pasaje es la expresión del amor infinito y sacrificado de Dios por medio de Jesucristo. Juan 3:16-17 declara que es el propósito último de la venida de Cristo en la carne.

## **La Serpiente de Bronce**

Jesús utilizó el relato del Antiguo Testamento sobre la serpiente de bronce como una ilustración para Nicodemo sobre el requisito de la fe obediente para ser salvado o nacer de nuevo.

Nicodemo entendió esta ilustración de la serpiente. Sabía por qué Dios instruyó a Moisés para que la colocara en un poste. Se requería un acto de fe por parte de un israelita, mordido por una serpiente ardiente y que se enfrentaba a una muerte segura, para gastar la energía en buscar y encontrar la serpiente de bronce y mirarla. Obedecer traía la curación completa. Desobedecer significaba que el individuo pronto moriría. (Véase Números 21:4-9.)

Del mismo modo, Jesús explicó que cuando una persona se da cuenta de su estado empobrecido y perdido, necesita descubrir la única solución—una fe implícita y obediente en el don de Dios, expresada explícitamente en la Encarnación y, en última instancia, en la crucifixión de Jesucristo.

La fe de la que habló Jesús tiene como resultado el nuevo nacimiento, que crea una persona nueva, hecha a imagen del Hijo de Dios, haciendo que todo sea nuevo. (Véase II Corintios 5:17; 3:18; I Corintios 15:49; Romanos 8:29.)

## **El Nuevo Nacimiento**

Veamos más de cerca la experiencia de cambio de vida de la que Jesús habló con Nicodemo. Esta conversación fue una de las más informativas y esclarecedoras de su primer ministerio. Presentó a Nicodemo un tema de gran importancia. Para que los discípulos se dieran cuenta del alcance del reino de Dios, necesitaban escuchar esta conversación nocturna con un líder del Sanedrín.

El grito en el corazón de Nicodemo tocó una cuerda resonante en el del Maestro. Jesús había venido al mundo con el propósito específico de cambiar la vida de las personas, preparándolas para el reino de Dios. Encontró un individuo receptivo en este hombre. Nicodemo estaba dispuesto a escuchar y emocionado ante la perspectiva de conversar con alguien a quien consideraba un enviado especial del cielo.

En los comentarios iniciales de Nicodemo a Jesús, se detecta un interés sincero, nacido, sin duda, de las cosas que había oído sobre Él. Aunque Nicodemo mencionó los milagros, y hasta ahora, el milagro de convertir el agua en vino fue el único que Juan registró. Es lógico que Jesús dijera e hiciera mucho más de lo que Juan escribe.

En el corazón de este gobernante afloró un sincero interés por las cosas espirituales. Algo en Jesús atraía a Nicodemo hasta el punto de estar dispuesto a asumir el riesgo de ser descubierto. Nicodemo comentó, “Rabí, sabemos que has venido de Dios como maestro; porque nadie puede hacer estas señales que tú haces, si no está Dios con él (Juan 3:2).

Ignorando el enfoque positivo y diplomático de Nicodemo, Jesús declaró discretamente, “De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios” (Juan 3:3).

Esa afirmación despertó aún más el interés de Nicodemo. “¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo? ¿Puede acaso entrar por segunda vez en el vientre de su madre, y nacer?”, preguntó sinceramente.

¿Qué es el nuevo nacimiento? La experiencia total en, por y a través de Cristo es necesaria para producir la persona que Dios quiere. Nicodemo no era el hombre que Dios quería, pero por y a través del nuevo nacimiento, podía convertirse en el hombre que Dios buscaba y quería.

Jesús se lanzó a exponer punto por punto el tema introducido. Vino al mundo por esta razón. Jesús sabía lo que nadie más sabía o entendía. Nadie era apto para entrar en el reino de Dios por causa del primer nacimiento. Era el reino de Dios, un lugar privilegiado e inalcanzable por el nacimiento humano.

El problema de la humanidad comenzó en el Jardín del Edén. Adán y Eva disfrutaban de una perfecta comunión con Dios, pero su pecado rompió esa comunión ideal.

Como resultado, la raza humana quedó bajo el pecado y su castigo, que es la muerte. Por lo tanto, necesitábamos un mediador que pudiera eliminar nuestros pecados y restaurar la comunión con Dios. Como ningún ser humano pecador podía realizar esa obra, Dios tuvo que hacerlo por sí mismo. “Y vio que no había hombre, y se maravilló que no hubiera quien se interpusiese; y lo salvó su brazo, y le afirmó su misma justicia” (Isaías 59:16). “Por tanto, el Señor mismo os dará señal: He aquí que la virgen concebirá, y dará a luz un hijo, y llamará su

nombre Emanuel [Dios con nosotros]" (Isaías 7:14). "Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados" (Isaías 53:5).

Para comprender todo el mensaje de Juan 3, consideremos la siguiente paráfrasis y ampliación de las palabras de Cristo a él:

"Nicodemo, tienes una herencia grande e influyente. Has nacido en la nación privilegiada de la que procede Emanuel. Tu pueblo fue el pueblo elegido por Dios desde Abraham. Pero Nicodemo, todo esto es insuficiente. Debes nacer de nuevo, o no podrás ver el reino de Dios".

"No, no puedes volver al vientre de tu madre y pasar de nuevo por el proceso de nacimiento. Eso es imposible. No es eso lo que quiero decir. Debes nacer del agua y del Espíritu para entrar en el reino de Dios. ¡Es un deber, una necesidad!"

"Este nacimiento del que hablo es algo maravilloso. ¡Es lo que he venido a hacer! Es el plan de Dios para esta época. Además, es el único camino hacia el reino de Dios".

"Nacer del agua es ser bautizado en agua para la limpieza de tus pecados. Entenderás mucho más sobre esta fase más adelante. Ahora mismo, el acto completo de la redención aún no se ha realizado".

"El nacimiento del Espíritu es como el viento que sopla. El viento sopla donde quiere, y tú no tienes control sobre él. Pero sabes cuando está soplando porque oyes su sonido. Tiene su propio lenguaje. Así es todo aquel que ha nacido del Espíritu. ¡No puedes controlar al Espíritu, pero sabes cuándo has nacido del Espíritu, porque oirás la voz del Espíritu cuando entre en tu ser!"

En esta etapa de la conversación, Nicodemo preguntó: "¿Cómo pueden ser estas cosas?".

"¡Me sorprende tu ignorancia, Nicodemo! Eres un líder de este gran pueblo, y sin embargo no entiendes las cosas más simples sobre el asunto más importante del mundo—tu alma, tu futuro y tu camino con Dios. ¡Tu posición como gobernante en Israel, Nicodemo, exige que sepas estas cosas!"

"Tú entiendes el nacimiento natural, las cosas que implica el proceso terrenal. De lo que estoy hablando es similar, sólo que es una concepción celestial, un proceso espiritual en el que la vida de uno es transformada, hecha de nuevo, en un hombre espiritual. Tú naciste como un hombre natural, pero este nacimiento es espiritual. Te estoy hablando de asuntos espirituales, de cosas celestiales".

“Nicodemo, es una necesidad en cada lengua, cada tribu y cada nación. Nadie entrará en Mi reino sin lo que te estoy hablando”.

Jesús entonces llevó a Nicodemo en un viaje verbal de la tierra al cielo y de regreso. Diciendo que sólo el que tiene mentalidad celestial entiende el ámbito de los atributos omniscientes y omnipresentes de Dios que el Hijo del hombre posee por ser quien es.

Con esto, se lanzó a una declaración de lo que estaba destinado a realizar en una fecha posterior. De forma velada, Jesús explicó el propósito de su inminente muerte, algo que sabía que Nicodemo aún no comprendía. Sin embargo, como Nicodemo conocía la historia de Moisés y la serpiente de bronce en el desierto, pudo captar al menos una visión parcial de Jesús yendo a la cruz. En lugar de mirar una serpiente en un poste para ser curados, los seguidores de Cristo necesitaban verlo en la cruz. Creer en Su crucifixión, sepultura y resurrección, y ser limpiados de su condición pecaminosa a través de su respuesta obediente.

En ese momento, Jesús pronunció palabras que expresan el núcleo de la gracia salvadora de Dios: “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, más tenga vida eterna. Porque no envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él” (Juan 3:16-17).

Probablemente, ninguna otra porción de la Escritura es más crítica para el concepto total del propósito de Dios en la redención que Juan 3. En primer lugar, demuestra la afirmación de Juan en 1:14 de que Jesús es el unigénito del Padre “lleno de gracia y de verdad”.

Este capítulo introduce un mundo nuevo en el viejo mundo de las tinieblas. Jesucristo entra en escena con su gracia transformadora que cambia la vida para hacer nuevas todas las cosas. (Véase II Corintios 5:17; Apocalipsis 21:5.)

¡Dios vino a darse a sí mismo! ¡Dios vino a cambiar a otros! ¡Dios vino a hacer todo nuevo! Así que el mensaje de Jesús a Nicodemo fue, “He venido a hacer todo nuevo”. El punto de partida es una persona nueva. Nicodemo, tú puedes ser uno de ellos, ¡pero la única manera es nacer de nuevo del agua y del Espíritu!”.

### **Juan el Bautista se Retira (Juan 3:22-30)**

Después de la conversación entre Jesús y Nicodemo, Jesús salió de Jerusalén y se dirigió a la zona donde Juan estaba bautizando. Este pasaje de la Escritura es otra confirmación de la misión divina de Jesucristo reconocida por el Bautista. Describe la salida de un ministerio y la entrada de otro.

El sol se ponía en el día del Bautista. Su trabajo había terminado y él lo reconocía. Presentó a Jesucristo y su misión al mundo. La predicación de Juan sobre el arrepentimiento preparó los corazones de muchos judíos para su Mesías. Pero su luz se estaba apagando, y la verdadera luz de la gloria de Dios brillaba con fuerza en el rostro de Jesucristo (II Corintios 4:6).

Jesús domina desde ahora y para siempre la escena. Ya no la compartirá con Juan. Está totalmente en sus manos (Juan 3:35). La preeminencia es suya (Colosenses 1:18).

### **Reflexión (Juan 3:31-36)**

“No está claro quién habla en estos versículos de la Escritura. Parece que no hay una ruptura entre el discurso del Bautista en Juan 3:30 y estos versículos. Algunas afirmaciones no parecen encajar en el diálogo del Bautista. Adam Clarke asignó estos versos a Juan el Bautista.<sup>1</sup> Mientras que G. Campbell Morgan los atribuyó a Juan, el apóstol”.<sup>2</sup>

Parece que estos versos son una reflexión del apóstol Juan. Él atribuyó el dominio completo a Aquel que viene de arriba, de quien dice que está por encima de todo. Eso significa simplemente que no hay nadie superior a Cristo.

Juan declaró que todo gobierno, toda autoridad y todo dominio están en manos del Hijo de Dios en la tierra (Juan 3:35). El Espíritu de Dios mora ilimitadamente y sin medida en Él. Pero en este punto, Juan no explicó cómo sucedió esto. Sin embargo, más tarde aprendemos de Juan que el Padre está en el Hijo. Caminando en Él, hablando en Él, obrando milagros en, por y a través de Él; de modo que cuando vemos al Hijo, vemos al Padre, y si conocemos al Hijo, conocemos al Padre. (Véase Juan 14:6-7.) El Padre está siempre presente en el Hijo.

### **Notas**

<sup>1</sup>Adam Clarke, *Clarke's Commentary* (New York: Abingdon-Cokesbury Press), 535.

<sup>2</sup>G. Campbell Morgan, *The Gospel according to John* (Fleming H. Revell), 63.

## Capítulo 5

### ¡Vengan a Ver a un Hombre!

#### Preguntas en Juan 4

1. (4:9) ¿Cómo es que tú, siendo judío, pides de beber a mí, que soy una mujer de Samaria?
2. (4:11) Señor, no tienes con qué sacar, y el pozo es profundo: ¿de dónde, pues, tienes esa agua viva?
3. (4:12) ¿Eres tú mayor que nuestro padre Jacob, que nos dio el pozo y bebió de él, de sus hijos y de sus ganados?
4. (4:27) ¿Qué buscas? o, ¿Por qué hablas con ella?
5. (4:29) Ven a ver a un hombre que me ha contado todo lo que he hecho: ¿no es este el Cristo?
6. (4:33) ¿Le ha traído alguien algo de comer?
7. (4:35) ¿No decís que aún faltan cuatro meses para la cosecha?

#### La Samaritana Adúltera (Juan 4:1-42)

Juan 4 se centra en la condición de Mesías de Jesús. Es interesante que esta revelación de Dios llegue a una mujer de mala reputación, ¡no a una judía, sino a una samaritana despreciada!

¿Por qué Juan relata este incidente, que ninguno de los otros Evangelios menciona? Porque quería establecer, sin lugar a duda, que Jesucristo era el Hijo de Dios y el Messi-ah judío. Jesucristo fue un hombre de carne y hueso que nació, vivió, murió y resucitó. Pero, además, este único era mucho más que un simple hombre, más que el Mesías, más que el Hijo de Dios, aunque era todo eso.

Este incidente se relaciona con Juan 2:24-25, donde Jesús afirmó que conocía a todas las personas. Él poseía la omnisciencia y esta historia, como el relato de Nicodemo, es otra manifestación de ese atributo. Este incidente también indica que Cristo rompe todas las barreras de raza y cultura (Gálatas 3:28). Él ofreció la misma agua viva a esta mujer samaritana que a un judío que despreciaba a los samaritanos. No había discriminación en Él. Su agua viva estaba disponible para todas las personas.

Este encuentro reveló, sin embargo, algunas condiciones necesarias que uno tenía que cumplir antes de que se le permitiera participar. En primer lugar, Jesús pidió que la mujer llamara a su marido, exponiéndola a múltiples matrimonios y a una vida adúltera. La llamaba a la confesión y al arrepentimiento.

Más tarde, ella regresó a la ciudad y describió lo que había sucedido en el pozo. Entonces, proclamó, "Venid, ved a un hombre que me ha dicho todo cuanto he hecho. ¿No será este el Cristo?" (Juan 4:29).

Su descripción de este encuentro revela lo que Juan quería que entendiéramos sobre el Señor Jesucristo. En primer lugar, confesó su atributo de omnisciencia. En segundo lugar, Juan quería que todos supieran que Él era más que un hombre. Era un individuo único, una fusión del cielo y de la tierra, del Espíritu y de la carne, que poseía plenamente su naturaleza y sus características.

Cuando dijo, "Venid, ved a un hombre", su atención se centró en Aquel que ofrecía agua viva; si bebía, nunca más tendría sed. Él dijo que sería un pozo de agua que brotaría en ella la vida eterna. Él era judío, pero le había ofrecido esta agua a ella, una samaritana, libremente y sin prejuicios. ¡Aquí había un hombre que había cruzado la línea de la discriminación, no sólo para conversar con ella, sino para ofrecerle algo que aparentemente sólo pertenecía a los judíos!

Después de que Jesús revelara su conocimiento sobrenatural de la vida pecaminosa de la mujer, le explicó: "Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu, y en verdad es necesario que adoren" (Juan 4:24). Ella respondió: "Sé que ha de venir el Mesías, llamado el Cristo; cuando él venga, nos declarará todas las cosas. Jesús le dijo: Yo soy, el que habla contigo" (Juan 4:25-26).

Por primera vez, Jesús reveló abiertamente su identidad como Mesías. En el proceso, también declaró la verdad vital de que Dios es Espíritu.

Esta afirmación nos dice que Dios está en un reino que nadie entiende ni comprende. Él está más allá, es remoto, invisible, inmortal, incomprendible, eterno, ¡el único Dios sabio! (Véase I Timoteo 1:17.) Sin embargo, en Jesucristo, Dios se ha hecho visible y conocible.

Este incidente revela que Jesucristo vino en la carne y se reconoció como el Mesías. Por lo tanto, debemos verlo y entenderlo como el Hijo de Dios, el Hijo del hombre, el Mesías, un auténtico hombre de carne y hueso, el hombre perfecto.

Después de escuchar el testimonio de la mujer de que había encontrado a Cristo (Mesías), los samaritanos salieron y lo escucharon por sí mismos. Estuvieron totalmente de acuerdo con ella y comentaron, "Ya no creemos solamente por tu dicho, porque nosotros mismos hemos oído, y sabemos que verdaderamente este es el Salvador del mundo, el Cristo" (Juan 4:42).

En este incidente, Jesús reveló un poco más de sí mismo a sus apóstoles en un esfuerzo por ayudarles a creer. Cruzó la frontera de los prejuicios para hacerles saber que en Él no

habría discriminación racial o cultural en su reino. Les molestó que hubiera hablado con esta mujer, pero no entendieron lo que estaba haciendo hasta más tarde.

Se quedaron perplejos cuando les dijo que tenía comida que no conocían. “¿Le habrá traído alguien de comer?”, preguntaron. Nadie tenía una respuesta, pero Jesús, conociendo su pregunta, respondió: “Mi comida es que haga la voluntad del que me envió, y que acabe su obra” (Juan 4:34). Inmediatamente después de estas palabras, les habló de la gran cosecha de almas que iban a recoger.

### **El Segundo Signo La autoridad de Cristo en el Reino de la Sanidad (Juan 4:43-54)**

Después de su encuentro con la mujer samaritana, Jesús continuó hacia el norte, de regreso a Galilea. Muchos galileos también habían estado en la Pascua en Jerusalén, y lo que observaron les hizo creer en Él en gran medida. Por ejemplo, un noble de Caná se enteró de que había vuelto a esa ciudad. Imploró a Jesús que viniera a curar a su hijo, que estaba a punto de morir. Jesús acabó respondiendo, “Ve, tu hijo vive” (Juan 4:50).

Para crédito del noble, él creyó y partió hacia su casa. Sin embargo, antes de llegar, se encontró con algunos de sus sirvientes, que le informaron: “Tu hijo vive” (Juan 4:51). Preguntando por la hora en que su hijo empezó a recuperarse, descubrió que fue a la misma hora en que Jesús le había hablado.

Este milagro convirtió en creyente al noble y a toda su familia. Este milagro fue otra ilustración detallada de que Jesús era omnipotente y omnipresente, atributos que sólo pertenecen a Dios. El Padre, el Espíritu, el que está presente en todas partes, estaba en el lugar del Hijo, trabajando en y a través de la carne para hacer su perfecta voluntad.

Este es el primer milagro de curación que registra Juan. En Juan 14:10, Jesús dijo que las palabras que hablaba no eran de él mismo, sino que el Padre que habitaba en él hacía las obras. La voz de Jesús habló al noble, “Ve, tu hijo vive”, pero Jesús dijo que era el Padre quien hablaba y hacía las obras. ¿Pero dónde estaba el Padre? En el lugar de Cristo. Cuando una persona oía hablar a Jesús, ¡era la voz del Padre la que hablaba desde su interior!

En resumen, el cuarto capítulo de Juan demuestra que en Cristo están los atributos de omnisciencia y omnipresencia, porque el Padre reside en Él.

## Capítulo 6

### La Autoridad de Cristo sobre la Ley

#### Preguntas en Juan 5

1. (5:6) ¿Quieres ser sano?
2. (5:12) ¿Quién es el que te dijo: Toma tu lecho y anda?
3. (5:44) Cómo podéis vosotros creer, pues recibís gloria los unos de los otros, y no buscáis la gloria que viene del Dios único?
4. (5:47) Pero si no creéis a sus escritos, ¿cómo creeréis a mis palabras?

#### El Tercer Signo de la Autoridad de Cristo en el Medio de las Prácticas Religiosas (Juan 5:1-47)

Jesús regresó a Jerusalén desde Galilea, su segundo viaje allí, para asistir a otra fiesta de los judíos. Estaba en su segundo año de ministerio público.

La tercera señal adquirió una dimensión diferente a las dos anteriores. Un hombre fue curado, y aunque él y los que lo conocían se alegraron, había algo más que la curación. Jesús desafió a los líderes religiosos, no necesariamente con la curación, sino con lo que le pidió al hombre que hiciera. Jesús no quería llamar la atención sobre sí mismo como persona, sino sobre el poder y la autoridad de Dios que había en él.

Un hombre que llevaba treinta y ocho años enfermo yacía en el estanque de Bethesda, esperando que el agua se moviera. No le pidió a Jesús que lo sanara. No conocía la identidad de Aquel que le había curado. Cuando las autoridades le preguntaron quién era Jesús, no lo supo. Si lo hubiera sabido, sin duda habría pedido ser curado.

Jesús le preguntó: “¿Quieres ser sano?”. Él respondió: “Señor, le respondió el enfermo, no tengo quien me meta en el estanque cuando se agita el agua; y entre tanto que yo voy, otro desciende antes que yo. Jesús le dijo: Levántate, toma tu lecho, y anda. Y al instante aquel hombre fue sanado, y tomó su lecho, y anduvo. Y era día de reposo aquel día” (Juan 5:6-9).

Jesús podría haber dicho simplemente, “¡Levántate, y anda!” El hombre se habría curado y se habría evitado la dificultad posterior. Pero el milagro estaba destinado a ser mucho más que la curación de un hombre. Había un propósito divino en él. Jesús había demostrado su autoridad sobre la enfermedad en la curación del hijo del noble; no necesitaba más pruebas de su autoridad y capacidad en ese ámbito. Lo había utilizado no sólo para traer la curación, sino la alegría y la felicidad a una familia asustada que temía por la vida de su joven hijo.

El hombre curado expresó su extrema felicidad al salir de aquel estanque perfectamente sano. Cuando se levantó a la orden de Jesús, la fuerza surgió en sus pies y piernas. Salió caminando a paso ligero, llevando su colchoneta, disfrutando plenamente de cada paso que daba. Poder caminar y moverse de forma independiente después de años de enfermedad era emocionante. Sin embargo, no ocurrió tras meses de recuperación, sino en un segundo. Cada paso significaba mucho para él. Su forma de caminar no habría llamado mucho la atención, salvo entre los que le conocían. Pero llevar su colchoneta en el día de reposo irritó a los líderes religiosos.

Esa acción desencadenó la siguiente dificultad. Caminar era permisible si no incluía algún trabajo. Sin embargo, llevaba su alfombra por orden de Jesús.

No caminó mucho antes de encontrarse con algunos judíos estrictos, que rápidamente se enfrentaron a él: “Entonces los judíos dijeron a aquel que había sido sanado: Es día de reposo; no te es lícito llevar tu lecho. Él les respondió: El que me sanó, él mismo me dijo: Toma tu lecho y anda. Entonces le preguntaron: ¿Quién es el que te dijo: Toma tu lecho y anda? Y el que había sido sanado no sabía quién fuese, porque Jesús se había apartado de la gente que estaba en aquel lugar. Después le halló Jesús en el templo, y le dijo: Mira, has sido sanado; no peques más, para que no te venga alguna cosa peor. El hombre se fue, y dio aviso a los judíos, que Jesús era el que le había sanado” (Juan 5:10-15).

La acción de Jesús de decirle al hombre que tomara su cama y caminara fue el principio del fin para él. Animar a una persona a violar la ley era una blasfemia para un judío. Aunque la ley de Moisés no prohibía llevar la cama en sábado, los fariseos lo consideraban una violación de la ley del sábado, y su tradición oral lo prohibía. Si buscaban una razón para arrestar a Jesús y exigir su muerte, ahora la tenían en sus manos. A partir de ahora, el conflicto estaba al descubierto. Para ellos, Jesús era un blasfemo de la ley de Dios y debía sufrir por ello. Aunque el enfermo violó su ley, los judíos culpaban de la ofensa a Jesús, que le había ordenado hacerlo.

¿Por qué le ordenó Jesús al hombre que tomara su cama, conociendo las consecuencias?  
¿Lo hizo deliberadamente?

La respuesta es un sí incuestionable. Había llegado el momento de revelarse al mundo judío. Al ordenar al hombre que llevara su cama en el día de reposo, reveló su autoridad sobre los principios y prácticas religiosas en la tierra. Aunque estaba firmemente establecido en el cielo, necesitaba afirmar su autoridad en la tierra. ¡Este acto lo hizo!

Juan 5:17, 19 revela la razón por la que Juan incluyó esta historia, a saber, para retratar el doble papel de Jesús. En primer lugar, el Dios invisible se hizo visible en Jesucristo, un hecho que los judíos no comprendieron en aquel momento. “Y Jesús les respondió: Mi Padre hasta ahora trabaja, y yo trabajo. . . . Respondió entonces Jesús, y les dijo: De cierto, de cierto os

digo: No puede el Hijo hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre; porque todo lo que el Padre hace, también lo hace el Hijo igualmente”.

Jesús afirmó, en esencia, que “Dios está saliendo de la invisibilidad”. Moisés os enseñó de Dios, revelando aspectos de la naturaleza y el ser de Dios, con sus mandamientos y juicios. En consecuencia, esa ha sido la base de vuestra religión. Mi llegada, sin embargo, ha cambiado eso. Yo soy la personificación de la ley, Dios manifestado en la carne. Las obras de Dios se realizan ahora a través de mí. Puesto que Yo instituí y cumplí la ley, es mi prerrogativa establecer un nuevo orden, una nueva ley, y estoy perfectamente en mi derecho de decirle a este hombre, ‘¡toma tu lecho, y anda!’”. Los líderes religiosos judíos reaccionaron con dureza a la declaración de Cristo de que su Padre estaba trabajando, y Él estaba trabajando. “Por esto los judíos aún más procuraban matarle, porque no solo quebrantaba el día de reposo,[a] sino que también decía que Dios era su propio Padre, haciéndose igual a Dios” (Juan 5:18).

Después de esta reacción, Jesús explicó que sus obras no eran de su carne, sino del Espíritu de Dios que lo habitaba. Y añadió, “Porque el Padre ama al Hijo, y le muestra todas las cosas que él hace; y mayores obras que estas le mostrará, de modo que vosotros os maravilléis” (Juan 5:20).

Desde este punto hasta el final del capítulo, vemos que el Padre puso todas las cosas en manos del Hijo como la manifestación de Dios, no simplemente el agente o representante de Dios. El Padre estaba en el Hijo, el Dios poderoso en la carne. (Véase I Timoteo 3:16; Colosenses 2:9-10; II Corintios 5:19; Isaías 9:6).

Aquí hay algunas cosas que ahora están en la jurisdicción del Hijo:

1. La resurrección de los muertos (versículos 21, 28-29)
2. El juicio de todos los hombres (versículos 22, 27)
3. Recepción de todo el honor (versículo 23)
4. Dispensar la vida eterna (versículos 24, 29)
5. El nombre del Padre (versículo 43)

A partir del versículo 30, Jesús reconoció que Él, como hombre, estaba desprovisto de poder, autoridad o capacidad para hacer algo por sí mismo de la voluntad de Dios. No dio testimonio de sí mismo, sino que declaró que tenía tres testigos de que estaba en la voluntad de Dios:

1. Las obras que se realizan a través de Él
2. El Padre que lo envió
3. Las Escrituras

Los líderes judíos pensaban que las Escrituras les daban vida eterna. Sin embargo, dieron testimonio de Aquel que tiene la vida eterna en sí mismo, ¡el Padre que habita en Él!

Jesús no los acusaría ante el Padre, pero sí lo haría Moisés, en quien confiaban implícitamente. Se perdieron la esencia de los escritos de Moisés cuando se negaron a creer en Jesús. Él era la pieza central sobre la que Moisés escribió, ¡pero ellos no lo entendieron!

En resumen, Jesús estaba diciendo lo que les dijo a los judíos en Mateo 12:5-6: “¿O no habéis leído en la ley, cómo en el día de reposo los sacerdotes en el templo profanan el día de reposo, y son sin culpa? Pues os digo que uno mayor que el templo está aquí” .

¡Él es más grande que los sacerdotes, y Él es más grande que la ley, Él es más grande que el templo, pues Él es el templo!

# Capítulo 7

## El Pan de la Vida

### Preguntas en Juan 6

1. (6:5) ¿De dónde compraremos pan para que coman estos?
2. (6:9) Aquí está un muchacho, que tiene cinco panes de cebada y dos pececillos; más ¿qué es esto para tantos?
3. (6:25) Rabí, ¿cuándo llegaste acá?
4. (6:28) ¿Qué debemos hacer para poner en práctica las obras de Dios?
5. (6:30) ¿Qué señal, pues, haces tú, para que veamos, y te creamos? ¿Qué obra haces?
6. (6:42) ¿No es este Jesús, el hijo de José, cuyo padre y madre nosotros conocemos? ¿Cómo, pues, dice este: Del cielo he descendido?
7. (6:52) ¿Cómo puede este darnos a comer su carne?
8. (6:60) Dura es esta palabra; ¿quién la puede oír?
9. (6:61) ¿Esto os ofende?
10. (6:62) ¿Pues qué, si viereis al Hijo del Hombre subir adonde estaba primero?
11. (6:67) Dijo entonces Jesús a los doce: ¿Queréis acaso iros también vosotros?
12. (6:68) Señor, ¿a quién iremos?
13. (6:70) ¿No os he escogido yo a vosotros los doce, y uno de vosotros es diablo?

### La Cuarta Señal, la Autoridad de Cristo en el Ámbito de las Cosas Materiales (Juan 6:1-15)

Jesús regresó a Galilea y, al cruzar el mar, encontró a mucha gente esperándole.

Antes del final de este capítulo, muchos discípulos declararon que las enseñanzas de Jesús eran demasiado duras y dejaron de seguirlo. Incluso sus apóstoles se confundieron, hasta el punto de que Jesús les preguntó si también se irían.

La dificultad se centró en el cuarto signo, la alimentación de los cinco mil; es el único milagro de Jesús que relatan los cuatro evangelistas. Sin embargo, Juan no fue tan detallado como los otros. Lo mencionó solo para llegar a otra cosa.

Al leer otros relatos de los Evangelios, descubrimos lo que Juan omitió. Mateo menciona una multitud tan grande que cuando Jesús la vio, se compadeció y sanó a los enfermos. Marcos relató que cuando Jesús vio una multitud que lo seguía, tuvo compasión de ellos porque eran ovejas sin pastor, y les enseñó muchas cosas. Lucas relató que Jesús enseñó a las multitudes sobre el reino de Dios y sanó a los que lo necesitaban. (Véase Mateo 14:14; Marcos 6:34; Lucas 9:11).

Juan no relató nada en absoluto sobre la enseñanza o la curación de los enfermos. Por lo tanto, no es difícil asegurar que tenía otra cosa en mente al relatar este milagro.

Juan quería establecer la identidad de Jesucristo como el Hijo de Dios, el Mesías de Israel. Quería demostrar que Dios había venido en carne y hueso sin comprometer su unicidad, tal como se afirma en el Antiguo Testamento. (Véase Deuteronomio 6:4).

Para fomentar este propósito, Juan subrayó que Jesús tiene autoridad en el ámbito de las cosas materiales. Él creó el pan y los peces ante los ojos de la multitud y de sus discípulos. Su creación fue una multiplicación. Tenía cinco panes y dos peces para empezar, ¡un menú minúsculo para ofrecer a cinco mil hombres!

Pero mientras la gente miraba y los discípulos distribuían, ¡el milagro se produjo! ¿Cómo pudieron evitar maravillarse? ¿Quién podría tener un poder y una capacidad así, a no ser que fuera Dios? Después de que todos se llenaron, quedaron doce cestas. Llegar a las doce cestas habría sido un milagro suficiente, pero cinco mil hombres llenos hasta los topes era otra cosa. La comida debió ser sabrosa, porque lo siguieron queriendo más. Cuando uno puede satisfacer a tantos hombres con un solo tipo de comida, tiene que ser excepcional e impresionante para sus discípulos y las multitudes.

Este milagro fue otro ejemplo de su poder creativo, una clara demostración de su omnipotencia. Todos estaban tan asombrados con Jesús que querían coronarlo como rey de Israel (Juan 6:15). Jesús tuvo que escabullirse para evitar una acción inoportuna. Dejarse coronar como rey habría sido prematuro. Dios tenía su reloj, y la hora de la coronación no había llegado todavía.

En esta señal, escuchamos tanto el tono como el sobre tono. Jesús, el hombre, estuvo en su presencia (el tono) y obró un milagro que pertenecía únicamente a la deidad (el matiz).

### **La Quinta Señal de la Autoridad de Cristo en el Reino de la Naturaleza (Juan 6:16-21)**

Cuando Jesús se escabulló para evitar el intento de la multitud de coronarlo rey, dejó atrás a sus discípulos. Ellos se quedaron solos y, decidiendo ir a Capernaum, se subieron a una barca. Pensaron que Jesús se reuniría con ellos en la orilla del mar, pero zarparon sin Él cuando no lo hizo. Fue un movimiento casi desastroso, sin embargo, sin duda, de acuerdo con Su plan para ellos.

Cuando ya estaban en alta mar, se encontraron con una terrible tormenta. Como pescadores experimentados, sabían que el barco estaba a punto de zozobrar. No podría soportar mucho más los golpes de las altas olas y sobrevivir. Pero cuando toda esperanza parecía haber desaparecido, vieron lo que al principio parecía ser una aparición que se acercaba a ellos en el agua. Por un momento, el miedo a esta figura fantasmal fue mayor que el

miedo a zozobrar. No obstante, justo en ese momento, una voz familiar llegó flotando sobre las olas embravecidas: “Soy yo, no temáis” (Juan 6:20).

Se sintieron aliviados al ver a Jesús. Subiendo a la barca, controló la tormenta y enseguida llegaron a su destino, Capernaum.

¿Cuál era el propósito de esta señal? Una vez más, la omnipotencia de Cristo se manifestó magníficamente ante los ojos de sus discípulos, y estos se dieron cuenta de su autoridad sobre las fuerzas de la naturaleza. En una ocasión similar, sus discípulos preguntaron: “¿Quién es este, que aun el viento y el mar le obedecen?”. (Marcos 4:41). Aunque todavía albergaban algunas preguntas desconcertantes en sus mentes, ¡pronto reconocieron la completa capitulación de la naturaleza ante Su palabra!

En esta señal, no solo la naturaleza le obedeció, y los llevó inmediatamente a la orilla, sino que llegó a ellos caminando sobre el agua. Sin duda recordaron lo que Job 9:8 dice de Dios: “Él solo extendió los cielos, Y anda sobre las olas del mar”.

Era otra señal clara de a quién seguían. Era otro clavo en un lugar seguro que conducía a la fe plena en Jesús como el Hijo de Dios, el Dios poderoso en la carne. Vieron al hombre Jesús caminando hacia ellos, el tono, y se emocionaron ante su dominio sobre la naturaleza, el sobre tono.

### **¿Por qué me Habéis Seguido Hasta Aquí? (Juan 6:22-71)**

Cuando la multitud a la que Jesús alimentó no pudo encontrarlo, concluyeron que debía haberse ido con sus discípulos, aunque no lo vieron subir a su barco. Así que subieron a otras embarcaciones y viajaron también a Capernaum. Allí lo encontraron y le preguntaron: “Rabí, ¿cuándo llegaste acá?”. (Juan 6:25).

Jesús no respondió a su pregunta como tal, sino que desvió su atención, acusándoles de seguirle no por el milagro, sino porque ahora tenían hambre de más comida. A continuación, se produjo una larga discusión, cuyo resultado fue que muchos de los que estaban al menos parcialmente convencidos de su condición de Mesías se marcharon y dejaron de seguirle. Todo comenzó y se centró en el pan que tan milagrosamente les había proporcionado.

Les advirtió que no buscaran ese tipo de pan, sino el que bajaba del cielo. Entonces les confió: “Yo soy el pan de vida” (Juan 6:35).

No podían entender su alusión a que bajaba del cielo. Conocían a sus padres (al menos eso creían) y concluyeron que hablaba con falsedad de sí mismo. Además, no entendían que estaba aludiendo a que era la residencia terrenal del Dios de la creación. La dificultad de los judíos para creer hizo que Juan escribiera su libro, remontándose a la fuente de todas las cosas y mostrando que el Verbo (Dios) se hizo carne y, como tal, fue llamado Hijo de Dios.

El Comentario Bíblico de Wycliffe conecta este discurso con las acusaciones de que Jesús era un hijo ilegítimo porque María estaba embarazada antes de que ella y José se casaran. De hecho, en Juan 8:41, algunos judíos que se dirigieron a Jesús se jactaron: “Nosotros no somos nacidos de fornicación”, insinuando que Él lo era.

En Juan 6:48-51, Jesús afirmó: “Yo soy el pan de vida. Vuestros padres comieron el maná en el desierto, y murieron. Este es el pan que desciende del cielo, para que el que de él come, no muera. Yo soy el pan vivo que descendió del cielo; si alguno comiere de este pan, vivirá para siempre; y el pan que yo daré es mi carne, la cual yo daré por la vida del mundo”.

Esta última afirmación fue un bombazo. Los oyentes de Cristo discutían entre sí, preguntando: “¿Cómo puede este darnos a comer su carne?” (Juan 6:52). Existían en un plano material, pensando solo en el pan que Jesús les proporcionaba en la ladera. No podían entender que estaba hablando de la Cruz.

Asimismo, estaban aún más confundidos cuando Jesús añadió: “De cierto, de cierto os digo: Si no coméis la carne del Hijo del Hombre, y bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. . . . El que come mi carne y bebe mi sangre, en mí permanece, y yo en él” (Juan 6:53, 56).

Muchas personas concluyeron que este era un dicho duro y ofensivo. En el versículo 63, Jesús interpretó: “El espíritu es el que da vida; la carne para nada aprovecha; las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida”.

La gente estaba demasiado embotada para entender que Él ponía una connotación espiritual a sus observaciones. Las tomaron literalmente. Él dedujo que, si querían seguirle y tener vida eterna, tendrían que identificarse completamente con Él. No podía ser una muestra, sino un compromiso total con Él. Estos oyentes de mentalidad terrenal eran incapaces de comprender las cosas espirituales. Todo lo que podían ver era tomar un pedazo de Su carne y comerlo, lo cual sería morbosamente espantoso. Luego, la idea de beber un poco de Su sangre: la ley de Moisés lo prohibía. Todo el asunto era demasiado espantoso para ellos. Juan 6:66 registra, “Desde entonces muchos de sus discípulos volvieron atrás, y ya no andaban con él”.

Debe haber sido decepcionante para Jesús verlos partir, sin embargo, Él sabía que esto sucedería. En el versículo 64, había dicho: “Pero hay algunos de vosotros que no creen”. Luego Juan añadió: “Porque Jesús sabía desde el principio quiénes eran los que no creían, y quién le había de entregar”.

La afirmación de Juan enfatiza que Jesús poseía omnisciencia, conociendo todas las cosas y teniendo conocimiento previo de los eventos mucho antes de que ocurrieran. Pero, por supuesto, la omnisciencia y la presciencia pertenecen solo a Dios, ¡lo que nos da una mayor comprensión de la identidad y la verdadera naturaleza de Jesucristo!

Algunos suponen hoy que comer su carne y beber su sangre significa el servicio de comunión. Sin embargo, en el contexto de Juan, indica una identidad completa con Él en Su muerte (la entrega de Su carne y sangre), sepultura y resurrección. Hacemos esta identificación por medio del arrepentimiento (muerte al pecado y al yo), la sepultura por medio del bautismo en Su nombre para la remisión de los pecados, y la recepción del don del Espíritu Santo, Su vida de resurrección, y el pan del cielo (Hechos 2:38).

Después de que muchos de sus discípulos se fueron, Jesús preguntó a los Doce: “¿Queréis acaso irnos también vosotros?”. Pedro respondió: “Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros hemos creído y conocemos que tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente” (Juan 6:67-69).

Poco a poco, paso a paso, los Doce llegaron a la conclusión de que Jesús era el Cristo. Aunque todavía tenían dudas importantes sobre su identidad con el Padre, poco a poco fueron adquiriendo fe. Estos dos signos y la posterior discusión sobre el pan bajado del cielo añadieron otro eslabón en la cadena de la fe para ellos — y para nosotros.

## Capítulo 8

### Jesús en la Fiesta de los Tabernáculos

#### Preguntas en Juan 7

1. (7:11) Y le buscaban los judíos en la fiesta, y decían: ¿Dónde está aquel?
2. (7:15) ¿Cómo sabe este letras, sin haber estudiado?
3. (7:19) ¿No os dio Moisés la ley, y ninguno de vosotros cumple la ley? ¿Por qué procuráis matarme?
4. (7:20) Demonio tienes; ¿quién procura matarte?
5. (7:23) Si recibe el hombre la circuncisión en el día de reposo, para que la ley de Moisés no sea quebrantada, ¿os enojáis conmigo porque en el día de reposo sané completamente a un hombre?
6. (7:25) Decían entonces unos de Jerusalén: ¿No es este a quien buscan para matarle?
7. (7:26) ¿Habrán reconocido en verdad los gobernantes que este es el Cristo?
8. (7:31) El Cristo, cuando venga, ¿hará más señales que las que este hace?
9. (7:35) ¿Adónde se irá este, que no le hallemos? ¿Se irá a los dispersos entre los griegos, y enseñará a los griegos?
10. (7:36) ¿Qué significa esto que dijo?: Me buscaréis, y no me hallaréis; y a donde yo estaré, ¿vosotros no podréis venir?
11. (7:41) Pero algunos decían: ¿De Galilea ha de venir el Cristo?
12. (7:42) ¿No dice la Escritura que, del linaje de David, y de la aldea de Belén, de donde era David, ha de venir el Cristo?
13. (7:45) Los alguaciles vinieron a los principales sacerdotes y a los fariseos; y estos les dijeron: ¿Por qué no le habéis traído?
14. (7:47) Entonces los fariseos les respondieron: ¿También vosotros habéis sido engañados?
15. (7:48) ¿Acaso ha creído en él alguno de los gobernantes, o de los fariseos?
16. (7:51) ¿Juzga acaso nuestra ley a un hombre si primero no le oye, y sabe lo que ha hecho?
17. (7:52) Respondieron y le dijeron: ¿Eres tú también galileo?

Este capítulo no describe ningún signo, sino que relata varios incidentes y respuestas a preguntas.

#### Jesús Retrasa su Marcha a Jerusalén (Juan 7:1-9)

Jesús retrasó a propósito su salida hacia Jerusalén, aunque sus hermanos le instaron a mostrarse abiertamente, sobre todo si sus afirmaciones eran ciertas. Sin embargo, sus hermanos se mostraban escépticos ante sus afirmaciones y no estaban convencidos de su condición de Mesías.

La ocasión era la Fiesta de los Tabernáculos en Jerusalén. Jesús sabía que los gobernantes lo buscaban con la intención de matarlo. Era un hombre marcado. Así había sido desde que Jesús curó al enfermo en sábado y le dijo que tomara su cama y caminara. Tomó autoridad sobre la ley, una acción que estos gobernantes no podían ni querían tolerar. Para ellos, era una blasfemia. (Véase Juan 5:1-18.)

La respuesta que Jesús dio a sus hermanos es significativa: “Mi tiempo aún no ha llegado” (Juan 7:6). En esencia, afirmó: “Hay un tiempo establecido para la revelación de mí mismo al mundo. Sería prematuro para mí desvelarme en este momento, pues hacerlo provocaría mi crucifixión, para la que ni yo, ni mis discípulos, ni la gente estamos todavía preparados”.

### **Jesús va a Jerusalén (Juan 7:10-13)**

Poco después de la partida de sus hermanos, Jesús se escabulló secretamente de Galilea y se dirigió a Jerusalén. Allí se especulaba sobre Él. Algunos pensaban que era un buen hombre, otros que era un astuto engañador. Independientemente de lo que creyesen de Él, ambos grupos lo buscaban.

“¿Dónde está?”, se preguntaban entre ellos. Esta pregunta suscitó controversia entre la gente con respecto a Él. Así lo hizo entonces y lo hace ahora donde quiera y cuandoquiera que se mencione a Jesús. Sin embargo, estas cosas se discutían en voz baja entre la gente, ya que preferían no agitar a los líderes religiosos judíos. Era de conocimiento general que se estaba gestando un complot para matarlo.

La controversia se aceleraría en esta Fiesta de los Tabernáculos. Juan 7:43 dice, “Hubo entonces disensión entre la gente a causa de él”.

Este versículo sugiere una verdad significativa sobre Jesús: un grupo de personas se sentía atraído por Él. Puede haber sido por las curaciones, o por la alimentación de los cinco mil, o por el milagro del agua convertida en vino. Muchas de estas personas estaban dispuestas a convertirlo en su rey. Veían el bien en todo lo que decía o hacía. Los fariseos y la jerarquía judía, sin embargo, veían algo totalmente diferente.

En su opinión, había quebrantado el sábado. Además, hizo afirmaciones que solo Dios podía hacer con derecho. Para ellos, era un hombre que reclamaba un poder sobrenatural, ¡una virtud que solo Dios poseía!

Esta gente no entendió por qué vino al mundo. Vino para ser crucificado. Por ese acto, Él aseguraría el perdón para la humanidad perdida, permitiéndoles ser limpiados del pecado y llenos de Su Espíritu. Ese era el plan redentor de Dios desde la eternidad pasada.

La fiesta puso de manifiesto la división del pueblo. Finalmente, los líderes judíos decidieron que tenían que hacer algo, y su solución fue acabar con Jesús. “¿Dónde está?” era la pregunta que se hacían los que lo consideraban un hombre bueno, los que lo creían un engañador y los gobernantes y fariseos.

### **La Fiesta de los Tabernáculos (Juan 7:14-31)**

La Fiesta de los Tabernáculos se celebraba en Jerusalén a principios del otoño, cinco días después del Día de la Expiación. Era una de las tres fiestas a las que todos los israelitas varones debían asistir si era posible. Era un momento para recordar las andanzas de sus antepasados en el desierto. Dormían y comían durante los siete días de la fiesta en cabañas erigidas a tal efecto. De este modo, recordaban los inconvenientes experimentados después de que sus padres no creyeran en Dios y marcharan triunfalmente hacia la Tierra Prometida cuando acamparon en Cades-Barnea. (Véase Levítico 23:34-43; Números 29:12-38; Deuteronomio 16:13-15; 16:16-17; Nehemías 8:14-18).

El último día de la fiesta (el octavo día, un sábado especial) era un día significativo en el que adoraban en el Templo. Después, adoraban en las sinagogas decoradas con flores y frutas de todo tipo. Por último, era el día cumbre de la fiesta. Un día de gran regocijo en el que retuitearon la bondad de Dios por haberlos llevado a la tierra de la promesa después de los muchos años de vagabundeo y privación en el desierto.

A mediados de la semana, Jesús comenzó a enseñar en el Templo. Los que lo escucharon se asombraron de su enseñanza. Les sorprendió tanto que preguntaron por su educación. Cuando descubrieron que era mínima, se asombraron aún más. “¿Cómo sabe este letras, sin haber estudiado?”, se preguntaban unos a otros (Juan 7:15). Él respondió, en esencia, “Si escucháis atentamente lo que digo, descubriréis si soy yo o Dios quien habla. Sobre todo, si obedecen lo que digo”.

En este momento, hizo una pregunta aguda. “¿No os dio Moisés la ley, y ninguno de vosotros cumple la ley? ¿Por qué procuráis matarme?” (Juan 7:19). Él tenía un punto fuerte. Lo condenaron a muerte porque ordenó a un enfermo que tomara su cama y caminara en el día de reposo. Sin embargo, un poco de búsqueda en el corazón revelaría que ellos mismos no habían sido diligentes en guardar la ley.

Ellos sabían que Él estaba diciendo la verdad. Sus palabras penetraron profundamente en sus conciencias, desarraigando algunas áreas ocultas y secretas de desobediencia. Fue similar a lo que escribió en el suelo en el incidente de la mujer sorprendida en el acto de adulterio. Después de esto, no lo molestaron por un corto período de tiempo, sin hacer ningún intento de tomarlo en custodia.

La multitud, al descubrir su paradero, pronto se reunió a su alrededor. Los gobernantes se quedaron atónitos por su audacia, pero no intentaron apresarlo debido a sus conciencias heridas. La multitud se preguntaba entre sí si era el Cristo.

Fue la ocasión para que Jesús se atreviera a proclamarse. “Jesús entonces, enseñando en el templo, alzó la voz y dijo: A mí me conocéis, y sabéis de dónde soy; y no he venido de mí mismo, pero el que me envió es verdadero, a quien vosotros no conocéis. Pero yo le conozco, porque de él procedo, y él me envió” (Juan 7:28-29). Aquí estaba el tono y el sobre tono.

Los gobernantes trataron de arrestarlo por esta declaración, pero no pudieron porque, como les dijo a sus hermanos, todavía no había llegado su hora. Por lo tanto, los gobernantes estaban indefensos y no podían hacer nada contra Él.

Mucha gente se agitó y preguntó, “El Cristo, cuando venga, ¿hará más señales que las que este hace?”, y creyeron en él (Juan 7:31).

Jesús no había obrado ningún milagro en la fiesta. Sin embargo, esta gente no había olvidado los milagros pasados que habían presenciado o de los que habían oído hablar a otros. Así que venga lo que venga, algunos creyeron que Jesús era el Cristo.

### **Los Gobernantes Actúan con Cobardía (Juan 7:32-53)**

Este capítulo no explica cómo estos creyentes expresaron su fe en Jesús como el Mesías. Sin embargo, de alguna manera su fe llamó la atención de los fariseos y de los principales sacerdotes. Sintieron que tenían que hacer algo con respecto a Jesús. Él estaba volviendo a hacer creyentes a su pueblo. No podían permitir que esto continuara. La gente se preguntaba por qué querían matarlo.

Sin embargo, no tuvieron el valor, ante la multitud creyente, de intentar apresar a Jesús, así que tomaron una medida cobarde y enviaron oficiales para arrestarlo. Esa acción estaba condenada al fracaso. De nuevo, no era su momento. Tenía mucho más que enseñar, hacer y demostrar. Incluso sus discípulos, aunque creían en gran medida, necesitaban más pruebas de su identidad.

Sin duda, estos oficiales comenzaron a seguirle inmediatamente. Eran todos ojos y oídos, escuchando, vigilando, observando, y llevando cuentas precisas de cada palabra que Él decía. Así, sus amos tendrían pruebas válidas para acusarle.

El último día, el gran día, estaba sobre ellos. Todavía no habían podido apresarlo. Una gran multitud se reunió en el Templo, donde se celebraba la santa convocación. El acontecimiento y lo que estos oficiales observaron afectó su actitud, haciéndoles abandonar su misión de apresar a Cristo. Los fariseos y los jefes de los sacerdotes tendrían que esperar.

G. Campbell Morgan dio una imagen gráfica de ese día y su simbolismo:

“Algunos escritores judíos nos dicen que, durante la observancia de la fiesta, durante siete días, en cada día, se llevaba agua en vasijas de oro desde el estanque de Siloé y se derramaba en presencia de los adoradores reunidos en el templo. Otros escritores judíos nos dicen que durante siete días había una procesión de los sacerdotes, que iban con vasijas vacías, ya sea al estanque de Siloé o fuera de la ciudad, al arroyo Cedrón, llenaban sus vasijas con agua y regresaban, cantando partes del Gran Hallel, y luego derramaban el agua dentro de los patios del templo. Esta observancia continuaba durante siete días. El último día, no hubo procesión de los sacerdotes, ni se llevaron las vasijas de oro con agua, y la omisión fue tan significativa como lo había sido la observancia. La omisión debía mostrar, en primer lugar, que ahora no había necesidad del suministro sobrenatural de agua porque ya no estaban en el desierto sino en la tierra; y en segundo lugar, que las grandes promesas de refrigerio espiritual no se habían cumplido todavía. Ese es el trasfondo, y en el momento en que lo reconocemos, vemos que para aquellas multitudes que escuchaban, especialmente las que apreciaban el valor de su ritual, había algo muy significativo en el hecho de que Jesús se pusiera de pie ese día, el día en que ya no llevaban agua, y clamara, ‘Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva’.<sup>1</sup>

El hecho de que Jesús se pusiera de pie nos indica que estaba hablando como un heraldo, un proclamador. Tenía un mensaje que todos los asistentes a la fiesta necesitaban escuchar, y se puso de pie para declararlo. La palabra “clamó” denota un discurso con gran emoción y fuerza, un arrebató de importancia vital.

La sustancia de ese arrebató tiene un valor incalculable. Jesús se proyectó unas semanas en el futuro y dio voz a un acontecimiento que pronto cambiaría el curso de toda la humanidad. Todas las almas sedientas, tanto entonces como ahora, recibieron la más personal de todas las invitaciones jamás pronunciadas por Cristo. Aunque Juan no lo entendió del todo en aquel momento, unas semanas más tarde, él y los demás discípulos se convirtieron en partícipes entusiasmados y resplandecientes de lo que Jesús estaba anunciando.

Juan reflexionó sobre su bautismo en el Espíritu el día de Pentecostés desde la perspectiva de unos sesenta años. Ahora podía dar un ardiente testimonio del grito de Jesús en aquel último día de la fiesta. Explicó en Juan 7:39, “Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en él; pues aún no había venido el Espíritu Santo, porque Jesús no había sido aún glorificado”.

Aunque Jesús le dijo a Nicodemo que necesitaba nacer del agua y del Espíritu y luego le explicó cómo sabría cuando naciera del Espíritu (Juan 3:8), este fue Su primer pronunciamiento público de que algo de esta naturaleza estaría por venir. Aunque no ocurriría

hasta el Día de Pentecostés, estaba en el propósito, plan y programa de Dios Todopoderoso desde el principio.

Pero Juan explicó que aún no había llegado el momento. En ese momento, Jesús aún no había sido glorificado. Tenía que ser crucificado, enterrado, resucitado, ascendido y glorificado. Por lo tanto, Jesús dijo en Juan 16:7, “Pero yo os digo la verdad: Os conviene que yo me vaya; porque si no me fuera, el Consolador no vendría a vosotros; más si me fuere, os lo enviaré”.

La glorificación de Jesús fue la última acción de Dios en Su vida terrenal, como se registra en I Timoteo 3:16: “Recibido arriba en gloria”. Significa que Jesús, en Su cuerpo resucitado y ascendido, está ahora en el cielo en la posición de mayor honor, poder, autoridad y gloria.

En ocasión de este arrebató, Jesús se proyectó al Día de Pentecostés, cuando derramaría el Espíritu Santo sobre los 120. Antes de que ese día terminara, otros 3.000 recibirían esa promesa (Hechos 2:1-43). Este evento cumplió la promesa de Juan el Bautista cuando declaró que Jesús bautizaría con el Espíritu Santo (Juan 1:33).

Este acontecimiento sería el fondo de la misión de Jesucristo en este mundo. Al venir Dios al mundo en el reino de la humanidad, Él podría derramar Su sangre para redimir y limpiar al creyente (Hechos 20:28). Consecuentemente, Él pudo morar en el creyente a través del Espíritu. Jesús dijo que no dejaría a los creyentes sin consuelo, sino que sería el consolador en ellos (Juan 14:18). De este modo, podrían tener “Cristo en vosotros, la esperanza de gloria” (Colosenses 1:27).

Dios tiene algo grande, reservado para el creyente. No solo nacerá de nuevo, convirtiéndose en una persona cambiada, sino que también se convertirá en un recipiente a través del cual Dios puede derramar sus bendiciones sobre otras almas sedientas. Por dondequiera que iba Jesús, una controversia lo rodeaba. Su gran grito en la fiesta provocó la misma reacción. Algunos le llamaron profeta; otros cuestionaron, “¿De Galilea ha de venir el Cristo?” y afirmaron que “del linaje de David, y de la aldea de Belén, de donde era David, ha de venir el Cristo” (Juan 7:41-42). Esto creó una división entre el pueblo.

Los oficiales que fueron enviados a llevarse a Jesús volvieron con las manos vacías. A la pregunta, “¿Por qué no le habéis traído?” respondieron, “¡Jamás hombre alguno ha hablado como este hombre!” (Juan 7:45-46).

Estos oficiales reconocieron lo sobrenatural de Jesús. Puede que no supieran exactamente lo que era, ¡pero sabían que lo era! Desafortunadamente, esto frustró a los gobernantes porque todavía no era Su tiempo.

Cuando Nicodemo defendió a Cristo preguntando si su ley juzgaba a algún hombre antes de escucharlo, fue acusado de ser un seguidor del galileo. No había olvidado la noche con Jesús. ¡Todavía estaba actuando en él! Una vez que las personas se encuentran con el Señor a través de su Espíritu que atrae y convence, no lo olvidan pronto. Dios lo diseñó así.

Juan utilizó este último día de la fiesta para presentar la autoridad y la preeminencia de Jesucristo como Señor y Dios.

**Nota**

<sup>1</sup>G. Campbell Morgan, *The Gospel According to John* (New York: Fleming H. Revell), 137-38

## Capítulo 9

### ¿Dónde está tu padre?

#### Preguntas en Juan 8

1. (8:5) Ahora bien, Moisés en la ley nos ordenó que los tales fueran apedreados; pero ¿qué dices tú?
2. (8:10) Mujer, ¿dónde están tus acusadores? ¿Nadie te ha condenado?
3. (8:19) Entonces le dijeron: ¿Dónde está tu Padre?
4. (8:22) Entonces, dijeron los judíos, ¿se va a matar?
5. (8:25) Entonces le dijeron: ¿Quién eres tú?
6. (8:33) Ellos le respondieron: Somos la descendencia de Abraham, y nunca hemos sido esclavos de nadie; ¿cómo dices tú que seréis libres?
7. (8:43) ¿Por qué no entendéis mi discurso?
8. (8:46) ¿Quién de vosotros me convence de pecado? Y si digo la verdad, ¿por qué no me creéis?
9. (8:48) ¿No decimos bien que eres samaritano y tienes un demonio?
10. (8:53) ¿Eres tú acaso mayor que nuestro padre Abraham, el cual murió? ¡Y los profetas murieron! ¿Quién te haces a ti mismo?
11. (8:57) Aún no tienes cincuenta años, ¿y has visto a Abraham?

Juan 8 es un capítulo esclarecedor respecto a la verdadera identidad de Jesucristo. Registra una señal y otros incidentes al día siguiente de la Fiesta de los Tabernáculos en Jerusalén, unos seis meses antes de la muerte de Cristo.

El capítulo 8 comienza con Jesús pasando la noche en el Monte de los Olivos, uno de sus lugares de alojamiento favoritos. Al regresar al día siguiente, continuó enseñando en el Templo, donde le esperaba una audiencia dispuesta.

#### **Sexta Señal de la Autoridad de Cristo en el Reino del Perdón (Juan 8:1-11)**

Una de las mayores pruebas de la identidad de Jesús fue su poder y autoridad para perdonar los pecados.

Una mujer fue sorprendida en el acto de adulterio. Según la ley, sus acusadores debían apedrearla hasta la muerte. Se preguntaron qué haría Jesús con ella si se enfrentara a las pruebas que tenían, así que se la llevaron. Sin duda, supusieron que su respuesta les daría motivos adicionales para condenarlo.

Traieron a la mujer, la pusieron en medio de la multitud, y luego se volvieron exultantes hacia Jesús y le expusieron sus acusaciones. Luego, tras expresar el juicio de Moisés, solicitaron el suyo.

Jesús discernió inmediatamente sus motivos deshonestos. La honestidad les habría obligado a traer también al hombre, ya que merecía el mismo castigo. (Véase Levítico 20:10.)

Jesús no contestó, sino que se inclinó y escribió en el suelo, actuando con indiferencia, como si no los escuchara. Le presionaron para que respondiera porque intentaba eludir la cuestión con esta táctica. Entonces, enderezándose, los miró fijamente a los ojos, discernió rápidamente sus pensamientos y habló brevemente: “El que de vosotros esté sin pecado sea el primero en arrojar la piedra contra ella” (Juan 8:7).

Estas palabras sondearon los rincones secretos de sus almas. Cambiando de un pie a otro, se sintieron incómodos mientras Él los observaba, con una mirada penetrante que se profundizaba cada vez más. Fue un alivio cuando se agachó por segunda vez, especialmente para escapar de esos ojos penetrantes. Sus recuerdos hicieron pasar por delante de ellos algunos pecados atroces que habían cometido. Uno a uno, empezando por el mayor, se escabulleron sigilosamente hasta que no quedó ninguno. Sus fechorías eran tan masivas que, por temor a que no se atrevieran a permanecer, Él las exponía abiertamente.

Cuando Jesús se enderezó de nuevo, Él y la mujer estaban solos. “¿Dónde están los que te acusaban? ¿Ninguno te condenó?”, preguntó él. “Ninguno, Señor”, respondió ella. “Ni yo te condeno; vete, y no peques más” (Véase Juan 8:10-11).

Juan utilizó esta señal porque solo Dios tiene el poder y la autoridad para perdonar los pecados. Sin embargo, Jesús tomó esta prerrogativa para sí mismo. En esencia, dio a entender lo que más tarde declaró a Felipe: “El Padre que mora en mí, él hace las obras”, en este caso, perdonar los pecados. (Véase Juan 14:10.)

### **El Padre – ¿Dónde Está? (Juan 8:12-23)**

Después de tratar con la mujer sorprendida en adulterio, Jesús volvió a la enseñanza. Afirmó enérgicamente, “Yo soy la luz del mundo” (Juan 8:12). Esta afirmación es el primero de los tres “Yo soy” que Jesús pronunció en este capítulo, que conduce al corazón mismo del propósito del Evangelio de Juan.

Como de costumbre, muchos fariseos estaban presentes y listos para agarrar cualquier declaración, palabra o acción con la que pudieran acusar a Jesús. Su enseñanza se convirtió en un diálogo entre Él y estos hombres cuando ellos, interrumpiendo su enseñanza, le acusaron, “Tú das testimonio acerca de ti mismo; tu testimonio no es verdadero” (Juan 8:13).

Jesús contestó, “Aunque yo doy testimonio acerca de mí mismo, mi testimonio es verdadero; [entonces dio la razón por la que su testimonio era verdadero] porque sé de dónde he venido y a dónde voy; pero vosotros no sabéis de dónde vengo, ni a dónde voy. Vosotros juzgáis según la carne; yo no juzgo a nadie. Y si yo juzgo, mi juicio es verdadero; porque no soy yo solo, sino yo y el que me envió, el Padre. Y en vuestra ley está escrito que el testimonio de dos hombres es verdadero. Yo soy el que doy testimonio de mí mismo, y el Padre que me envió da testimonio de mí” (Juan 8:14-18).

Al igual que Juan 5:17 (“Mi Padre hasta ahora trabaja, y yo trabajo”), esta última declaración agitó mucho a estos fariseos. Le oyeron hablar de su Padre como otro testigo, pero solo vieron a Jesús. Su razonamiento en este punto engendró una pregunta seria e inquisitiva que establece el tono para gran parte del resto del Evangelio de Juan.

A continuación, se parafrasea su pregunta y el razonamiento subyacente: “Has citado nuestra ley sobre dos o tres testigos. Dijiste que Tú eres un testigo, y el Padre que te envió es otro, insistiendo en que Tú no estás solo. Eso hace dos. Pero nosotros solo vemos uno. Si el Padre es un testigo como usted sugiere, ¿dónde está su Padre? “¿Quién es ese misterioso al que reclamas como tu Padre y al que no podemos ver? Sácalo a la luz, para que podamos hacer un juicio justo. ¿Quién es Él, de todos modos?”

Esta pregunta no era exclusiva de los fariseos. En pocos meses, los discípulos de Cristo, aquellos con los que pasó los últimos tres años, sus confidentes y asociados más cercanos, buscarían información similar. Estos inquisitivos fariseos preguntaron, “¿Dónde está tu Padre?” (Juan 8:19), mientras que Felipe, un discípulo de Jesús, pidió más tarde, en esencia, “muéstranos el Padre, y nos basta” (Véase Juan 14:8).

Juan 1:18 ya ha indicado la respuesta a esta pregunta: “A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer”. Jesucristo ha declarado, o “exegado”, al Padre, sacándolo de la invisibilidad a la visibilidad. Así, Jesús respondió a los fariseos: “No me conocéis a mí [humanidad] ni a mi Padre [deidad]; si me conocierais a mí [humanidad], también conoceríais a mi Padre [deidad]”. Aquí también vemos el tono (el obvio, el que se ve) y el matiz (el invisible que estaba presente en el obvio). Jesús equiparó el conocerlo a Él con el conocer a Dios. Aconsejó: “No podéis conocer a Dios sin conocerme a Mí. Solo hay un Dios; si me conoces a Mí, conoces a ese Dios único. Si no me conoces a Mí, no lo conoces a Él”. La implicación: Dios está investido de forma humana, ¡un hombre perfecto!

Jesús continuó: “Yo me voy, y me buscaréis, pero en vuestro pecado moriréis; a donde yo voy, vosotros no podéis venir” (Juan 8:21). Más tarde, repitió este pensamiento a sus discípulos, pero les informó de la forma en que podían venir a Él. (Véase Juan 14:1-6).

Inmediatamente, los judíos, movidos por su curiosidad, preguntaron: “¿Acaso se matará a sí mismo, que dice: A donde yo voy, ¿vosotros no podéis venir”? Jesús respondió: “Vosotros sois de abajo, yo soy de arriba; vosotros sois de este mundo, yo no soy de este

mundo. Por eso os dije que moriréis en vuestros pecados; porque si no creéis que yo soy, en vuestros pecados moriréis” (Juan 8:22-24).

Jesús siguió respondiendo a la pregunta: “¿Dónde está tu Padre?”. El Padre fue el tema cuando Jesús dijo: “Si no creéis que yo soy, en vuestros pecados moriréis”.

Estas palabras traen a la mente las palabras de Jehová en Isaías 43:10-13: “Vosotros sois mis testigos, dice Jehová, y mi siervo que yo escogí, para que me conozcáis, y creáis, y entendáis que yo mismo soy; antes de mí no fue formado dios, ni lo será después de mí. Yo, yo Jehová, y fuera de mí no hay quien salve. Yo anuncié, y salvé, e hice oír, y no hubo entre vosotros dios ajeno. Vosotros, pues, sois mis testigos, dice Jehová, que yo soy Dios. Aun antes que hubiera día, yo era; y no hay quien de mi mano libre. Lo que hago yo, ¿quién lo estorbará?”

¿Qué está diciendo este hombre? Los fariseos deben haberse preguntado. ¿Está afirmando que es Dios? ¿Está diciendo que debemos creer que Él es el Padre al que preguntamos por Él? ¿Cómo puede ser un hombre y el Padre al mismo tiempo? Finalmente, frustrados, preguntaron: “¿Tú quién eres?”

Jesús respondió: “Lo que desde el principio os he dicho. Muchas cosas tengo que decir y juzgar de vosotros; pero el que me envió es verdadero; y yo, lo que he oído de él, esto hablo al mundo. Pero no entendieron que les hablaba del Padre” (Juan 8:25-27).

Las dos preguntas “¿Dónde está tu Padre?” y “¿Tú quién eres?” Encajan perfectamente en el propósito del Evangelio de Juan, pues las respuestas de Cristo iluminan su verdadera identidad. Consideremos más a fondo estas dos afirmaciones de Jesús: “Si no creéis que yo soy, en vuestros pecados moriréis,” y “Lo que desde el principio os he dicho.”

### **Si no Creéis que Yo Soy (Juan 8:24)**

¿De qué estaba hablando Jesús cuando declaró: “si no creéis que yo soy, en vuestros pecados moriréis”? Hay dos posibles respuestas, pero por extraño que parezca, ambas terminan en la misma conclusión. El pronombre “él” está en cursiva, lo que significa que los traductores lo han puesto. Uno se pregunta por qué los traductores creyeron necesario añadir “él”, pero consideremos que es una adición legítima. Si es así, ¿quién es el antecedente de “él” y cuál es el sujeto?

Jesús respondía a la pregunta: “¿Dónde está tu Padre?”. Su respuesta indica que debemos creer que Él es el Padre encarnado, la manifestación de Dios. I Timoteo 3:16 ilustra esta verdad: “E indiscutiblemente, grande es el misterio de la piedad: Dios fue manifestado en carne, Justificado en el Espíritu, Visto de los ángeles, Predicado a los gentiles, Creído en el mundo, Recibido arriba en gloria”.

Ya les había dicho a estos fariseos, “si a mí me conocieseis, también a mi Padre conoceríais” (Juan 8:19). En otras palabras, “Si me conocéis a Mí, conocéis al Padre. Si no me conocéis a Mí, no podréis conocer al Padre”.

Si se elimina el “él” añadido por los traductores, se llega a la misma conclusión. En este caso, Jesús estaba declarando: “Yo, Jesucristo, el Hijo de Dios, el Mesías de Israel, soy el “YO SOY” que le habló a Moisés cuando le preguntó el nombre de Aquel que le hablaba desde la zarza ardiente en la parte trasera de Horeb”.

En aquella ocasión, Dios se identificó ante Moisés como “Yo soy el Dios de tu padre, Dios de Abraham, Dios de Isaac, y Dios de Jacob” (Éxodo 3:6). Cuando Moisés le preguntó el nombre de Dios, Él respondió, “YO SOY EL QUE SOY; Y dijo: Así dirás a los hijos de Israel: YO SOY me envió a vosotros. . . . Este es mi nombre para siempre; con él se me recordará por todos los siglos” (Éxodo 3:14-15).

En Juan 8, muchos siglos después, Jesús se asoció con el Dios de Moisés en la zarza ardiente, afirmando claramente que Él era YO SOY. ¿Cómo pudo decir eso? Solo como Dios, el YO SOY de Moisés, habitaba en Él. Como hombre, Él era el templo del YO SOY, el Dios de Abraham, Isaac, Jacob y Moisés. Antes del final del capítulo, Jesús dejó clara esta identificación (Juan 8:58).

### **Lo Que Desde el Principio os he Dicho (Juan 8:25)**

Cuando los fariseos le preguntaron a Jesús: “¿Tú quién eres?”. Él respondió: “Lo que desde el principio os he dicho” (Juan 8:25).

¿Qué quería decir? ¿Qué les había dicho a estos judíos en el principio – y a qué principio se refería? ¿Estaba hablando del comienzo de esta conversación, o de algún tiempo y evento anterior?

Al principio de esta conversación, había dicho: “Yo soy la luz del mundo”. Podría haber estado refiriéndose a esta significativa declaración, que se extendía hacia atrás a través de los eones de tiempo antes de la creación del hombre. La luz es una fuerza poderosa y misteriosa. Aunque el hombre la percibe y la ha investigado ampliamente, nadie la ha comprendido aún por completo.

Si Jesús se refiriera a su declaración antes de esta conversación, probablemente tendríamos que volver a Juan 5. Todavía no había declarado públicamente que era el Mesías. Sin embargo, la primera revelación real de su parte fue cuando Jesús dijo, “Mi Padre hasta ahora trabaja, y yo trabajo” (Juan 5:17). Esta fue la primera mención pública de Jesús a su Padre en el Evangelio de Juan. Inmediatamente, suscitó una amarga oposición contra Él porque identificó innegablemente la obra del Padre como la suya, implicando una identidad inseparable e indivisible. Fue en esta ocasión, su segundo viaje a Jerusalén, cuando los judíos

le acusaron de decir que “Dios era su Padre, haciéndose igual a Dios” e iniciaron planes para matarle (Juan 5:18). Además, era una declaración inteligente en la que caracterizaba las obras de su Padre como si fueran también suyas. Los judíos entendieron la implicación, pero no pudieron comprenderla.

En otra ocasión, Jesús dijo: “Yo soy el pan de vida”. Sin embargo, no estaba en Jerusalén, sino en Capernaum, cuando pronunció esto. Según Juan, Jesús solo había estado en Jerusalén dos veces durante su ministerio antes de esta ocasión de la Fiesta de los Tabernáculos. En su primer viaje no hizo ninguna alusión a sí mismo como Hijo de Dios, excepto a Nicodemo. En el segundo viaje, no mencionó nada sobre ser el Hijo hasta después de comentar, “Mi Padre hasta ahora trabaja, y yo trabajo”.

En resumen, la afirmación de Cristo “Lo que desde el principio os he dicho” fue un tanto críptica, excepto para dar a entender la completa unidad de Él mismo y el Padre. Un poco más tarde, hizo explícita esta implicación, diciendo claramente: “Yo y el Padre uno somos” (Juan 10:30).

### **Cuando es Levantado (Juan 8:26-59)**

Jesús continuó su enseñanza en un intento de dar más credibilidad a sus afirmaciones: “Cuando hayáis levantado al Hijo del Hombre, entonces conoceréis que yo soy, y que nada hago por mí mismo, sino que según me enseñó el Padre, así hablo. Porque el que me envió, conmigo está; no me ha dejado solo el Padre, porque yo hago siempre lo que le agrada. Hablando él estas cosas, muchos creyeron en él” (Juan 8:28-30).

Jesús volvió al tema de estar con ellos como una sola persona, pero sin estar solo. Una vez más, sugirió que había una Presencia invisible, que no podían ver, de la que no eran conscientes. Esa Presencia, a la que llamaba el Padre, se complacía en sus actividades, en las cosas que decía y hacía. Una vez más, usó la frase “Yo soy”. “Lo sabréis,” dijo, “¡cuando sea elevado!”

Podemos ilustrar lo que dijo Jesús con una bombilla ordinaria. Mirando una bombilla sin encender, vemos su forma, tamaño, color y el vidrio del que está hecha. Sin embargo, se convierte en un producto nuevo cuando se enciende, aunque sigue teniendo la misma forma, tamaño, color y material. Mientras que antes no tenía vida, era inanimada, inútil e incapaz de hacer nada por sí misma, ahora es capaz de iluminar su área inmediata gracias a la energía que fluye hacia ella y a través de ella. Visto desde la distancia, se convierte en un faro para los que necesitan ayuda por la noche.

Jesús dijo: “No puede el Hijo hacer nada por sí mismo”, “No puedo yo hacer nada por mí mismo”, “que nada hago por mí mismo” (Juan 5:19, 30; 8:28). También reconoció: “El Padre que mora en mí, él hace las obras” (Juan 14:10). Admitió que la fuente de Su poder y autoridad era el Padre, encarnado en Él. El Padre (deidad) y el Hijo (humanidad) estaban

inseparablemente mezclados y fundidos, indisolubles. Como la electricidad de la bombilla es invisible, así es Dios en Cristo. Sin embargo, ambos son muy evidentes por lo que se realiza. La realización demuestra la existencia del realizador. Así como la luz es la evidencia de la energía en la bombilla, la gloria de Dios en el rostro de Jesucristo, junto con las obras que ejecuta, es la evidencia de la plenitud de Dios en Él.

¿Qué había en el levantamiento del Hijo del Hombre, su muerte por crucifixión, que demostrara que Él era el “YO SOY”? En su inminente muerte, la luz del mundo sería temporalmente borrada. Momentáneamente, la gloria de Dios no brillaría en el rostro del Hijo de Dios, el hombre Cristo Jesús. Sería como apagar el interruptor para que no fluyera la energía a través de la bombilla. Cuando la gloria regresara en Su resurrección y glorificación, entonces la gente se daría cuenta de que Él es el gran YO SOY y que no hace nada por sí mismo. Entenderían Su dicho en Juan 2:19, “Destruid este templo, y en tres días lo levantaré”.

Podemos parafrasear el mensaje de Cristo como sigue: “Me veréis colgado en una cruz; veréis mis manos y pies clavados; me veréis bajar la cabeza y exhalar mi último aliento, veréis a un soldado romano clavar su lanza en mi costado; veréis brotar sangre y agua de él. Por estas cosas sabrás que este templo ha sido destruido. Luego veréis cómo lo meten en un sepulcro.

“Pero al tercer día, aunque parezca increíble, volveré a levantar este templo. Sabrás que soy más que un simple hombre o un profeta cuando veas esto. Entonces entenderéis lo que os he dicho—que mi Padre en mí hace las obras. Yo soy lo que veis y observáis, pero lo que no veis es mi Padre, el YO SOY de Moisés, que habita en mí”.

Su enseñanza suscitó una respuesta de fe de muchos de los que le escucharon. Luego, dirigiéndose a estos nuevos creyentes, les dio instrucciones para su futuro: “Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos; y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres” (Juan 8:31-32).

La verdad de la que hablaba era el punto de la discusión anterior, la respuesta a las preguntas “¿Dónde está tu Padre?” y “¿Quién eres tú?”. Dos veces les dijo que Él era el YO SOY, y que o lo creían o morirían en sus pecados, es decir, morirían sin esperanza de perdón o redención.

Los oponentes de Cristo no entendieron su promesa de libertad. Aunque en ese mismo momento estaban bajo la dominación del gobierno romano, no sentían ninguna lealtad hacia él. En cambio, afirmaban, “Linaje de Abraham somos, y jamás hemos sido esclavos de nadie” (Juan 8:33).

Pero Jesús no estaba hablando de estar en esclavitud a un hombre o a hombres. Se refería a algo mucho más vinculante—la esclavitud del pecado. Si no continuaban en Su palabra, entonces el pecado, que los tenía atrapados, finalmente los vencería y destruiría.

Solo Él, el Hijo, Dios investido en la carne, poseía el poder, la autoridad y la capacidad de liberar a una persona del pecado. Esa es la libertad que Él ensalzó. El pecado ha sido el azote de la humanidad desde Adán. Separó a la persona de Dios (Isaías 59:2). Trae la condenación a la humanidad. Por eso Dios vino a la tierra en la persona de Jesucristo. Es la única manera de tratar el pecado. La sangre de los toros y los machos cabríos sacaba adelante los pecados temporalmente durante un año. Los sacrificios en los altares hebreos solo presagiaban la verdadera solución, ¡Dios viniendo en carne! La declaración de Jesús corroboró lo que se había escrito previamente sobre Él; solo Él tenía derecho a decir, “Hijo, tus pecados te son perdonados” o “Tampoco yo te condeno; vete y no peques más.” ¡La expiación es la única solución al problema del pecado, y solo eso, a través de la sangre y el nombre de Jesucristo!

¡Por eso el bautismo en el nombre de Jesucristo es tan potente y necesario! (Véase Hechos 2:38; 22:16.) Cuando una persona penitente hace invocar el nombre de Jesucristo sobre ella en el bautismo en agua, se invoca toda la provisión de perdón y remisión de pecados comprada en el Calvario a través de Su sangre derramada. Hay una correlación directa entre la sangre, el nombre y la remisión de los pecados. “Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos” (Hechos 4:12).

En contraste con los verdaderos discípulos de Jesús, sus oponentes buscaron matarlo porque su palabra no permanecía en ellos. Jesús les dijo, “Sé que sois descendientes de Abraham; pero procuráis matarme, porque mi palabra no haya cabida en vosotros” (Juan 8:37).

Unos versículos más tarde se burlaron de él, “Nosotros no somos nacidos de fornicación; un padre tenemos, que es Dios” (Juan 8:41). Era una reflexión punzante sobre su nacimiento virginal, insinuando su concepción por parte de José o de algún otro hombre antes de que José y María se casaran.

Jesús respondió con una pregunta incisiva: “¿Por qué no entendéis mi lenguaje? Porque no podéis escuchar mi palabra” (Juan 8:43). Jesús preguntó y luego respondió él mismo. Como resultado, fueron cegados a su verdadera identidad porque no quisieron escuchar y prestar atención a su palabra. (Véase Romanos 11:7; II Corintios 3:14-16; 4:4; Juan 12:40.)

En ese momento, Él los acusó de ser del diablo porque estaban haciendo las obras del diablo. Insistió en que el diablo era un mentiroso y el padre de la mentira. Si fueran de Dios, escucharían su palabra.

Ellos respondieron con otra insinuación sobre su nacimiento, acusándolo de ser samaritano (un israelita mestizo, odiado por los judíos) y de tener un demonio.

Jesús reiteró su énfasis en hacer caso a sus palabras, añadiendo una nueva dimensión, “el que guarda mi palabra, nunca verá muerte” (Juan 8:51).

Los judíos replicaron: “Ahora conocemos que tienes demonio. Abraham murió, y los profetas; y tú dices: El que guarda mi palabra, nunca sufrirá muerte. 53 ¿Eres tú acaso mayor que nuestro padre Abraham, el cual murió? ¡Y los profetas murieron! ¿Quién te haces a ti mismo?” (Juan 8:52-53).

Al responder a esta significativa pregunta, “¿Quién te haces a ti mismo?” Jesús reiteró varias declaraciones que ya había hecho y recapituló su posición sobre el Padre. El honor que le correspondía le venía por el Padre, a quien reclamaban como su Dios. Anteriormente, dijo que habrían conocido al Padre si lo hubieran conocido a Él. Pero como no sabían quién era Él, no se dieron cuenta de la Pluma. Luego añadió, “Abraham, vuestro padre, se gozó de que había de ver mi día; y lo vio, y se gozó. 57 Entonces le dijeron los judíos: Aún no tienes cincuenta años, ¿y has visto a Abraham? 58 Jesús les dijo: De cierto, de cierto os digo: Antes que Abraham fuese, Yo Soy” (Juan 8:56-58).

Los judíos finalmente discernieron la implicación. Lo que Jesús había dicho tres veces en este capítulo, lo repitió una vez más, esta vez con una eficacia impresionante. Ahora reconocían claramente lo que estaba diciendo, que al aplicar el YO SOY de Moisés a sí mismo, afirmaba ser el Dios de Abraham, Isaac, Jacob y Moisés.

Conmovidos hasta la médula de sus emociones, por primera vez, sin consultar al Sanedrín ni a ninguna otra autoridad, tomaron medidas para borrar al blasfemo. Comenzaron a recoger piedras para arrojárselas, pero mientras las recogían, Él desapareció. No era su hora.

¡Qué capítulo tan terrible y revelador es este! Es fácil ver por qué Juan incluyó esta señal y estos incidentes en su libro, ya que se esforzó por retratar a Cristo como Señor y Dios a la vez, una mezcla perfecta de humanidad y deidad.

“La pregunta clave es: “¿Dónde está tu Padre? La respuesta: “Aunque no se vea y sea invisible, está en el lugar del Hijo, Jesucristo”. “A saber, que Dios estaba en Cristo” (II Corintios 5:19).

# Capítulo 10

## Ver para Creer

### Preguntas en Juan 9

1. (9:2) Maestro, ¿quién pecó, este hombre o sus padres, para que naciera ciego??
2. (9:8) ¿No es este el que se sentó a pedir limosna?
3. (9:10) ¿Cómo se le abrieron los ojos?
4. (9:12) ¿Dónde está?
5. (9:16) ¿Cómo puede obrar tales milagros un hombre que es pecador?
6. (9:17) ¿Qué dices de él, que te ha abierto los ojos?
7. (9:19) ¿Es este tu hijo, que dices que nació ciego? ¿Cómo es que ahora ve?
8. (9:26) ¿Qué te ha hecho? ¿Cómo te ha abierto los ojos?
9. (9:27) Ya os lo he dicho, y no lo habéis oído: ¿por qué queréis volver a oírlo? ¿Seréis también vosotros sus discípulos?
10. (9:34) Tú naciste totalmente en pecado, ¿y nos enseñas?
11. (9:35) ¿Crees en el Hijo de Dios?
12. (9:36) ¿Quién es, Señor, ¿para que crea en él?
13. (9:40) ¿También nosotros somos ciegos?

### Séptimo Signo La Autoridad de Cristo en el Ámbito de la Iluminación (Juan 9:1-41)

En Juan 8:12 y 9:5, Jesús declaró: “Yo soy la luz del mundo”. Utilizó el “Yo Soy” en ambos versículos para proclamar Su persona. Se refería a Su deidad, al Padre que habitaba en Él. La declaración de Pablo en II Corintios 4:6 ejemplifica esta verdad: “Porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo”.

El propio Pablo había experimentado una excelente iluminación de esta verdad en el camino de Damasco. Se quedó bastante asombrado al darse cuenta de que creer en Jesucristo no era infringir al Dios de sus padres. Por el contrario, vio la gloria de Dios brillando a través del rostro de Jesucristo. Hasta este encuentro en el camino de Damasco, Saulo era un judío que creía, junto con los sumos sacerdotes, los gobernantes y los fariseos, que Dios era uno y que las afirmaciones de Jesucristo infringían esa unidad. En consecuencia, tenía el asesinato en su corazón, con la determinación de borrar el nombre y la influencia de Jesucristo del mapa.

En Juan 9, vemos a Jesús iluminando el mundo de un hombre que nunca había visto la luz del día y que no sabía nada de Jesucristo, la luz del mundo. La iluminación fue doble. Primero, Jesús abrió sus ojos naturales y luego sus ojos espirituales. El hombre que nació ciego vería mucho más que la luz del día. Como a Saulo de Tarso, ¡se le cayeron las escamas de los ojos cuando descubrió quién era Jesús! Todos los hombres, como Saulo, nacieron con escamas en los ojos cuando se trataba de comprender a Dios. Y, como él, todos necesitan que se les

arranquen esas escamas. Pero, desafortunadamente, Satanás ha cegado las mentes de muchos a esta maravillosa verdad (II Corintios 4:4). Habrá un día en que todos serán iluminados.

Las cualidades de la luz natural son positivamente sobresalientes. Está más allá de la comprensión del hombre ordinario. Viaja a una velocidad de 186.000 millas (unos 299.338 km) por segundo y es tan rápida que asombra a nuestra imaginación. Y, sin embargo, está ahí, rodeándonos en cada momento de las horas de luz. Aunque la tierra nos lo oculte durante la noche, sigue estando ahí, proyectando su presencia en todas las direcciones. En el principio, Dios ordenó su existencia.

Tal vez solo una persona nacida ciega podría apreciar realmente la luz natural en toda su extensión. ¡Aquellos a los que les llegó al nacer no la valorarían en la misma escala que este hombre que acababa de experimentar milagrosamente su gloria regia!

Ese es el tono. Pero el matiz es de mucha mayor importancia. Detrás de la luz natural del día estaba la luz más excelente que le llegó en el conocimiento de Jesucristo, primero como sanador. Luego, como el Hijo de Dios, y finalmente, como Dios ante quien se inclinó en adoración reverente. Solo Aquel que era Dios podría haber realizado un milagro tan maravilloso. Mientras el hombre se inclinaba sin vergüenza, su adoración y amor fluyeron sin límites hacia Aquel que estaba ante é.

Y algo que hay que comprender para siempre y con claridad es que Jesús no rechazó ni le reprochó la adoración dirigida a Él mismo. ¿Tenía derecho a aceptar la adoración?

Al reprender a Satanás, Jesús declaró: “Vete, Satanás, porque escrito está: Al Señor tu Dios adorarás, y a él solo servirás” (Mateo 4:10). Cuando Juan intentó adorar a un ángel, este le dijo: “Mira, no lo hagas; porque yo soy consiervo tuyo, de tus hermanos, los profetas, y de los que guardan las palabras de este libro. Adora a Dios” (Apocalipsis 22:9).

Al aceptar Cristo la adoración de este hombre, el matiz de la historia se hace evidente y significativo. Se trata de la tremenda verdad de que Jesucristo era algo más que el Mesías humano. Dios habitaba en Él de forma única, completa y sin limitaciones; por lo tanto, era correcto que aceptara esta adoración. ¡Jesús es Dios encarnado!

Este relato ilustra el desprecio de algunas religiones organizadas por la verdad sobre Jesucristo. Por fuera, parecen estar bien reguladas, operar sin problemas y ser bastante religiosas. Sin embargo, por dentro, a menudo son obstinadas, muy obstinadas, astutas, deshonestas y engañosas en el manejo de la Palabra de Dios. (Véase II Corintios 4:2.)

Los líderes religiosos judíos de la época de Cristo estaban bien organizados. Sin embargo, la mayoría no servía genuinamente a Jehová, sino que se limitaba a seguir un ritual. Cumplían con los procedimientos, pero sin una profunda devoción espiritual. No les molestaba reprender a un hombre al que Jesús acababa de abrirle los ojos milagrosamente. El

milagro había ocurrido en sábado, así que no tenía importancia. Y, además, lo había hecho, según descubrieron, alguien a quien odiaban por lo que consideraban afirmaciones blasfemas de deidad. Intentaron desviar al hombre afirmando que este Jesús era un pecador, pero fue en vano. Se dirigieron a sus padres y descubrieron que el hombre era ciego de nacimiento. Sin embargo, no obtuvieron ninguna cooperación de ellos en cuanto a refutar el método por el que había sido curado. Ellos declararon: “Edad tiene, preguntadle a él”.

Frustrados, volvieron a llamar al hombre y reiteraron la afirmación de que Jesús era un pecador. Su sincero comentario les hizo retroceder: “Si es pecador, no lo sé; una cosa sé, que habiendo yo sido ciego, ahora veo” (Juan 9:25).

Con ese comentario, le pidieron que volviera a contar los detalles de su curación. Él preguntó por qué; ¿querían ser también sus discípulos?

Estaban dispuestos a expulsarle para evitar que la noticia de su curación se extendiera más. Ganando confianza, al ver que estaban confundidos y frustrados, el hombre al que Jesús curó se volvió muy audaz: “Pues esto es lo maravilloso, que vosotros no sepáis de dónde sea, y a mí me abrió los ojos. Y sabemos que Dios no oye a los pecadores; pero si alguno es temeroso de Dios, y hace su voluntad, a ese oye. Desde el principio no se ha oído decir que alguno abriese los ojos a uno que nació ciego. Si este no viniera de Dios, nada podría hacer” (Juan 9:30-33).

¡Qué reprimenda tan mordaz, y cómo les dolió! Como no podían llegar a ninguna parte con él, tomaron un medio muy duro para herirlo, excomulgándolo tanto del Templo como de la sinagoga. Tal vez pensaron que se retractaría al escuchar su veredicto.

Hasta entonces, Jesús había dejado al hombre solo, pero ahora se acercó a él y se reveló como el Hijo de Dios. ¡En ese momento, el hombre se postró ante Jesús y lo adoró!

Jesús demostró su autoridad sobre la ceguera al abrir los ojos del ciego. Demostró Su autoridad para recibir adoración al no reprender al hombre por hacer algo indebido. Jesús demostró Su autoridad y habilidad para iluminar los ojos espirituales de cualquiera que se volviera a Él con todo su corazón. Y aunque el tema del Padre nunca surgió en este capítulo, Él continuó la revelación de Sí mismo que comenzó con Su respuesta a la pregunta de los fariseos, “¿Dónde está tu Padre?”, al aceptar la adoración de este hombre.

Al ver el siguiente capítulo, Su respuesta será continuada en mayor grado y de manera más notable. El hombre nacido ciego y curado por Jesús, excomulgado del Templo y de la sinagoga, se encontraba ahora fuera de todo y sin ningún lugar a donde ir. Podría parecer que hubiera estado mejor ciego. Pero no tenía que preocuparse; ¡Jesús se ocuparía de él!

# Capítulo 11

## Yo y el Padre Uno Somos

### Preguntas en Juan 10

1. (10:20) Demonio tiene, y está fuera de sí; ¿por qué le oís?
2. (10:21) Estas palabras no son de endemoniado. ¿Puede acaso el demonio abrir los ojos de los ciegos?
3. (10:24) ¿Hasta cuándo nos turbarás el alma?
4. (10:32) Muchas buenas obras os he mostrado de mi Padre; ¿por cuál de ellas me apedreáis?
5. (10:34) ¿No está escrito en vuestra ley: Yo dije, dioses sois?
6. (10:36) ¿Al que el Padre santificó y envió al mundo, vosotros decís: Tú blasfemas, porque dije: Hijo de Dios soy?

### La Puerta, el Pastor y el Redil (Juan 10:1-18)

Tal vez en respuesta a la excomunión del ciego que había curado, Jesús relató una parábola, la única que Juan registró. Es probable que el hombre curado estuviera presente en esta enseñanza. Sin duda, los discípulos estaban inmensamente interesados por si en el futuro se enfrentaban a un trato similar al de este hombre. Sin embargo, en este momento, no podían estar seguros de las consecuencias que podría tener su excomunión. Podrían tomarse medidas más extremas contra Cristo, lo que precipitaría las repercusiones contra ellos.

La parábola de Jesús trataba de un redil, una puerta y un buen pastor. En ella, hizo saber tanto a sus discípulos como al ciego de nacimiento que había un lugar en este redil para ellos, aunque fueran expulsados del Templo y de la sinagoga. Para que ninguno quedara desamparado.

Jesús introdujo un nuevo orden. El antiguo estaba desapareciendo. El nuevo presentaba un sorprendente contraste con el antiguo. El nuevo no requería un tabernáculo en el desierto ni un hermoso y espacioso Templo en Jerusalén. No había altar, ni incienso, ni ofrendas de aves o animales, ni ritos cortesanos, ni sacerdotes vestidos de forma regia, al menos no en el orden antiguo. Solo había un simple y sencillo redil, pero un maravilloso pastor y una puerta abierta a un futuro impensable.

Utilizando la fórmula “Yo soy”, que recuerda al capítulo 8, Jesús dijo: “Yo soy la puerta” y “Yo soy el buen pastor” (Juan 10:7, 11). “Todos los que vinieron antes que yo”, dijo, en esencia, “eran ladrones y salteadores. Hicieron falsos reclamos. Os robaron la presencia de Dios. Además, os robaron el Templo. Te robaron el acceso al Dios altísimo. Te echaron, pero no desesperes; hay algo mucho mejor”.

De manera ilustrativa, Jesús presentó a su iglesia. Ni este hombre ni sus discípulos debían preocuparse. Él dio a entender que sería mucho más significativa y excelente (II Corintios 3:8-10); desafiaba la comparación. Tendría una sola puerta y un solo pastor cuya voz podría llamar a las ovejas a este único redil.

El concepto de redil es relativamente sencillo. Es un recinto diseñado para mantener a las ovejas dentro y a los lobos fuera. El redil era una protección para las ovejas que descansaban y estaban contentas, un lugar de seguridad frente a las bestias salvajes.

Más adelante, en este capítulo, el redil se convirtió en la mano del Maestro cuando declaró: “Nadie las arrebatará de mi mano” (Juan 10:28). Con la institución de la iglesia, el cuadro se amplió con el derramamiento del Espíritu Santo, empujando hacia delante y hacia afuera para abarcar tanto al judío como al gentil en un solo redil. (Véase Juan 10:16.)

Esta parábola debería motivar a cada uno de nosotros a una cuidadosa consideración. ¿Dónde está en el mundo de hoy si solo hay un redil, una puerta, una voz y un pastor? Hay tantas denominaciones y voces que anuncian su marca particular de religión, casi todas reclamando la ortodoxia, que pueden dejar a una persona en total confusión. Existe el peligro de que un grupo sea una barrera y un obstáculo para la verdad de Dios, como lo fueron los escribas, fariseos y sacerdotes en los días de Jesús. En lugar de ayudar, obstaculizaron.

Según esta parábola, una persona debe entrar en el verdadero redil a través de la puerta. Jesús dijo que Él era la puerta. Nadie entrará en el redil sin enfrentarse a Él. En última instancia, Él es el único con quien la humanidad debe tratar, no una denominación o una iglesia específica. Solo Él hará que uno entre o se aleje.

¿Cómo, entonces, se entra en Cristo? Romanos 6:3-5 proporciona la respuesta: “¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte? Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva. Porque si fuimos plantados juntamente con él en la semejanza de su muerte, así también lo seremos en la de su resurrección”.

Por la gracia de Dios, Jesús abrió la puerta de la salvación a su iglesia en el día de Pentecostés. Su portavoz, el apóstol Pedro, poseyendo las llaves del reino que le fueron conferidas personalmente por Cristo, dio estas instrucciones a los que recibían la palabra que predicaba: “Arrepentíos y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para la remisión de los pecados, y recibiréis el don del Espíritu Santo. Porque la promesa es para vosotros, y para vuestros hijos, y para todos los que están lejos, para todos los que el Señor nuestro Dios llame” (Hechos 2:38-39).

Encontramos cinco factores en el plan de salvación de Dios, que representan la puerta de entrada al redil: la gracia, la fe, el arrepentimiento, el bautismo en el nombre de Jesucristo y

la recepción del don del Espíritu Santo. La gracia de Dios trajo la salvación al mundo. Dios encarnado en Cristo Jesús es la expresión más completa de esa gracia por la redención que realizó en la cruz cuando derramó su sangre. La respuesta de un individuo a esa gracia es la fe. La fe acepta la gracia de Dios en la encarnación, muerte, sepultura, resurrección y ascensión de Cristo como auténtica y la pone en acción, volviéndose a Él en arrepentimiento y siendo bautizado en su nombre. En respuesta a esta fe en acción, Dios remite los pecados de una persona y le otorga el don del Espíritu Santo. ¡Eso es la salvación!

Una persona entra en el redil pasando por la puerta, Jesucristo. Él es el pastor que busca y llama a las ovejas errantes hacia sí. Él las cuida en el redil y cuando entran y salen. Además, las conduce a pastos verdes y junto a aguas tranquilas. Después de que Cristo, el buen pastor, subiera al cielo. Volvió para pastorear a las ovejas mediante su Espíritu, que derrama en cada creyente como en el día de Pentecostés. Pasar por la puerta del redil es identificarse con Jesucristo en su muerte, sepultura y resurrección.

Jesús mencionó algunas ovejas que aún no eran de este redil y que Él traería a él. Se refirió a los gentiles, a quienes adoptaría en el redil más adelante, como se registra en Hechos 10.

En este discurso, Jesús dio la calificación de un verdadero pastor como aquel que dará su vida por las ovejas. ¡Él se dirigía en esa dirección y, en seis meses, estaría allí!

Tras esta revelación, Jesús reiteró su completa e inseparable unión con el Padre, volviendo al tema de Juan 2:19-21. Reiteró su poder y autoridad para dar su vida y volver a tomarla, enfatizando así de nuevo su omnipotencia. Continuó respondiendo a las preguntas, “¿Quién eres?” y “¿Dónde está tu Padre?”

### **Opiniones Contradictorias (Juan 10:19-21)**

La reacción de los que le oyeron hablar de estas cosas fue variada. Los judíos estaban divididos respecto a Él. Algunos decían, “Demonio tiene, y está fuera de sí; ¿por qué le oís?”. Otros decían: “Estas palabras no son de endemoniado. ¿Puede acaso el demonio abrir los ojos de los ciegos?” (Juan 10:20-21).

Continúa esta división de opiniones siempre y dondequiera que se predique o se ejemplifique a Jesucristo en una persona. Algunos lo tienen en alta estima, mientras que para otros es un candidato a la burla. Algunos lo ven no solo como el Hijo de Dios, sino también como el Dios todopoderoso, encarnado. La curación del ciego demostró que en Él no habitaba un demonio, sino que en Él habita la plenitud de la deidad.

## Si Eres el Cristo (Juan 10:22-38)

Entre los versículos 21 y 22 transcurrió un espacio de dos meses. Desgraciadamente, Juan no indica a dónde fue Jesús ni qué hizo durante este período.

Tras el enfrentamiento con las autoridades por la curación del ciego y su posterior excomunión del Templo y la sinagoga, ahora encontramos a Jesús en la Fiesta de la Dedicación, que tuvo lugar en invierno, entre el 20 y el 28 de diciembre. Los macabeos habían instituido esta fiesta para celebrar la purificación del Templo tras su profanación por Antíoco Epífanes.<sup>1</sup>

Faltaban unos cuatro meses para la semana de su pasión. La presión iba en aumento, y el calor subía poco a poco cuando los fariseos buscaban quién era Él de sus labios. Le preguntaron: “¿Hasta cuándo nos turbarás el alma? Si tú eres el Cristo, dínoslo abiertamente” (Juan 10:24).

Insinuaban que había estado hablando con acertijos, eludiendo la cuestión, evitando una respuesta directa. Tenían razón; Él les estaba haciendo eso mismo deliberadamente. Admitió en privado su condición de Mesías ante la mujer samaritana (Juan 4:25-26). Aunque insinuó su condición de Hijo a menudo, solo se expresó como tal personalmente ante el ciego al que sanó dos meses antes (Juan 9:35-37). Aunque otros lo anunciaron como el Cristo, Él permaneció en silencio, pero no lo negó.

Jesús nunca exclamó: “¡Mira quién soy! Soy el Hijo de Dios. Soy Dios manifestado en la carne”. Sin embargo, dijo lo suficiente, demostró lo suficiente y dio a entender lo suficiente como para que los fariseos llegaran a algunas conclusiones definitivas. Sus suposiciones se fueron acumulando hasta la exasperación.

Tomaron medidas decisivas contra Él al excomulgar al ciego del Templo. Intentaron apresar a Jesús en varias ocasiones, pero no lo consiguieron. Finalmente, en una ocasión, enviaron oficiales para arrestarlo. Sin embargo, regresaron con las manos vacías al verse abrumados por su manera autoritaria de hablar.

Los fariseos estaban furiosos y algo frustrados por su incapacidad de conseguir pruebas fiables para condenarle. Lo tendrían si Él hablara claramente, divulgando su verdadera identidad. Pero ese era el problema. Él parecía experto en evitar el tema, frustrando todos sus intentos de atraparlo.

Querían que dijera sí o no. Pero Él era demasiado sabio para dejarse atrapar por esa treta. Así que, finalmente, dijo, “Os lo he dicho, y no creéis; las obras que yo hago en nombre de mi Padre, ellas dan testimonio de mí; pero vosotros no creéis, porque no sois de mis ovejas, como os he dicho. Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen, y yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano. Mi Padre que me las dio, es

mayor que todos, y nadie las puede arrebatarse de la mano de mi Padre. Yo y el Padre uno somos” (Juan 10:25-30).

La trama se complicó cuando dijo que nadie podía arrebatarse a sus discípulos de su mano, y en el siguiente suspiro añadió que nadie podía arrebatárselos de la mano del Padre. ¿Estaban en las mismas manos, o estas ovejas estaban en dos manos diferentes? ¿Qué estaba sugiriendo? Como si quisiera responder a su pregunta, Jesús pronunció una declaración muy significativa sobre sí mismo: “Yo y el Padre uno somos”.

Los judíos entraron en acción inmediatamente. Habían buscado un anuncio claro, y aquí lo tenían. Obtuvieron más de lo que pedían. Es más, volvieron a sacar las piedras. En su opinión, había blasfemado a su Dios una vez más. Merecía la muerte por lapidación, el método de ejecución más severo que su ley les permitía imponer. Finalmente, después de meses de perseverancia, tuvieron en sus manos las pruebas que, en su opinión, justificaban que procedieran a la lapidación. Tenían tanto las pruebas como varios testigos que las corroboraban.

Cuando Jesús los vio recoger piedras, en lugar de escabullirse de su presencia como antes, les preguntó, “Muchas buenas obras os he mostrado de mi Padre; ¿por cuál de ellas me apedreáis?” (Juan 10:32).

Los judíos respondieron con prontitud, “Por buena obra no te apedreamos, sino por la blasfemia; porque tú, siendo hombre, te haces Dios” (Juan 10:33).

Si su acusación hubiera sido correcta, habría sido una acción justificada. Sin embargo, fue un retroceso, pues en lugar de que un hombre se hiciera a sí mismo Dios, era Dios haciéndose hombre (Juan 1:1, 14). Un hombre que se hace a sí mismo Dios será el papel del anticristo venidero (II Tesalonicenses 2:3-4).

Esta sorprendente afirmación de Cristo, “Yo y el Padre uno somos,” ha sido sometida a un severo escrutinio, y muy pocos están dispuestos a permitir que se mantenga por sus méritos. Casi todas las exposiciones intentan explicar su significado directo. No encaja en la mayoría de los moldes teológicos. Sin embargo, si lo analizamos de forma realista, ¿no es esto lo que Jesús dio a entender en numerosas ocasiones? ¿No fue una declaración explícita de su deidad, una admisión flagrante de una unidad indivisible e inseparable con el Padre? ¿No eran las dos manos una sola mano, siendo la mano de uno la mano del otro? Jesús continuó explicando, “Si no hago las obras de mi Padre, no me creáis. Más si las hago, aunque no me creáis a mí, creed a las obras, para que conozcáis y creáis que el Padre está en mí, y yo en el Padre” (Juan 10:37-38).

Jesús explicó: “Extiendo mi mano para curar a los enfermos, pero mi mano, aunque sea de carne, es la mano del Padre. No estoy solo; mi Padre vive en mí, mora en mí, está instalado en mí, ha fijado su residencia en mí”.

Este incidente expresa el punto central del Evangelio de Juan. Jesús es el Hijo de Dios — el mensaje inconfundible, el tono — pero es mucho más que eso. Cuando le vemos a Él, vemos al Padre — ese es el sobre tono. “Yo y el Padre uno somos”.

Es difícil para la mayoría de los teólogos aceptar esta simple y sencilla afirmación. Por ejemplo, Marcus Dods ofreció esta explicación:

“Podemos ser incapaces de entender en qué sentido hay tres personas en la Divinidad — y podemos estar dispuestos con Calvino a desear que los términos y distinciones teológicas nunca hubieran sido necesarios. Podemos ser incapaces de entender cómo, si Cristo era una Persona completa antes de la encarnación, la humanidad que asumió podía ser también completa y similar a la nuestra. Pero a pesar de tales dificultades, que son el resultado necesario de nuestra incapacidad para comprender la naturaleza divina, nos convencemos, cuando seguimos a Cristo a través de su vida y escuchamos sus afirmaciones, de que hay en Él algo único e inabordable entre los hombres; que mientras es uno de nosotros nos mira también desde fuera, desde arriba. Sentimos que Él es dueño de todo, que nada en la naturaleza o en la vida puede vencerlo; que, aunque habita en el tiempo, también está en la Eternidad, viendo antes y después. Las afirmaciones más sorprendentes que hace parecen de alguna manera justificadas; afirmaciones que en otros labios serían blasfemas se sienten como justas y naturales en los suyos. Se supone de alguna manera, aunque no podamos decir cómo es Dios en Él.”<sup>2</sup>

Dods expresó el tono y el matiz en el Evangelio de Juan, aunque confundió las cosas por su creencia en tres personas y una segunda persona preexistente. Por un lado, Jesús es el Hijo de Dios; por otro, es el Padre encarnado. “¡Yo y el Padre uno somos!”

### **Todo Lo Que Dijo Juan Es Verdad (Juan 10:39-42)**

Una vez más, Jesús se escabulló de las manos de los fariseos y se retiró más allá del Jordán, permaneciendo allí durante algún tiempo. No volvería a Jerusalén hasta la semana de su pasión. Sin embargo, se acercó a Betania en una ocasión.

Dondequiera que fuera, la gente decía de Él, “Todo lo que Juan dijo de este, era verdad” (Juan 10:41). Esta afirmación nos recuerda el papel de Juan el Bautista profetizado en Isaías: presentaría al Dios de Israel. Aquí tenemos una confirmación más de la identidad de Jesucristo.

### **Notas**

<sup>1</sup> Marcus Dods, *The Expositors Bible* (Grand Rapids: Eerdmans Publishing Co., 1947), 187.

<sup>2</sup> *Ibid.*, 190.

## Capítulo 12

### ¡Lázaro, Ven Fuera!

#### Preguntas en Juan 11

1. (11:8) Rabí, ahora procuraban los judíos apedrearte, ¿y otra vez vas allá?
2. (11:9) ¿No tiene el día doce horas?
3. (11:26) Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente. ¿Crees esto?
4. (11:34) ¿Dónde le pusisteis?
5. (11:37) Y algunos de ellos dijeron: ¿No podía este, que abrió los ojos al ciego, haber hecho también que Lázaro no muriera?
6. (11:40) ¿No te he dicho que, si crees, verás la gloria de Dios?
7. (11:47) ¿Qué haremos?
8. (11:56) ¿Qué os parece? ¿No vendrá a la fiesta?

#### Octava Señal de la Autoridad de Cristo en el Reino de la Muerte (Juan 11:1-16)

Este capítulo contiene la última señal que Juan utilizó, la cual es de inmenso significado, formando un rayo de esperanza para cada creyente que ha perdido a un ser querido salvado. La muerte es un enemigo temible, y nadie la recibe con entusiasmo. Pone fin a las aspiraciones de una persona en la tierra y rompe las relaciones humanas. Aunque el futuro se nos desvela parcialmente en la Palabra de Dios, sigue habiendo mucho misterio en torno a la muerte. El miedo a ella perseguía a los discípulos de Jesús. Se presentaba entonces como un abismo infranqueable, un tramo demasiado amplio para ser negociado en nuestras mentes.

María, Marta y Lázaro fueron probablemente los seguidores de Cristo más dedicados que los apóstoles. Sin embargo, Lázaro era especial para Jesús. Cuando le llegó la noticia de la enfermedad de Lázaro, el portador trajo este mensaje especial de sus hermanas: “Señor, he aquí el que amas está enfermo” (Juan 11:3).

Para demostrar su autoridad sobre la muerte, la némesis de la humanidad, Jesús eligió a un hijo que sería un excelente ejemplo para establecer su supremacía sobre ella. El propósito de esta señal se encuentra en las palabras de Jesús a sus discípulos en Juan 11:15: “Y me alegro por vosotros, de no haber estado allí, para que creáis; más vamos a él”.

Dios quiere que todos sean creyentes comprometidos. Por eso, sus apóstoles necesitaban aprender la fe, junto con María y Marta.

Los discípulos habían sido testigos de la demostración de su autoridad en todos los demás ámbitos. Su fe aumentó y se expandió enormemente al experimentar cada uno de ellos. Este último sería el más crucial. Necesitaban una visión clara de su dominio sobre la muerte.

En unas pocas semanas, Él colgaría en una cruz, con su cabeza cargando una cruel corona de espinas. Verían como su cabeza caía y exhalaba su último aliento. Un soldado romano agarraría una brillante lanza y la clavaría en el costado de Jesús, dejando una fea herida abierta. Su sangre brotaría y salpicaría la arena al pie de la cruz. Sería un espectáculo repulsivo y espantoso. Esta espantosa escena haría que muchos se alejaran, llorando mientras ocultaban sus rostros ante ella. La hora más difícil a la que se enfrentarían los discípulos estaba sobre ellos.

Recordar este incidente de Lázaro siendo devuelto a la vida después de haber estado muerto durante cuatro días, sostendría y fortalecería su fe en el momento de mayor necesidad. Sin este incidente, podrían verse tentados a hacer algo insensato, incluso a quitarse la vida, como hizo Judas. Satanás podría tentarlos en un momento doloroso a tomar una acción tan extrema. Otros podrían desaparecer. Necesitaban cada gramo de fuerza, valor y fe que pudieran reunir.

Cuando Jesús finalmente explicó que Lázaro estaba muerto, Tomás rápidamente sugirió que todos fueran a Jerusalén con Jesús, a pesar del peligro que corrían sus vidas. En ese momento, ninguno de los discípulos sabía lo que Jesús iba a hacer. Al no haber experimentado nada de esta dimensión con anterioridad, no podían comprender lo que estaba a punto de suceder.

### **Jesús en Betania (Juan 11:17-43)**

Al llegar a Betania, descubrieron que Lázaro llevaba ya cuatro días en la tumba. Se apresuraron a avisar a las hermanas. Marta salió inmediatamente al encuentro de Jesús, sugiriendo que, si él hubiera estado allí, Lázaro no habría muerto.

Jesús percibió la gran decepción que emanaba de Marta mientras tartamudeaba hacia Él. Ella tenía una gran confianza en Él y estaba segura de que vendría de inmediato al saber que Lázaro estaba enfermo y a punto de morir. Pero ahora era demasiado tarde. Lázaro había muerto. Toda la esperanza se había perdido, e indirectamente ella echó la culpa a los pies de Jesús. Debió de quejarse con profunda angustia del alma: “¿Cómo ha podido defraudarnos así?”

Y, sin embargo, la visión de Él hizo surgir la fe y la esperanza en su corazón al recordar muchos de los maravillosos milagros que Él había realizado. En consecuencia, con un pequeño rayo de esperanza, afirmó, “Más también sé ahora que todo lo que pidas a Dios, Dios te lo dará” (Juan 11:22).

En la conversación que siguió, Jesús le aseguró a Marta que, si creía, vería la gloria de Dios. Con esa seguridad, se apresuró a llamar a su hermana María, quien, cuando llegó, ocupó su lugar habitual, cayendo a sus pies y lamentándose entre lágrimas, “Señor, si hubieses estado aquí, no habría muerto mi hermano” (Juan 11:32).

Al ver a María llorando, Jesús se sintió conmovido por la profundidad del amor que estas dos mujeres poseían por su hermano. También reconoció la fe confiada que tenían en Él. Si hubiera estado allí antes, toda esta escena habría sido diferente.

Gimiendo en espíritu, les dijo: “¿Dónde le pusisteis?”. Con esa petición y su respuesta, observamos uno de los lugares de las Escrituras donde Jesús lloró (Juan 11:34-35).

¿Por qué lloró? ¿Era porque Lázaro estaba muerto? Él sabía que en breve volvería a vivir. ¿Fue por compasión, poniéndose en la condición humana, llorando porque María, Marta y los judíos también lloraban? Puede ser. ¿Cuántas veces los mortales sentimos empatía por los que están junto al féretro de un compañero o de un ser querido, llorando como ellos? Es un esfuerzo por compartir la profunda pérdida del otro, intentando de alguna manera aligerar la carga, pero sintiéndonos incapaces de hacerlo.

Y, sin embargo, al contemplar la escena que tenía ante sí, debió de haber mucho más que provocó las lágrimas. ¿Será que tantos, incluidas las hermanas, pensaban que la vida solo existía en este mundo? Que tenían una fe inadecuada en Él para la vida real, que esta solo presagia. De alguna manera, aún no habían captado su propósito al venir en la carne, para abrir un mundo nuevo a cada creyente. ¿Estaba concediendo el acceso al Santo de los Santos, al corazón mismo de Dios? En esta incredulidad, multitudes perecerían sin ser tocadas por Su sacrificio, que estaba a punto de ser hecho por ellos. ¿Qué una hueste de sus seres creados lo rechazaba, sin querer escuchar sus palabras de vida y luz? Algunas de estas personas se quedaron allí, empatizando con María y Marta. Llorando como lloraban, ¿se presentarían algún día ante Él, sin un Salvador que alegara Su sangre en su favor? ¿Tendría que pronunciar su sentencia como juez en el gran trono blanco y consignarlos al lago de fuego? ¿Era esto solo un dolor preliminar de lo que lo poseería en el Jardín de Getsemaní mientras luchaba con los pecados del mundo? ¿Estaba llegando al punto en que estaba dispuesto a llevarlos al juicio?

Su amor por Él y su confianza en Él eran grandes, pero la incredulidad persistía en sus corazones, y había que disiparla. Lázaro había estado en la tumba durante cuatro días, y el punto de descomposición les parecía una dificultad insuperable. El grito de Marta, “Señor, hiede ya”, señaló la profundidad de su incredulidad.

La incredulidad es un enemigo formidable. Todos los seres humanos tenemos que enfrentarnos a ella. Ninguno está exento de ella. Los argumentos se acumulan cuando vemos lo aparentemente imposible. Debemos adoptar la actitud del hombre que declaró, “Creo; ayuda mi incredulidad” (Marcos 9:24).

A Marta le costaba comprender que Jesús iba a hacer algo con su hermano de inmediato. En cierto modo, Jesús reprendió a Marta por su aparente incredulidad: “¿No te he dicho que si crees, verás la gloria de Dios?” (Juan 11:40). La piedra fue removida, ilustrando que en cualquier milagro, la acción de parte del creyente es esencial. Varias personas se esforzaron por mover la gigantesca roca para proteger la tumba. Asimismo, en el primer

milagro, los portadores de las vasijas de agua tuvieron que llenarlas de agua antes de que Jesús obrara el milagro. Y el hombre de la piscina de Bethesda tuvo que levantarse y recoger su colchoneta.

Entonces Jesús oró, no por necesidad, sino solo por los que estaban a su lado; se dirigió al Padre, agradeciéndole que siempre le escuchara. Jesús tenía la autoridad y el poder, pues el Padre residía en Él, pero pronunció estas palabras para inspirar la fe en los espectadores. Luego, majestuosamente, habló en voz alta: “¡Lázaro, ven fuera!” (Juan 11:43).

### **Lázaro se Levanta (Juan 11:44-57)**

Lázaro apareció, luchando por caminar, con las ropas de la tumba envueltas fuertemente alrededor de él. Entonces Jesús ordenó: “Desatadle, y dejadle ir” (Juan 11:44).

Cuando muchos de los que se agolpaban alrededor vieron este milagro, creyeron—entre ellos, los discípulos. Ahora creían que los muertos podían resucitar y que Jesús tenía poder sobre ese temido monstruo de la muerte. Así que tuvo que ser tranquilizador para ellos, y para los nuevos creyentes allí reunidos.

Sin embargo, no todos estaban dispuestos a creer. Judas estaba allí, pero aparentemente no le afectó. Tomás también estaba allí, pero le costaría creer unos días después, cuando Jesús salió de la tumba.

Este es probablemente el más convincente de las ocho señales del Evangelio de Juan. Fue un clavo en un lugar seguro, diseñado para fijar la fe en los corazones de los discípulos de que Jesús poseía todos los atributos de la deidad. Aunque no lo entendieron del todo, ganaron terreno en su comprensión de Cristo. Fue como dijo Isaías: “Porque mandamiento tras mandamiento, mandato sobre mandato, renglón tras renglón, línea sobre línea, un poquito allí, otro poquito allá” (Isaías 28:10). Aquí también encontramos el tono y el sobre tono. La resurrección de Lázaro es el tono. El poder divino y la autoridad de Jesús sobre la propia muerte—no solo para Lázaro, sino también para él mismo y para toda la humanidad—es el sobre tono.

Como de costumbre, inmediatamente, los fariseos se reunieron para ver qué podían hacer antes de que este Hombre tuviera a todo Israel con Él. “Así que, desde aquel día acordaron matarle” (Juan 11:53).

# Capítulo 13

## La Transición

### Preguntas en Juan 12

1. (12:5) ¿Por qué no fue este perfume vendido por trescientos denarios, y dado a los pobres?
2. (12:19) Ya veis que no conseguís nada. Mirad, el mundo se va tras él.
3. (12:27) Ahora está turbada mi alma; ¿y qué diré?
4. (12:34) Nosotros hemos oído de la ley, que el Cristo permanece para siempre. ¿Cómo, pues, dices tú que es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado?
5. (12:38) Señor, ¿quién ha creído a nuestro anuncio? ¿Y a quién se ha revelado el brazo del Señor?

Este capítulo cierra la manifestación pública de Cristo, en la que se mezcló, enseñó y obró milagros entre el pueblo. Es una transición entre esta fase de Su ministerio y los cinco capítulos siguientes, en los que se abrió en privado de forma completa, exhaustiva y sin reservas a Sus apóstoles en un esfuerzo por hablarles claramente del Padre (Juan 16:25).

El capítulo 12 contiene siete incidentes significativos.

### María Unge a Jesús (Juan 12:1-8)

Después de la resurrección de Lázaro, Jesús y sus discípulos se retiraron a un pueblo en una zona desértica y permanecieron allí hasta seis días antes de la fiesta de la Pascua, regresando a Betania y entrando en la casa de María, Marta y Lázaro para cenar.

Después de la cena, María buscó su lugar habitual a los pies de Jesús. Esta vez, sin embargo, en lugar de limitarse a sentarse y escuchar, tomó una libra de unguento de nardo y ungió los pies de Jesús, limpiándolos cuidadosa y tiernamente con sus largos cabellos. Fue un acto de amorosa devoción, inspirado sin duda por el agradecimiento por la resurrección de su hermano. Mientras Judas observaba, vio señales de dinero. Cuando olió el aroma, supo que tenía que ser caro. ¿Por qué iba a gastar en él un perfume tan caro? Pensó. Ese dinero debería estar en mi bolsa. “¿Por qué no fue este perfume vendido por trescientos denarios, y dado a los pobres?”, preguntó con sarcasmo (Juan 12:5).

“Déjala,” respondió Jesús. “Para el día de mi sepultura ha guardado esto” (Juan 12:7).

El acto de María fue un acto de profunda y sentida devoción y adoración, que pertenecen exclusivamente a Dios, y lo prodigó libremente a Jesús. Él aceptó su adoración y alabanza espontáneas sin un murmullo de protesta. ¡Esto habría sido una blasfemia si Él fuera solo un hombre y no Dios!

### Los Creyentes a Causa de Lázaro (Juan 12:9-11)

La noticia de la resurrección de Lázaro se extendió por todo el campo, atrayendo una amplia atención. Lázaro era conocido y respetado. Muchos sabían que había muerto. Si ahora estaba vivo, deseaban verlo con sus propios ojos. Por eso, cuando se enteraron de que Jesús iba a llegar a Betania, les sirvió de excusa para ir allí y ver a Lázaro.

Al ver a Lázaro vivo y sano, creyeron. Debió de ser un número importante, porque cuando los jefes de los sacerdotes se enteraron, decidieron que no solo había que matar a Jesús, sino también a Lázaro.

A medida que ocurría cada señal e incidente, se demostraba a sus discípulos y a las multitudes la verdad de que Jesucristo era más que un hombre. Oyeron el tono y también captaron fragmentos del matiz. Pero, por lo que dijo e hizo, ¡mostró atributos que pertenecen exclusivamente a Dios!

### **Entrada Triunfal en Jerusalén (Juan 12:12-19)**

A continuación, Juan utilizó la entrada triunfal de Cristo en Jerusalén para revelar tanto el tono como el sobre tono de su escrito. Se trataba de un acontecimiento excepcional que Zacarías 9:9 había profetizado: “Alégrate mucho, hija de Sion; da voces de júbilo, hija de Jerusalén; he aquí tu rey vendrá a ti, justo y salvador, humilde, y cabalgando sobre un asno, sobre un pollino hijo de asna”.

Jesús se dirigía a la fiesta de la Pascua. Cuando la gente se enteró de que Jesús venía, esparcieron ramas de palma a lo largo del camino. Gritaban: “¡Hosanna!: ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor, el Rey de Israel!” (Juan 12:13). Estas palabras son una adaptación del Salmo 118:26, y ese pasaje continúa afirmando que Dios es el SEÑOR (Jehová). ¡Este incidente muestra que Aquel que vino en el nombre del Señor es el Dios de Israel!

Los discípulos de Cristo pasaron por alto este punto, pero después de que Él fue resucitado y glorificado, volvieron a calificar este incidente como necesario para revelar quién es Jesús. (Véase Juan 12:16.)

“Pero los fariseos dijeron entre sí: Ya veis que no conseguís nada. Mirad, el mundo se va tras él.” (Juan 12:19). Estaban casi dispuestos a reconocer su incapacidad para hacer algo con Jesús. Todos sus intentos se habían frustrado. No podían detenerlo. Irónicamente, todos, incluidos sus discípulos, le abandonarían y le dejarían sufrir solo en la cruz en pocos días.

### **Los griegos y Jesús (Juan 12:20-36)**

Algunos griegos de Jerusalén expresaron un gran deseo de ver a Jesús durante estos acontecimientos. Tal vez fueran judíos helenistas, es decir—judíos nacidos y criados en tierras de habla griega que habían adoptado muchos aspectos de la cultura griega. O podrían haber

sido prosélitos judíos (conversos). O, como dijo Adam Clarke, quizás eran gentiles que habían oído hablar de Él desde que estaban en Jerusalén.<sup>1</sup>

Sea cual sea su origen, estos griegos querían verle. Como Felipe tenía un nombre griego, se acercaron a él, probablemente pensando que simpatizaría mejor con su misión. Felipe y Andrés lo hablaron y decidieron llamar la atención de Jesús sobre el asunto.

“Jesús les respondió diciendo: Ha llegado la hora para que el Hijo del Hombre sea glorificado” (Juan 12:23). Aquí, Jesús introdujo un acontecimiento de la mayor importancia: la glorificación. La palabra indica una transformación, un cambio completo. Como anticipo de su glorificación final, Jesús se transfiguró en una montaña a la vista de Pedro, Santiago y Juan (Lucas 9:28-36). Su aspecto se transformó, su rostro brilló de gloria y su manto era blanco y reluciente. Sufrió una metamorfosis temporal, revelando cómo sería después de su resurrección y ascensión al cielo.

Jesús explicó entonces lo que tenía que ocurrir antes de que se produjera su glorificación: “De cierto, de cierto os digo, que, si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto” (Juan 12:24). Jesús subrayó la necesidad de la muerte de la semilla. Solo en la muerte podría cumplir su verdadero propósito en la vida. En esta ilustración, Jesús expuso su muerte venidera y su necesidad. Sería el peldaño hacia la glorificación. Un poco más tarde, en la agonía de su alma, clamó: “¿Padre, sálvame de esta hora? Más para esto he llegado a esta hora” (Juan 12:27).

Cuando el trigo es trillado, puede servir para uno de dos propósitos. (1) Puede ser molido en harina y utilizado para sostener y mantener la vida en la tierra. Sin embargo, en ese momento deja de existir. (2) Puede tener un mayor valor al ser usado como semilla, creciendo, multiplicándose una y otra vez, llegando a ser tan grande que, en lugar de proporcionar solo un suministro parcial de la comida de una persona, pronto puede alimentar a una nación.

Cuando la semilla se siembra en la tierra, muere. Pero en el corazón de la semilla hay un embrión, vivo y capaz de brotar en una nueva planta.

De un grano pueden brotar entre diez y cien tallos. Cada uno de estos tallos pronto formará una cabeza, en la que se desarrolla un nuevo grano. Cada espiga puede producir desde diez hasta cincuenta granos de trigo. Lo que comenzó como una sola semilla puede llegar a producir hasta cinco mil granos en una sola temporada.

Jesús explicó que, si intentamos salvar nuestra vida, es decir, almacenar el grano y guardarlo para nosotros, lo perderemos. No se reproducirá. Sin embargo, plantado en la tierra, seguirá y seguirá. Nos sugirió que siguiéramos Su ejemplo.

Después de esta exposición, Jesús comenzó a escudriñar su propio corazón. Oró: “¿Padre, sálvame de esta hora?”, luego reconoció su misión mayor y gritó: “Más para esto he

llegado a esta hora. Padre, glorifica tu nombre. Entonces vino una voz del cielo: “Lo he glorificado, y lo glorificaré otra vez” (Juan 12:27-28). Los que estaban a su alrededor oyeron un ruido. Algunos pensaron que era un trueno, mientras que otros especularon que un ángel le hablaba.

Jesús mencionó entonces el medio de su muerte: “Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos, atraeré a mí mismo. Y decía esto dando a entender de qué muerte iba a morir” (Juan 12:32-33).

Sus palabras “, a todos, atraeré a mí mismo” revelaron que los griegos estarían entre los atraídos a la salvación. Aunque anteriormente había señalado a la samaritana que “la salvación viene de los judíos” (Juan 4:22), ahora amplió su alcance incluyendo a los gentiles.

Inmediatamente después de que Jesús anunciara los medios de su inminente muerte, los que le escuchaban preguntaron: “Nosotros hemos oído de la ley, que el Cristo permanece para siempre. ¿Cómo, pues, dices tú que es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado? ¿Quién es este Hijo del Hombre?” (Juan 12:34). Esta pregunta resuena en todo el libro de Juan. El libro no da una respuesta sencilla, pero la pregunta es su tema central. Signo tras signo e incidente tras incidente se centran en esta cuestión. El Evangelio de Juan lo presenta como el Hijo de Dios, el Mesías, y más que eso. Es el Padre en el Hijo, el Padre que vive, trabaja, ¡habla y realiza en Él!

En su respuesta, Jesús enfatizó que la luz todavía estaba con ellos, y que necesitaban caminar en ella, porque la oscuridad estaba llegando, y la gente se perdía en la oscuridad. Con estas palabras, se alejó y se escondió. Solo una vez más se mostraría Jesús abiertamente a la gente, en su juicio y crucifixión, y entonces se acabaría. Si la gente no entendía quién era para entonces, era demasiado tarde. No se mostraría más que a sus discípulos.

### **Los Creyentes Ciegos (Juan 12:37-41)**

En este punto, Juan reflexionó sobre los que se negaban a caminar en la luz, como sugería Jesús. Vieron los milagros, le oyeron declarar su autoridad en asuntos espirituales y observaron su carácter, pero no creyeron. Juan explicó su incapacidad para creer refiriéndose a Isaías 53:1; 6:9-10; 29:10. Dios les envió la ceguera porque sus corazones no estaban abiertos a Su obra en Cristo entre ellos. Israel permanecerá, así como nación hasta un tiempo futuro de revelación y restauración (Romanos 11:25-26). Mientras tanto, los judíos individuales, como Saulo de Tarso, pueden acudir a Jesucristo con fe. Un día, lo que le sucedió a él le sucederá a la nación. Entonces, como vio Saulo, verán y sabrán que Jesucristo es su único Dios. ¡Lo abrazarán igualmente como Mesías y Dios!

Juan explicó por qué utilizó este incidente: “Isaías dijo esto cuando vio su gloria, y habló acerca de él” (Juan 12:41). ¿Cuándo vio Isaías su gloria? Isaías 6:1 declara: “En el año que

murió el rey Uzías vi yo al Señor sentado sobre un trono alto y sublime, y sus faldas llenaban el templo”. Isaías vio la gloria de Jehová, y Juan aplicó esta gloria a Jesucristo.

### **Creyentes Temerosos (Juan 12:42-43)**

Muchos líderes religiosos se convirtieron en creyentes secretos en el Señor Jesús. No podían comprender los hechos: las curaciones, la multiplicación de los panes y los peces que proporcionaban alimento a una multitud de personas, su autoridad sobre los elementos de la naturaleza y su manera de hablar, los convencieron de que era el Mesías, el que estaban buscando. Pero muchos de sus asociados no lo creyeron. Esto les hizo ser inquietos y cautelosos. Sabían lo que le ocurrió al ciego después de ser curado. Su excomunión de las sinagogas y del Templo les infundió un temor angustioso. Al mezclarse con los gobernantes incrédulos como lo hicieron, se dieron cuenta de que confesar a Cristo no solo les costaría sus puestos, sino que, sin duda, serían excomulgados.

En resumen, “amaban más la gloria de los hombres que la gloria de Dios” (Juan 12:43). Su orgullo por su posición de gobernantes y de la sociedad interrumpió su fe, negándola.

Este incidente explica por qué muchos que creían que Jesús era el Mesías se negaban a reconocerlo abiertamente. El miedo, entonces como ahora, les impedía dejar de lado sus creencias tradicionales y abrazar el camino, ¡la verdad y la vida de Dios en Cristo!

### **Jesús se Retira de la Vista del Público (Juan 12:44-50)**

El contexto no indica a quién se dirigió Jesús en este incidente. Sin duda, sus discípulos estaban al alcance del oído, probablemente gobernantes, fariseos y gente común. Puesto que habló de la “luz en el mundo”, tal vez estas palabras continuaron su enseñanza en Juan 12:30-36. Fueron parte de su última aparición pública antes de su arresto.

Aquí Jesús reiteró lo que había dicho en ocasiones anteriores. Sin embargo, la mayoría estaba demasiado embotada para comprender su significado. Incluso sus discípulos, a los que iba dirigida la mayor parte de su enseñanza, no comprendieron del todo sus observaciones. Suele ser difícil cambiar los conceptos de un individuo.

“Jesús clamó y dijo: El que cree en mí, no cree en mí, sino en el que me envió; y el que me ve, ve al que me envió” (Juan 12:44-45). Cuando cree en Jesús, el verdadero creyente cree en Aquel que lo envió. ¡Cuando una persona ve a Jesús, ve a Aquel que lo envió!

En otras palabras, Aquel que la gente podía ver, el Hijo de Dios, era mucho más que lo que estaban viendo. Dentro de Él estaba Aquel que no podían ver. El que lo envió vivía, hablaba, trabajaba y caminaba en él. Aunque no veían al Padre, lo estaban viendo, pues en todo momento estaba allí, siempre en el hombre Cristo Jesús.

Esto lo había dicho precisamente Jesús cuando los fariseos lo interrogaron en Juan 8:19, preguntando: “¿Dónde está tu Padre?”. Había dicho que Su testigo no estaba solo. Él era un testigo, y Su Padre también era un testigo. Pero ellos no vieron a otro testigo. No había ninguna otra persona alrededor. Por más que buscaron, no apareció nadie. Entonces, Jesús explicó: “Ni a mí me conocéis, ni a mi Padre; si a mí me conocieseis, también a mi Padre conoceríais”.

¿Quién envió a Jesús? El Padre. (Véase Juan 5:37-38; 6:44; 8:16, 18; 12:49; I Juan 4:14.) Esta declaración es confusa si intentamos separar al Padre del Hijo. El Hijo no es otra persona en la Divinidad como muchos enseñan y predicán hoy, sino que la Divinidad (Deidad) está en Él. “Porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad, 10 y vosotros estáis completos en él, que es la cabeza de todo principado y potestad” (Colosenses 2:9-10). ¡El que lo envió habita en Él!

Jesús continuó explicando su venida como una luz en el mundo, diciendo que cualquiera que crea en Él no caminará en la oscuridad. Habló de las tinieblas espirituales. Creer en Él hace que esas tinieblas huyan. En esencia, dijo: “¡Si no me conocéis, no conocéis a Dios!”. El antiguo pacto estaba llegando a su fin, y el culto del Templo pronto quedaría obsoleto con su sistema de sacrificios. Un nuevo día estaba amaneciendo, y Él era su luz.

Jesús destacó entonces la importancia de la palabra que pronunciaba. Él no juzgaría a la gente mientras estuviera en la tierra, pero su Palabra sí lo haría. Su Palabra juzgará a los incrédulos en el último día.

Cuando Jesús habló, no fue simplemente una expresión humana. En la era de la iglesia, Dios tiene un solo portavoz autorizado: Su Hijo (Hebreos 1:1-12). Él habla por sí mismo a través de su templo, la carne, el Hijo. Como dice el prólogo de Juan, Dios siempre ha existido. Sin embargo, en un momento determinado, se hizo carne. Se trasladó, vivió, amó, trabajó y habló en y a través de ese recipiente hecho y demostró todos los atributos de Dios en forma humana. Lo invisible de Dios se hizo visible en el Señor Jesucristo. Él era el Verbo, el medio de Dios para expresarse, hecho carne. Todo el espectro de la enseñanza de Jesús mientras estuvo en la tierra es la Palabra de Dios hablada a través de Él.

Jesús entonces volvió a lo que enfatizó al principio de este discurso: “Porque yo no he hablado por mi propia cuenta; el Padre que me envió, él me dio mandamiento de lo que he de decir, y de lo que he de hablar” (Juan 12:49). Cerró su ministerio público recordando a sus oyentes que las palabras que salían de su boca eran las palabras del Padre, que habitaba en él y que utilizaba la voz de Cristo para decir las palabras que cumplían su voluntad.

## Note

<sup>1</sup>Adam Clarke, *Clarke's Commentary* (New York: Abingdon-Cokesbury Press) 5:608.

# *Segunda Parte*

## *Revelación Privada*

### Capítulo 14

#### Comunicación Íntima

#### Preguntas en Juan 13

1. (13:6) Pedro le dijo: Señor, ¿tú me lavas los pies?
2. (13:12) ¿Sabéis lo que os he hecho?
3. (13:25) Señor, ¿quién es?
4. (13:36) Señor, ¿a dónde vas?
5. (13:37) Señor, ¿por qué no te puedo seguir ahora?
6. (13:38) ¿Tu vida pondrás por mí?

Ahora entramos en el tiempo y en el lugar de la vida de Cristo para reflexionar, observar, recoger información y atesorar la gracia de Dios, apreciando su presencia en la revelación. Es el sitio donde se quitan los zapatos. Es tierra sagrada. Aquí se pisa un suelo santificado por la deidad. ¡El YO SOY EL QUE YO SOY está aquí!

Una revelación de gran magnitud espera al corazón hambriento que se toma el tiempo de esperar y maravillarse aquí. Jesús reveló su identidad plena y completa a los doce apóstoles de forma personal. (Véase Lucas 22:14.)

Los capítulos 13-17 describen un acontecimiento continuo. En Juan 13, Jesús estaba fuera de la vista del público, en una habitación preparada para su cena. Podía conversar íntimamente con ellos sin interrupción. En Juan 15, comenzó a caminar hacia el Huerto de Getsemaní.

En estos capítulos, Juan cumplió su propósito, describiendo la plenitud de la deidad en la humanidad, el Padre en el Hijo, culminando en la declaración final: “¡Señor mío, y Dios mío!” (Juan 20:28). Después de tres años y medio, los apóstoles comprendieron por fin su verdadera identidad. Estos capítulos presentan una explicación detallada de Juan 1:14, 18: “Y el Verbo [Dios] fue hecho carne, y habitó entre nosotros... lleno de gracia y de verdad. . . . El unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer”.

#### Lavado de Pies (Juan 13:1-17)

Jesús se reunió con sus discípulos en “un gran aposento alto amueblado y preparado”, una “cámara de invitados” (Marcos 14:15; Lucas 22:11). Jesús pasó este tiempo antes de su

crucifixión en íntima comunicación con ellos. Algunas de las palabras más críticas que jamás pronunció fueron expresadas durante este tiempo iluminador y memorable.

Nadie, incluidos sus apóstoles, comprendió plenamente quién era Jesús hasta después de su resurrección. La Encarnación y la Expiación eran un misterio para ellos. (Véase Juan 12:16.)

Juan 13:3 aclara que Jesús conocía su identidad y su propósito: “Sabendo Jesús que el Padre le había dado todas las cosas en las manos, y que había salido de Dios, y a Dios iba”. Jesús entendía perfectamente quién era, de dónde venía, cómo había llegado hasta aquí, qué había venido a hacer, por qué había venido a hacerlo, y cuándo encajarían estas cosas en la obra redentora de Dios (muerte, sepultura, resurrección y ascensión al cielo), y cómo transferiría su autoridad a las manos de sus discípulos elegidos.

Sabía que todos los atributos de Dios estaban infundidos en Él mismo, el hombre perfecto, el mediador, de modo que el Padre estaba en el Hijo y el Hijo en el Padre, una sola entidad, ¡Dios absoluto! Era omnisciente (conocía todas las cosas) y omnipotente (tenía todas las cosas bajo su poder y autoridad).

Sin embargo, algunas cosas todavía no estaban claras para los apóstoles. Él exploró estas áreas en un esfuerzo por ayudarles a entender, sabiendo que todavía se necesitaría la Resurrección para que comprendieran Su plenitud completamente. Sin embargo, ¡un nuevo día estaba amaneciendo! Al reunir a sus discípulos en un lugar privado y tranquilo, lejos de las multitudes, los preparó a ellos y a sí mismo para la próxima revelación de su identidad. Le habían seguido sin reservas, aunque su conocimiento de Él era incompleto.

En la Última Cena, los apóstoles comenzaron a discutir sobre quién de ellos era el más grande (Lucas 22:24). Jesús explicó que el que quisiera ser grande en el reino de Dios debía ser el servidor de todos (Lucas 22:26). Como no había siervos para realizar la tarea servil de lavar los pies, demostró el significado de la condición de siervo tomando una palangana con agua, ciñéndose una toalla y lavándoles los pies.

Al acercarse a Pedro, encontró una resistencia inesperada. De ninguna manera Pedro permitiría que Jesús le lavara los pies. Inmediatamente, cambió de opinión cuando escuchó que rechazar a Jesús le dejaba fuera. Su naturaleza impetuosa le hizo pasar al lado contrario, y pidió que le lavaran toda la cabeza, las manos y los pies.

Los apóstoles aprendieron que el siervo no es más grande que su señor; ni el enviado es más grande que el que lo envió. Fue una oportuna Lección de humildad que les serviría para sus futuras comunicaciones con Dios y con la gente.

### **Profecía de la Traición (Juan 13:18-30)**

Una de las primeras cosas que hizo Jesús después del lavatorio de pies fue permitir que Judas se fuera. Judas tenía que irse, ya que los que caminaban por ese terreno estaban en tierra sagrada y en una atmósfera sagrada. Judas no reunía las condiciones para ello. Su corazón malvado y lleno de Satanás no podía tener cabida. Jesús quería que se fuera solo, pues nadie sería obligado a creer o seguir a Cristo en contra de su voluntad. Debe ser su propia elección.

En gran agonía y con el espíritu profundamente turbado, Jesús dijo a sus discípulos que uno de ellos lo traicionaría. Entonces se identificó como “Yo soy” (Juan 13:19).

Al igual que en Juan 8, la palabra “él” está en cursiva, lo que significa que los traductores la han proporcionado. Si retenemos la palabra, nos recuerda las declaraciones de Jehová en Isaías: “Yo soy. . . . Yo soy Dios” (Isaías 43:10-12).

Si eliminamos “él”, tenemos el “YO SOY” de Éxodo 3:14. Los judíos interpretaron correctamente el uso que hizo Jesús de esta frase en Juan 8:58 como una afirmación de que Él era el Señor Dios del Antiguo Testamento.

Los discípulos se preguntaban quién de aquel grupo tan unido traicionaría a su Maestro. Jesús dio una señal, pero solo Judas se dio cuenta de todo el significado de sus comentarios sobre la traición. Judas se marchó en ese momento, quizá incómodo por la culpa o deseando poner en práctica su plan rápidamente.

### **Judas se va y llega la Gloria (Juan 13:31-33)**

Después de que Judas se marchó, Jesús emprendió el camino que había estado esperando implementar. ¡Era su momento! La gloria de Dios estaba a punto de manifestarse, y cuando lo hiciera, ¡resplandecería de Él! Anunció: “Ahora es glorificado el Hijo del Hombre, y Dios es glorificado en él. Si Dios es glorificado en él, Dios también le glorificará en sí mismo, y en seguida le glorificará” (Juan 13:31-32).

Esta afirmación muestra el papel tanto de la carne como del Espíritu en la persona de Cristo. El “Hijo del hombre” se refiere a su tabernáculo de carne. Ese tabernáculo estaría envuelto en la gloria shekinah, que Dios mostró a Israel en la nube que los acompañaba, y también sobre el Tabernáculo en el desierto. (Véase Éxodo 16:10; 40:34-35.) Dios también manifestó su gloria visiblemente en la dedicación del Templo. (Véase I Reyes 8:10-11).

El tabernáculo de carne sería envuelto en la nube de gloria, y Dios sería glorificado en ese tabernáculo. El Hijo, Dios, manifestado en la carne, estaría rodeado de la gloria divina (el tono). En el Hijo, Dios mismo sería glorificado (el tono). ¡No hay distinción entre la carne y el Espíritu!; por eso, cuando vemos a uno, ¡vemos al otro!

En el versículo 32, Jesús se entrelazó con Dios más íntimamente, declarando: “Si Dios es glorificado en él...”. “Él” se refiere al Hijo. Dios sería glorificado en su Hijo. Vemos que Jesús es tanto Espíritu (Padre) como carne (Hijo).

La siguiente parte de este versículo dice: “Dios también lo glorificará en sí mismo, y en seguida le glorificará”. La gloria del Hijo es la gloria del Padre.

Después de esta declaración, Jesús dijo a Sus discípulos lo que había dicho antes a los judíos: “A donde yo voy, vosotros no podéis ir” (Juan 8:22; 13:33).

### **Un Nuevo Mandamiento (Juan 13:34-35)**

Jesús añadió una dimensión horizontal al compromiso de sus discípulos con Dios. Sabían que le debían amor y devoción al Señor en sentido vertical, pero ahora les ordenó que se amaran unos a otros. “Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros” (Juan 13:34-35).

Jesús no se refería a un mero afecto hacia los demás, sino a un amor del mismo nivel y dimensión que su amor por ellos. En griego, el término para amor aquí es amor *agape*, un amor que se extiende más allá de la capacidad humana de amar, que da más allá de la capacidad humana de dar, que se sacrifica más allá de la capacidad humana de sacrificarse, un amor que se extiende más allá de cualquier expectativa de retorno.

De lo que hablaba Jesús es de una dimensión del amor desconocida para la humanidad. El amor es “derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo” (Romanos 5:5).

### **Pedro se Jacta de su Determinación (Juan 13:36-38)**

Pedro estaba reflexionando sobre la declaración de Jesús antes de su nuevo mandamiento cuando preguntó: “Señor, ¿a dónde vas? Jesús le respondió: A donde yo voy, no me puedes seguir ahora; más me seguirás después. Le dijo Pedro: Señor, ¿por qué no te puedo seguir ahora? Mi vida pondré por ti. Jesús le respondió: ¿Tu vida pondrás por mí? De cierto, de cierto te digo: No cantará el gallo, sin que me hayas negado tres veces”.

Era necesario para Pedro, y esencial para cada uno de nosotros hoy, comprender la fragilidad de la naturaleza humana. Podemos presumir de nuestro amor, devoción, fe y compromiso con Dios, pero el resultado suele ser el fracaso humano. Pedro necesitaba sentir esta dimensión de la pérdida, ya que hizo aflorar en él un elemento de insuficiencia humana que conduce al auténtico arrepentimiento. Más tarde, después de negar a Jesús tres veces y oír el canto del gallo, reconoció que Jesús sabía más de él que él mismo.

Fue otra demostración de Cristo de su omnisciencia. Humilló y abatió a Pedro, pero también le dio la verdadera e ilimitada expresión de la misericordia de Dios por una persona perdida. En este punto, Pedro, habiendo obtenido una visión de su corazón, fue capaz de ganar fuerza para seguir adelante y cumplir con su ministerio como el portavoz de la banda apostólica. Este hombre tenía las llaves del reino.

El canto del gallo en cada una de nuestras vidas es una expresión del amor y la misericordia de Dios hacia nosotros que nos lleva a la vida eterna. Si de este momento surge el verdadero arrepentimiento, ¡estamos bien encaminados hacia Él! Este incidente en la vida de Pedro nos lleva al latido de Dios en Cristo, a la esencia de su naturaleza y su ser, que Él expuso a sus discípulos en el siguiente capítulo.

# Capítulo 15

## La Identidad de Jesucristo

### Preguntas en Juan 14

1. (14:5) Señor, no sabemos a dónde vas; ¿cómo, pues, podemos saber el camino?
2. (14:9) ¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros, y no me has conocido, Felipe?
3. (14:9) El que me ha visto a mí, ha visto al Padre; ¿cómo, pues, dices tú: Muéstranos el Padre?
4. (14:10) ¿No crees que yo soy en el Padre, y el Padre en mí?
5. (14:22) Señor, ¿cómo es que te manifestarás a nosotros, y no al mundo?

A medida que se desarrolla este capítulo, Jesús y sus apóstoles, menos Judas, continuaron en la habitación donde tuvo lugar la cena y el lavatorio de los pies. Era un sitio tranquilo donde Jesús podía exponerse a ellos sin ser interrumpido.

El apóstol Juan llegó magistralmente a este lugar elevado en su narración utilizando ocho signos y una serie de incidentes. Sin embargo, se centra principalmente en el propósito de escribir este Evangelio: la identificación del Dios poderoso, el Padre eterno, en Jesucristo.

En cuanto a la identificación de Jesucristo, el capítulo 14 es uno de los más importantes de la Biblia. Ninguno de los apóstoles comprendió claramente su identidad completa en ese momento. En el proceso de revelación, la conversación que siguió fue un eslabón fundamental en su comprensión.

La verdad que Jesús reveló sobre sí mismo acabó por iluminar el corazón de los apóstoles en una gloriosa revelación. Como escribió Pablo: “Porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo” (II Corintios 4:6). Por ejemplo, Tomás, que en este capítulo estaba angustiado por el lugar y el camino hacia él, después de la resurrección captaría la verdad plenamente y la diría claramente para que todos la oyeran, entendieran y creyeran. (Véase Juan 20:28.)

Aquí Jesús dio a sus apóstoles una visión más allá del velo, unas horas cruciales antes de que se rompiera. (Véase Hebreos 10:19-20; Mateo 27:50-51.) Recibieron una profunda visión de la esencia de Dios. Jesús los llevó ahora al reino donde el invisible, el Dios de toda la eternidad, el Padre de la gloria, se exhibe visiblemente en y a través del Hijo. (Véase Juan 1:18.)

Jesús no solo se reveló a los apóstoles en la dimensión del Padre residente (Jehová), sino que también se reveló en el ámbito del Espíritu de la verdad como Consolador. Al principio, los apóstoles encontraron esta fase de Su ser tan difícil de entender como la otra. Sin embargo,

en el Día de Pentecostés, cuando Jesús vino en el Espíritu para morar en ellos, finalmente comprendieron el papel del Espíritu en Su ser.

Ninguna otra porción de la Escritura trata la plenitud de la deidad en la humanidad en la medida en que lo hace Juan 14. Si existiera una trinidad de personas en Dios, como se proclamó en los Concilios de Nicea en el 325 d. C. y de Constantinopla en el 381 d. C. Como también lo enseñan muchas iglesias hoy en día, este sería el momento y el lugar apropiado para afirmarlo. Por el contrario, no aparece ningún lenguaje trinitario familiar, como “trinidad, Dios en tres personas, tres benditos, tres santos, Hijo eterno, Dios Hijo o Dios Espíritu Santo”. Este lenguaje está ausente en la conversación más íntima de Jesús con sus apóstoles sobre su identidad y relación con la Divinidad. La fraseología trinitaria se añadió a la teología cristiana siglos después.

## **La Mentalidad Judía**

Antes de examinar el contenido de este capítulo, es esencial investigar la mentalidad judía. Los apóstoles eran judíos, enseñados y formados en la fe, las leyes y las tradiciones judías. Aunque habían estado con Jesús durante tres años y medio, seguían sin estar seguros de su verdadera identidad, especialmente a la luz de su confesión de fe fundamental llamada el Shema.<sup>1</sup>

Los judíos eran monoteístas estrictos—creyentes en un solo Dios, Jehová. Su Shemá dice: “Oye, Israel: Jehová nuestro Dios, Jehová uno es. Y amarás a Jehová tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y con todas tus fuerzas” (Deuteronomio 6:4-5).

Cuando un escriba le preguntó a Jesús: “¿Cuál es el primer mandamiento de todos?”. Él respondió citando esta afirmación del Shemá (Marcos 12:28-30). Todo judío lo aprendió de pequeño y se esperaba que lo observara toda su vida. El dilema al que se enfrentaban los judíos, incluidos los apóstoles, era el siguiente: ¿Cómo encajaba en su Shemá este hombre autoritario, convincente y que obraba milagros, llamado Jesucristo? Había una atracción espiritual sobre Jesús que mantenía su atención embelesada. Sin ver milagros o una gran demostración de su poder, Santiago y Juan dejaron a su padre y sus redes de pesca y le siguieron de todo corazón. Al escuchar su desafío, “Sígueme”, Pedro abandonó rápidamente su vida de pesca comercial y lo hizo. Los demás apóstoles se sintieron igualmente atraídos hacia Cristo por una fuerza irresistible, difícil de explicar o de resistir. ¿Qué había en Jesús que atraía la atención de los apóstoles y obligaba a su sincera devoción?

¡Nadie habló jamás como este hombre! (Véase Juan 7:46.) ¡Nadie vivió jamás como este hombre! ¡Nadie amó jamás como este hombre! ¡Nadie tuvo jamás la compasión de este hombre!

## **Creer y Seguir a Jesús (Juan 14:1-4)**

En el versículo 1, Jesús alentó a los apóstoles a no turbarse, sino a tener fe en Él sobre la misma base que tenían fe en Jehová. Les aseguró que había muchas mansiones en la casa de su Padre. Continuó: “Voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis. Y sabéis a dónde voy, y sabéis el camino” (Juan 14:2-4).

Los discípulos estaban confundidos en este punto. Tal vez pensaron que Él aludía al Templo cuando dijo “la casa de mi Padre”. (Véase Juan 2:16.) ¿Entraría en el Templo y los dejaría fuera? ¿Estaba hablando de su muerte?

Sin duda, ellos también se sentían inseguros. Los discípulos siempre caminaban con un manto de seguridad envuelto firmemente en la persona de Jesús. Pero lo que estaba ocurriendo en ese momento amenazaba esa seguridad. Esperaban que Jesús restaurara el reino de Israel y que ellos fueran parte integral de su gobierno. Todavía esperaban un reino terrenal después de su resurrección y justo antes de su ascensión. Así que ese día le preguntaron: “Señor, ¿restaurarás el reino a Israel en este tiempo?”. (Hechos 1:6).

Esta conversación sobre la partida, la casa del Padre, las mansiones y, posiblemente, su muerte, les sonaba extraña. ¿Qué quería decir? ¿Dónde estaba la casa de su Padre y qué eran esas mansiones? Su afirmación de que sabían a dónde iba y cómo llegar allí les dejó perplejos.

## **Jesús y el Padre (Juan 14:5-11)**

Tomás meditó estas palabras en su mente, pero no podía imaginar a dónde iría Jesús si ellos no podían acompañarlo. ¿Por qué decía que sabían a dónde iba cuando ellos no lo sabían? ¿Cómo podían conocer el camino si no sabían a dónde iba? Preguntó: “Señor, no sabemos a dónde vas; ¿cómo, pues, podemos saber el camino?”. (Juan 14:5).

Esa pregunta abrió la puerta a la más cándida revelación de su deidad que Jesús haya expresado jamás. En esta coyuntura, les dio un vistazo más allá del velo de la revelación, cuando aún no se había rasgado.

Jesús, observando sus expresiones de perplejidad, se lanzó a una descripción de sí mismo que encarnaba la revelación de su verdadera identidad. Fue una revelación esclarecedora de su naturaleza esencial. Desveló su santo brazo ante sus propios ojos. (Véase Isaías 52:10.)

Jesús respondió a Tomás: “Jesús le dijo: Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí. Si me conociereis, también a mi Padre conoceríais; y desde ahora le conocéis, y le habéis visto” (Juan 14:6-7).

Jesús no habló de la casa del Padre ni de las mansiones en su respuesta a Tomás. Dejando de lado esas palabras, solo habló del Padre.

Aunque los apóstoles habían estado con Jesús durante tres años y medio y le habían oído referirse al Padre con frecuencia, el Padre seguía siendo un misterio para ellos. Jesús decidió explicarles el Padre en ese momento. Se identificó a sí mismo como el camino hacia el Padre.

Al afirmar: “Si me conociereis, también a mi Padre conoceríais”, Jesús indicó que los apóstoles aún no comprendían del todo quién era Él. Sin embargo, se había asociado con ellos durante tres años y medio. Vieron a un hombre extraordinario, un hacedor de milagros que sanaba a los enfermos expulsaba demonios, resucitaba a los muertos, detenía las tormentas furiosas, caminaba sobre el agua y perdonaba a los pecadores. Ese es el tono. Pero aquí encontramos el matiz: “Desde ahora le conocéis, y le habéis visto”.

Jesús dijo: “A partir de este momento, si podéis comprenderlo, si podéis entenderlo, conocéis al Padre, habéis visto al Padre, conocéis al Padre”. Durante tres años y medio, has caminado, hablado y comulgado con el Padre. Has estado en la presencia del Padre todo este tiempo, pero no te has dado cuenta. Yo soy la casa del Padre. Has encontrado el camino hacia el Padre cuando vienes a Mí, pues Él habita en Mí. Yo soy Su templo, Su tabernáculo, Su morada”.

Sin embargo, los apóstoles no comprendieron inmediatamente. Pero ahora su curiosidad se despertó hasta el punto de que Felipe, desconcertado y desconcertante por la fuerte afirmación de Jesús sobre Él mismo, pidió: “Señor, muéstranos el Padre, y nos basta” (Juan 14:8).

Detrás de esta petición, podemos imaginar los siguientes pensamientos: “Señor, Tú has hablado del Padre. Has dicho muchas cosas desconcertantes y desconcertantes sobre Ti y sobre Él. Hemos esperado que nos lo muestres. Pero aquí estamos, más confundidos que nunca. Recordamos cuando dijiste a los judíos que no estabas solo, sino que tu Padre estaba contigo. Ellos miraron alrededor en busca del Padre, pero no lo vieron, y nosotros tampoco. Entonces preguntaron: “¿Dónde está tu Padre?”. Nosotros nos preguntamos lo mismo. Esperábamos que Tú nos lo mostraras a ellos y a nosotros, pero no lo hiciste. Ahora nos dices que lo hemos visto. ¿Cómo, cuándo y dónde? Muéstranoslo y estaremos satisfechos”.

Muchos creyentes de hoy en día tienen la misma pregunta. La mayoría de los cristianos que profesan hoy en día piensan que el Padre es una persona distinta de Jesús. Jesús es la segunda persona de una Divinidad que consiste en tres personas coetáneas, coetáneas y coexistentes, siendo el Padre la primera persona y el Espíritu la tercera. Sin embargo, al responder a Felipe, Jesús no dio tal descripción de sí mismo. Ningún escritor del primer siglo expresó tal concepto.

Jesús no dijo: “¿Hemos estado tanto tiempo con vosotros y aún no nos has conocido, Felipe?”. En cambio, preguntó: “¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros, y no me has conocido, Felipe?” (Juan 14:9). Al responder a Felipe sobre el Padre, ¡Jesús utilizó los pronombres personales “yo” y “me”!

Jesús explicó su uso con el resto del versículo 9 y los versículos 10-11: “El que me ha visto a mí, ha visto al Padre; ¿cómo, pues, dices tú: Muéstranos el Padre? ¿No crees que yo soy en el Padre, y el Padre en mí? Las palabras que yo os hablo, no las hablo por mi propia cuenta, sino que el Padre que mora en mí, él hace las obras. Creedme que yo soy en el Padre, y el Padre en mí; de otra manera, creedme por las mismas obras”.

Podemos explicar las palabras de Jesús de la siguiente manera: “Si buscáis a otro como si fuera otra persona o ser, estáis pensando mal. El Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, el que habéis adorado desde la infancia, el que dio la ley a Moisés, el YO SOY, el gran Jehová, ya no habita en el Tabernáculo del desierto, ni en el Templo de Jerusalén, sino que ahora habita plena, completamente, enteramente en Mí”.

En el versículo 7, Jesús usó la palabra “y desde ahora”, que significa “de ahora en adelante”. Quiso decir: “Ya no quiero que visualicen a otro que no sea Yo cuando hablo del Padre. Él es en verdad Espíritu, y yo soy carne, aunque carne perfecta, y tú me conoces bajo esa luz. Por eso, al principio de esta conversación, imploré: “Si creéis en Dios, creed también en mí”. ¿Por qué? Porque Dios habita en mí, y yo soy 'la casa del Padre'. ¡Él está en mi lugar!”

“A partir de este momento, cada vez que se mencione al Padre, ya sea en la oración o en la conversación, no pienses que está separado de Mí. Él habita en Mí y es parte total e inseparable de Mi ser. Aunque ahora te parezca increíble, no hay manera de pensar adecuadamente en el Padre sin pensar en Mí o de pensar en Mí sin pensar en el Padre. Mantened esto siempre claro en vuestras mentes, en vuestro pensamiento, y el misterio que nubla vuestras mentes en este momento se aclarará”.

La gente suele citar las palabras de Jesús: “Yo soy el camino, y la verdad y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí”, pero rara vez citan el versículo siguiente: “Si me conocieseis, también a mi Padre conoceríais; y desde ahora le conocéis, y le habéis visto”, aunque es parte integrante de la afirmación de Jesús. Puede que entiendan el tono – que Jesús es el camino al Padre – pero también necesitan entender el sobre tono – que el Padre habita en Él.

En Isaías 59:16, Dios dejó entrever lo que haría al manifestarse al mundo: “Y vio que no había hombre, y se maravilló que no hubiera quien se interpusiese; y lo salvó su brazo, y le afirmó su misma justicia”. Jehová vino en persona, extendiendo su brazo para cumplir sus deseos y obras en la tierra. ¡Vino en Jesucristo para hacer lo que dijo que haría!

### **Una Nueva Dimensión (Juan 14:12-15)**

Cuando los apóstoles finalmente comprendieran y creyeran lo que Jesús les dijo aquí, podrían cumplir el plan de Dios para su futuro, y ese futuro sería glorioso. Jesús explicó: “De cierto, de cierto os digo: El que en mí cree, las obras que yo hago, él las hará también; y aún mayores hará, porque yo voy al Padre. Y todo lo que pidieréis al Padre en mi nombre, lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. Si algo pidieréis en mi nombre, yo lo haré” (Juan 14:12-14).

Jesús prometió que seguiría trabajando en el mundo a través de sus discípulos. Cuando ellos proclamaran su mensaje con valentía, Él estaría a su lado; cuando continuara diciéndoles, Él estaría en ellos.

Esta promesa es una de las que la iglesia de hoy necesita tomar a pecho también. Aunque, por supuesto, algunos pueden decir que era solo para los apóstoles. Sin embargo, cuando Jesús oró más tarde por sus apóstoles, dijo: “Más no ruego solamente por estos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos” (Juan 17:20).

Podemos entender el significado de Jesús de la siguiente manera: “Si podéis creer lo que os digo, tenéis un gran futuro. Habéis visto un milagro tras otro, todos ellos obran del Dios poderoso en mí. Pero harás algo más grande cuando creas lo que te acabo de revelar. Si crees y me lo pides, Yo haré la obra, y Dios será glorificado en Mí. Creer en Mí, el templo del Dios poderoso es la clave.

“Pronto te dejaré para que la responsabilidad descansa sobre tus hombros. Aunque harás muchas cosas que experimentaste conmigo, lo más grande que harás es predicar el evangelio a todo el mundo. Cuando lo hagas, ocurrirá el milagro del nuevo nacimiento. Será el mayor milagro de todos. Nada lo superará.”

### **El Espíritu (Juan 14:16-18)**

Jesús siguió desvelando su identidad completa. Ya se había revelado como el Dios poderoso en la carne, el Padre en el Hijo. Ahora presentó otra fase de su ser: el papel del Espíritu en el plan de redención de Dios.

Juan el Bautista predijo el bautismo del Espíritu Santo, y Jesús enseñó a Nicodemo el nacimiento del Espíritu. Luego, en el último día de la Fiesta de los Tabernáculos, Jesús gritó: “En el último y gran día de la fiesta, Jesús se puso en pie y alzó la voz, diciendo: Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva” (Juan 7:37-38).

Cuando Jesús dijo esto, los apóstoles no entendieron bien lo que quería decir. Por eso, cuando Juan registró este acontecimiento años más tarde, explicó entre paréntesis: “Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en él; pues aún no había venido el Espíritu Santo, porque Jesús no había sido aún glorificado” (Juan 7:39).

El ministerio del Espíritu era un misterio para los apóstoles en ese momento. Sin embargo, ahora Jesús empezó a hacerlos conscientes de ello. Es el tema básico del resto del capítulo 14 y de los dos siguientes. Comprender al Espíritu es tan esencial como comprender al Padre. Sin embargo, la comprensión completa no llegaría hasta el día de Pentecostés.

Jesús les prometió “otro Consolador” después de su partida, uno que permanecería con ellos para siempre. Luego se identificó a sí mismo como ese Consolador en una nueva forma y relación. “Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre: el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros, y estará en vosotros. No os dejaré huérfanos; vendré a vosotros” (Juan 14:16-18).

Después de la resurrección de Cristo, pero antes de su ascensión, les informó: “y he aquí, yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo” (Mateo 28:20). De nuevo, habló de estar con ellos en Espíritu.

Jesús utilizó una expresión similar al revelar el Espíritu como lo hizo al revelarles el Padre. Al hablar del Padre, confió: “y desde ahora le conocéis” (Juan 14:7). Ahora, en relación con el Espíritu, declaró: “Pero vosotros le conocéis”. En Juan 14:6, Él habló de sí mismo como la verdad; sin embargo, en el versículo 17, llamó al Consolador “el Espíritu de verdad”.

¿Cuándo, dónde o cómo conocieron los discípulos al Espíritu? No sabían más sobre el Espíritu de lo que sabían sobre el Padre antes de que Jesús explicara. El único que conocían era Jesús, que acababa de afirmar que conocerle a Él era conocer al Padre. Dios, que habitaba en el hombre Cristo Jesús, era el Espíritu de la verdad. Jesús le dijo a la mujer del pozo de Samaria que Dios es Espíritu (Juan 4:24).

La enseñanza de Jesús sobre sí mismo en Juan 14 corresponde a lo que Pablo escribió más tarde: “Porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad [Divinidad], y vosotros estáis completos en Él, que es la cabeza de todo principado y potestad” (Colosenses 2:9-10). Cuando conocemos a Jesucristo, conocemos a Dios como Padre, a Dios en el Hijo y a Dios como Espíritu. ¡No hay tres personas divinas, sino que la plenitud de Dios, todo el reino de la deidad está en Jesucristo!

### **La Persona Única de Cristo (Juan 14:19-31)**

Jesús pasó a hablar de su persona única. Confió: “Todavía un poco, y el mundo no me verá más; pero vosotros me veréis; porque yo vivo, vosotros también viviréis. En aquel día vosotros conoceréis que yo estoy en mi Padre, y vosotros en mí, y yo en vosotros” (Juan 14:19-20). Ya les había dicho que Él estaba en el Padre, y el Padre en Él, pero aquí añadió otra dimensión al afirmar que ellos estaban en Él, y Él estaba en ellos.

¿Cómo podían estar en Él? No había manera de que pudieran estar en Él en un sentido físico. Sin embargo, Pablo explicó más tarde: “¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte?” (Romanos 6:3). “Porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo, estáis revestidos” (Gálatas 3:27).

¿Cómo podía estar Jesús en ellos? De nuevo, no había manera de que Él pudiera estar físicamente en ellos; tenía que ser un fenómeno espiritual. Él viviría en ellos por Su Espíritu. (Véase Gálatas 2:20; Efesios 3:17; Colosenses 1:27; Romanos 8:9; I Corintios 6:19; I Juan 3:24, 4:13; Apocalipsis 3:20.)

Cuando Jesús derrama el Espíritu Santo sobre una persona creyente, Su Espíritu entra en el corazón del creyente para morar allí. Los creyentes no tienen tres Espíritus divinos en ellos, sino un solo Espíritu. Solo hay un Espíritu (Efesios 4:4).

A continuación, Jesús reiteró lo que les había enseñado sobre el Padre. “El que tiene mis mandamientos, y los guarda, ese es el que me ama; y el que me ama, será amado por mi Padre, y yo le amaré, y me manifestaré a él” (Juan 14:21). Después de que Judas le preguntara cómo lo haría, añadió: “y mi Padre le amaré, y vendremos a él, y haremos morada con él”.

¿Por qué usó Jesús aquí pronombres plurales? Volviendo a Juan 14:7, 10, cuando vemos a Jesús, vemos al Padre, porque el Padre habita en el Hijo. No hay separación entre el Padre y el Hijo. Cuando Jesús se manifiesta a quien le ama, lo hace en Espíritu. El Padre, que mora en Cristo, está automáticamente allí también. Los discípulos tendrían comunión con Jesús según su humanidad y su deidad.

Jesús explicó entonces que esto ocurriría a través del Consolador, el Espíritu que moraría en los creyentes. Este Espíritu llevaría Su nombre (Juan 14:26). Jesús no sugirió que otras dos personas además de Él estarían con ellos, sino que divulgó que solo Él sería el Admirable, Consejero, Dios Fuerte, Padre Eterno, Príncipe de Paz, siempre presente. (Véase Isaías 9:6).

Una de las declaraciones más notables de Cristo viene hacia el final de este capítulo: “La paz os dejo, mi paz os doy; yo no os la doy como el mundo la da. No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo” (Juan 14:27). Sí, el Príncipe de la Paz es todo lo que Dios ha sido, es o será. ¡Los problemas y el miedo se van donde y cuando Jesús está presente!

## **Nota**

<sup>1</sup> El Shemá es la confesión de fe judía. Incluye Deuteronomio 6:4, 5; 11:13-21, y Números 15:37-41. Esta confesión es el primer acto de adoración en la sinagoga judía, y debe ser hecha dos veces al día por cada judío adulto. Véase J. R. Dummelow, ed., *The One-Volume Commentary* (Nueva York: Macmillan, 1930), 125.

## Capítulo 16

### La Vid y los Pámpanos

#### Permanecer en Cristo (Juan 15:1-17)

Tras la revelación íntima de sí mismo como el Padre encarnado y el Consolador contenido, Jesús y los apóstoles salieron del aposento alto. Empezaron a viajar por el camino, hasta llegar al Huerto de Getsemaní. La mayor parte del camino fue cuesta abajo, el punto más bajo donde cruzaron el arroyo Cedrón. Como la cena y el lavatorio de los pies tuvieron lugar en las primeras horas de la tarde, fue bien entrada la noche. (Véase Mateo 26:20; Marcos 14:17.)

Podemos imaginar el escenario de su enseñanza en este momento. La luna llena brillaba de forma intermitente a través de los cirros altos y perezosos, proyectando suaves y plateadas sombras sobre el camino que recorrían. El discurso de Jesús en el aposento alto les había afectado profundamente, dejándoles sometidos y pensativos.<sup>1</sup>

Mientras Jesús reflexionaba sobre cómo podía ayudarles a comprender mejor, se vislumbró la silueta de un viñedo. Dudó un momento, y luego se volvió y se dirigió hacia ella. Estaba situada en la ligera pendiente de una colina. Haciendo señas para que le siguieran, pasó por encima de unas rocas al borde del campo y entró en el viñedo. Entonces, agarrando una vid, la levantó con ternura y comenzó a hablar.

“Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el labrador” (Juan 15:1). Luego, moviendo su mano lentamente a lo largo de la vid, llegó a un sarmiento que crecía de ella. Entonces, tomando con ternura el delgado tallo en su mano, lo levantó ligeramente y añadió: “Vosotros los pámpanos” (Juan 15:5). Les enseñó la importancia de la vid, que hacía posible que un sarmiento diera fruto. Fue una Lección espiritual que no olvidarían pronto.

La vid y los sarmientos eran visibles a sus ojos, pero el labrador (viñador) no se veía. El Padre, aunque no se le observaba, estaba siempre presente, pues residía en el propio Jesús. Él tenía en cuenta lo que ocurría, consciente de cada rama, si daba fruto.

Entonces Jesús señaló un sarmiento que había sido podado y comentó que el viñador, al ver que el sarmiento daba algún fruto, lo había podado para que diera más. Jesús dijo que el sarmiento daría mucho fruto si permanecía continuamente en la vid. Si un sarmiento no daba fruto, sería cortado de la vid y dejado para que se marchitara al sol. Luego, los sarmientos marchitos serían recogidos y quemados.

Era una Lección solemne que indicaba las terribles consecuencias de la falta de fruto. La vida que fluye a través de la vid y hacia los sarmientos es esencial para que el sarmiento dé

fruto, aunque esa vida sea invisible para el ojo humano. Si un sarmiento se separaba de la vid, pronto moría. No le llegaba ningún ingrediente que le diera vida, que la mantuviera.

¿Cómo puede una persona permanecer en Cristo? Jesús explicó: “Si guardaréis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor” (Juan 15:10). Ninguna persona puede permitirse el lujo de ignorar los mandamientos de Jesús y esperar permanecer en su amor. Es imposible. Pronto se marchitará en la vid. (Véase Hebreos 3:6, 14.)

En esta ilustración de la vid y los sarmientos, no hay manera de distinguir la vida dentro de la vid, de la vid misma y de los sarmientos en su capacidad de dar fruto. La vid no puede estar separada de la vida que hay en ella, aunque no se vea y sea invisible, ni los sarmientos de la vid y, sin embargo, producir fruto. Es una ilustración adecuada de la venida de Dios al mundo. Mediante este acto, Él impartió la gracia, realizó la redención, compró la iglesia y le permitió convertirse en una entidad fructífera, aceptable y agradable a Dios.

En este punto, Jesús introdujo un término que no había empleado anteriormente de esta manera. En el versículo 11, habló de “mi gozo” y luego de “vuestro gozo”. Al final del capítulo 14, habló de paz, y los dos términos van juntos; de hecho, dependen el uno del otro. Una persona en paz está alegre, y quien está alegre tiene paz. Y cuando alguien tiene la paz del Señor y el gozo del Señor, tiene una unción especial del cielo.

Hebreos 12:2 describe el gran gozo que se puso delante de Cristo al enfrentar la crucifixión: “puestos los ojos en Jesús, el autor y consumidor de la fe, el cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, y se sentó a la diestra del trono de Dios”. ¿Qué gozo tenía ante sí cuando se dirigía a Getsemaní? Él sabía lo que estaba a punto de suceder. No podía haber alegría en lo que le esperaba en la carne. Estaría en agonía mientras oraba en el huerto, de pie ante el sumo sacerdote, arrastrando los pies entre Pilato y Herodes, y oyendo a su pueblo clamar por su vida. El rechazo y la burla serían un reto que manejar, y ser forzado a llevar su propia cruz es un insulto a su persona. La paliza y la crucifixión serían insoportablemente dolorosas. Ciertamente, no había nada agradable en esa experiencia.

El gozo de Cristo solo podía ser mirar más allá de su muerte en la cruz y ver sus resultados de largo alcance. Su alegría era la iglesia, su novia, que Él compraría, redimiría y reconciliaría por su sangre derramada. ¡Él imaginó a la novia con Él en la cena de las bodas del Cordero y luego en el trono!

La alegría de los discípulos, por tanto, es la promesa de la vida eterna con el Señor. “Y oí una gran voz del cielo que decía: He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y él morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios. Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron” (Apocalipsis 21:3-4).

Jesús tuvo una doble visión mientras recorrían el camino hacia Getsemaní, una para Él y otra para su pueblo. La paz y la alegría eran la esencia del futuro, aunque el presente estaba lleno de desesperación, angustia y lágrimas. ¡El dolor les destrozaría el corazón al verle en la cruz, pero la paz y la alegría lo sustituirían en la mañana de la Resurrección!

En este punto, Jesús reiteró la necesidad de que sus discípulos se amaran unos a otros. El amor es la esencia del carácter cristiano. Además, estaba a punto de demostrar la profundidad de su amor por la humanidad entregando su vida. Con esta exhortación, sugirió una nueva relación con los apóstoles, mucho más significativa que la de servidor, al llamarlos amigos.

### **El Cristo Preeminente (Juan 15:18-27)**

El conocimiento de Dios manifestado en carne en el Señor Jesucristo es el núcleo del cristianismo. Por este medio, Dios pudo derramar sangre para poder traer la redención. (Véase Hechos 20:28.) Todo creyente necesita entender la manifestación de Dios en la carne para la redención y la meditación. En Juan 15:21-24 notamos la proximidad entre el Espíritu y la carne: “Más todo esto os harán por causa de mi nombre, porque no conocen al que me ha enviado. Si yo no hubiera venido, ni les hubiera hablado, no tendrían pecado; pero ahora no tienen excusa por su pecado. El que me aborrece a mí, también a mi Padre aborrece. Si yo no hubiese hecho entre ellos obras que ningún otro ha hecho, no tendrían pecado; pero ahora han visto y han aborrecido a mí y a mi Padre”.

¿Cuándo y dónde vieron y odiaron al Padre los adversarios de Jesús? Y cuando odiaron a Jesús, ¿cómo odiaron también al Padre? La respuesta es que ver a Jesús es ver al Padre, porque el Padre mora en Él. (Véase Juan 14:9-11.)

Acreditó todo lo que Jesús dijo o hizo al Padre que habitaba en Él. Puesto que el Padre habitaba en Él, verlo a Él era ver al Padre de la única manera en que el Padre invisible podía ser visto. Así como los pámpanos no pueden producir fruto sin la vid, tampoco la vid puede sostener a los sarmientos sin la vida que fluye en su interior.

En Juan 15:26, Jesús volvió a prometer el Consolador, “quien yo os enviaré del Padre”. En Juan 14:26, sin embargo, dijo que el Padre enviaría al Consolador en Su nombre. Si hay tres personas en Dios, ¿quién envía a quién, y de dónde viene o procede el Consolador? Tenemos la respuesta cuando entendemos que “en él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad” (Colosenses 2:9). Jesucristo es el Padre encarnado y el Espíritu Santo contenido. Él es el templo de Dios; todo lo que Dios ha sido, es o será, está tabernaculado en Él.

#### **Nota**

<sup>1</sup> Véase Alfred Edersheim, *Jesus the Messiah* (Nueva York: Longmans, Green, and Company, 1896) 2:489.

# Capítulo 17

## Os Mostraré Claramente al Padre

### Preguntas en Juan 16

1. (16:5) ¿A dónde vas?
2. (16:17) ¿Qué es esto que nos dice: Todavía un poco y no me veréis; y de nuevo un poco, y me veréis; y, porque yo voy al Padre?
3. (16:18) ¿Qué quiere decir con: Todavía un poco?
4. (16:31) ¿Ahora creéis?

Después de exponer la Lección de la vid y los sarmientos, Jesús comenzó a preparar a sus discípulos para lo que les esperaba, primero a él y luego a ellos. Estaban a punto de experimentar de primera mano el amargo odio del mundo hacia Jesús. En Juan 15:18-21, Él confió que el mundo los odiaría como lo odiaba a Él. Se convertirían en el principal objetivo de Satanás tras la muerte, la sepultura, la resurrección y la ascensión de Jesús. El aguijón de la salvaje animosidad de Satanás contra Cristo pronto se trasladaría a sus seguidores. Enfatizó que el Consolador estaría presente para ayudarles a sobrellevar la situación. Al salir de la viña, Jesús continuó su discurso mientras se dirigían al Jardín de Getsemaní. Era un momento difícil. Pero, en pocas palabras, Jesús trazó gran parte de su futuro.

### La Causa de la Persecución (Juan 16:1-6)

Los apóstoles estaban gravemente preocupados por su futuro en caso de que Jesús fuera condenado a muerte. La posibilidad de que ese fuera su destino también les preocupaba. No podían borrar de sus mentes el trato dado al ciego que, tras ser curado por Jesús, fue rápidamente excomulgado del Templo y de las sinagogas. Ahora Jesús les reveló una noticia inoportuna: “Os expulsarán de las sinagogas; y aún viene la hora, cuando cualquiera que os mate, pensará que rinde servicio a Dios”.

Esta advertencia de Cristo, que describía su previsión de los acontecimientos venideros, era una prueba de su omnisciencia. Sus palabras debieron detenerlos en su camino, dejándolos en un dilema. ¿Qué debían hacer? ¿Debían ir más lejos con Jesús, o marcharse mientras fuera posible? ¿Se dirigían a un callejón sin salida? La naturaleza humana se encoge ante la idea del dolor y el sufrimiento, especialmente cuando la amenaza de la muerte entra en escena. ¡Pero, al igual que la mayoría de nosotros, querían considerar mucho su profecía antes de dar un paso más!

Sin duda, la pregunta que surgió en sus mentes fue: ¿Por qué alguien querría matar a Jesús? ¿No había hecho siempre el bien a la comunidad? ¿No había curado a los enfermos, resucitado a los muertos, alimentado a los hambrientos y expulsado a los demonios? No había

causado disturbios, ni amenazado con una insurrección, ni intentando usurpar la autoridad de los gobernantes. La única conmoción que causó fue expulsar a los cambistas del Templo.

Y, ¿qué habían hecho ellos, los apóstoles, para merecer un destino similar al suyo? No habían causado disturbios ni amenazado a las autoridades. Por el contrario, mantuvieron un perfil bajo cuando Jesús hablaba y obraba sus asombrosos milagros. Es cierto que siempre le acompañaron, pero ¿la culpa por asociación debería considerarse motivo suficiente para una recriminación tan cruel contra ellos?

Mientras reflexionaban sobre estas cosas, Jesús observó sus cejas arrugadas y supo que estaban cuestionando seriamente la inquietante situación. Entonces, dándose cuenta de su inquietud, les explicó la causa de estas alarmantes circunstancias: “Y harán esto porque no conocen al Padre ni a mí” (Juan 16:3).

En esta concisa declaración, Jesús pronunció volúmenes. Todos los males del mundo fueron explicados en unas pocas palabras. Era una revelación aterradora, que describía las graves consecuencias para Él mismo y sus discípulos.

El conocimiento del Dios poderoso en Cristo es la revelación de Dios a la humanidad. De este conocimiento convincente depende el propósito y el plan eterno de Dios. Sin embargo, en pocas palabras, el rechazo de esta verdad es la razón del odio del mundo hacia Jesús y sus seguidores. Es la razón de su crucifixión y, posteriormente, de la persecución de su iglesia.

Las autoridades religiosas judías no percibieron quién era Él. Para ellos, Jesús infringía su concepto de Dios. No encontraban lugar para Él en su Shemá. La intrusión de alguien que poseía todos los atributos de la deidad, pero que era un hombre de carne y hueso, era más de lo que podían soportar. En consecuencia, decidieron librar al mundo tanto de Jesús como de sus seguidores.

Saulo de Tarso también rechazó esta verdad hasta que se encontró con el Señor glorificado en el camino a Damasco. Más tarde escribió, “Más hablamos sabiduría de Dios en misterio, la sabiduría oculta, la cual Dios predestinó antes de los siglos para nuestra gloria, la que ninguno de los príncipes de este siglo conoció; porque si la hubieran conocido, nunca habrían crucificado al Señor de gloria” (I Corintios 2:7-8).

Juan relató esta enseñanza de Cristo porque es fundamental para el propósito de su Evangelio. Los que quieran ser discípulos fieles de Cristo deben entender: “E indiscutiblemente, grande es el misterio de la piedad: Dios fue manifestado en carne, Justificado en el Espíritu, Visto de los ángeles, Predicado a los gentiles, Creído en el mundo, Recibido arriba en gloria” (I Timoteo 3:16). “Que Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados, y nos encargó a nosotros la palabra de la reconciliación” (II Corintios 5:19).

Este es el mensaje de reconciliación que salvará al mundo. Era el mensaje evangélico de aquella época y sigue siendo influyente hoy en día. “Dios estaba en Cristo” define tanto la revelación de Pablo como la de Juan sobre Cristo Jesús. No hay una segunda persona divina; Juan nunca conoció una segunda persona, y tampoco Pablo. El propósito de Juan es decirle al lector que si quiere conocer al Padre (Jehová), lo verá y conocerá solo en Cristo.

Juan escribió en su prólogo: “En el mundo estaba, y el mundo por él fue hecho; pero el mundo no le conoció. A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron” (Juan 1:10-11). Escribió que Dios vino a la tierra vestido con el traje de carne, que no fue reconocido y, en consecuencia, fue rechazado a causa del traje. El pueblo judío no se dio cuenta de que estaba rechazando a su Dios, el único Señor de Deuteronomio 6:4. Pero eso es lo que hicieron exactamente cuando rechazaron y luego crucificaron al Señor Jesucristo. Sus ojos fueron cegados a Su identidad. (Véase II Corintios 4:4.)

Por extraño que parezca, el mundo religioso todavía está cegado a Él en gran medida. No reconocen que Jesucristo es el templo de Dios Todopoderoso, la morada.

La iglesia primitiva no tenía otro concepto de Dios que este. El alejamiento de esta enseñanza, y su sustitución por el concepto trinitario, se produjo en los siglos II, III y IV de nuestra era.

Jesús ya había proclamado esta verdad vital en varias ocasiones, pero ahora la volvió a enfatizar en términos inequívocos. El conocimiento de Dios en Cristo, el Padre en el Hijo, es el conocimiento más crítico de todos los tiempos. Cuando Jesús dijo: “Y harán esto porque no conocen al Padre ni a mí”, volvió a vincularse inextricable e inseparablemente con el Padre. Conocer a Jesús es conocer al Padre. Juan escribió más tarde en I Juan 2:23, “Todo aquel que niega al Hijo, tampoco tiene al Padre. El que confiesa al Hijo, tiene también al Padre.”

### **El Propósito de la Venida del Consolador (Juan 16:7-15)**

Jesús volvió al tema que inició en 14:16-18, 26—el Consolador. Volvió a referirse al Consolador en el 15:26, pero en este punto, abordó el argumento con mayor profundidad. Enfatizó que el Consolador no vendría a menos que Él se fuera. El Consolador no entró en escena hasta unos cincuenta días después, en el Día de Pentecostés.

Juan 14:16-18 revela que el Consolador es Jesús en forma de Espíritu, que viene a morar en los creyentes. Cristo ahora mora en Su pueblo, de manera corporativa y personal. Ellos son Su cuerpo, Su iglesia, en la tierra. (Véase Hechos 2:1-4; Colosenses 1:27.) El ministerio del Espíritu tiene muchos aspectos:

1. El Espíritu mora en el creyente, sellándolo como hijo de Dios (Efesios 1:13-14; II Corintios 1:22).

2. El Espíritu convence al mundo de pecado, convenciendo a los incrédulos de que continuar en la incredulidad es pecado contra Dios.
3. El Espíritu convence al mundo de la justicia, haciendo que la gente se dé cuenta de que Jesús cumplió la ley de la justicia y que una persona ahora mide su vida no por la ley sino por la vida de Cristo. (Véase Romanos 8:1-4.)
4. El Espíritu convence al mundo del juicio, haciendo que la gente sea consciente de que el juicio enfrenta a cada habitante y nadie podrá escapar de él. Si alguien se niega a doblar la rodilla ante Jesús aquí, lo hará en el tribunal de Dios, pero será demasiado tarde.
- 5 El Espíritu guía al creyente a toda la verdad.
6. El Espíritu muestra al creyente las cosas que han de venir.
7. El Espíritu glorifica la obra de Cristo en la tierra.

Jesús volvió a reconocer al Padre en sí mismo cuando habló de la obra del Espíritu: “Él me glorificará; porque tomará de lo mío, y os lo hará saber. Todo lo que tiene el Padre es mío; por eso dije que tomará de lo mío, y os lo hará saber” (Juan 16:14-15).

Jesús volvió a insistir en que todo lo que el Padre es o tiene está encarnado en Él mismo. En Mateo 28:18, dijo: “Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra.” El Espíritu toma las cosas de Cristo, que son del Padre, y las muestra al creyente. Aquí no hay separación.

Cristo no puso ningún espacio entre el Padre y Él mismo. En esta conversación íntima con Sus apóstoles, aunque a veces utilizó términos que sugerían separación, en el siguiente aliento, lo unió todo en una sola entidad. Hay una distinción de función o papel, pero no de persona.

### **Voy al Padre (Juan 16:16-33)**

A continuación, Jesús retomó un tema del que ya había hablado a los fariseos y gobernantes: “Todavía un poco, y no me veréis; y de nuevo un poco, y me veréis; porque yo voy al Padre” (Juan 16:16). (Véase Juan 8:21-22.)

Jesús sabía que sus apóstoles tenían curiosidad por saber lo que quería decir, así que les recordó la situación de una mujer de parto. Cuando da a luz a su hijo, el regocijo le hace olvidar el dolor que ha sufrido. Ahora mismo, explicó Jesús, tenéis dolor, pero cuando vuelva a vosotros tendréis una alegría que nadie os podrá quitar.

Luego volvió a su tema principal, prometiendo hablarles claramente del Padre. Era el tema principal del Evangelio de Juan y de los cinco capítulos del discurso de Cristo con sus apóstoles. Por lo tanto, era de vital importancia para Él. Sin embargo, en ese momento sabía que no lo entendían del todo, aunque decían que sí. Se acerca la hora, dijo, en que ellos se dispersarán y Él se quedará solo. Pero no estaría solo, porque el Padre permanecería con Él.

Dos veces, en esta parte de la conversación, aludió al gran sufrimiento que les sobrevendría por causa de Él. Él sintió su angustia emocional. La cuestión de su identidad, unida a las ominosas y amenazantes nubes de odio y persecución que se cernían sobre ellos, les afectaba enormemente. A esto se sumó el inusual lenguaje de su ida al Padre y su regreso a ellos.

Aunque les costaba entender y creer, les dijo: “Pero confiad, yo he vencido al mundo” (Juan 16:33). Sí, en el mundo tendréis tribulación, pero no desesperéis, porque lo tengo en mis manos y bajo mi control. Sugirió que había estado hablando con ellos en proverbios (una verdad expresada de forma oscura), sin embargo, ahora estaba dispuesto a sacar todo lo que tenía que sacar y mostrarles claramente lo que era el Padre.

¿Cuándo, dónde y cómo lo haría? ¿Qué forma de hablar o qué tipo de exhibición, señal o prueba mostraría ahora para que el Padre saliera a la luz y no les dejara con una imagen borrosa o una identidad equivocada? Había explicado la verdad sobre el Padre en varias ocasiones, reiterándola e ilustrándola, pero ellos no la habían recibido plenamente. ¿Cómo se lo mostraría ahora con claridad?

Era el momento de orar. En el capítulo 17, los llevó a una dimensión de experiencia espiritual que nunca habían conocido. ¡Necesitaban desesperadamente algo del cielo para tranquilizar sus mentes, animar sus corazones, fortalecer su determinación y ayudarles a comprender esta verdad tan grande!

Él los involucraría en la atmósfera celestial de la comunión entre Él mismo—el hombre, el mediador, el sumo sacerdote—y el único Dios verdadero, el Padre, quien, según declaró, habitaba en Él. (Véase Juan 14:8-11.) El Padre había habitado en Él mientras caminaba, hablaba y obraba milagros en la tierra, pero no era reconocido por ellos. Así que, en esta oración, serían poseídos por la gloria de Su shekinah, sobrecogidos por la majestuosidad del momento, y cautivados por la asombrosa presencia divina.

Se encontraban en el punto topográfico más bajo de su viaje entre el aposento alto y el Huerto de Getsemaní. El Cedrón ondulaba tranquilamente cuando se detuvieron junto a sus orillas. No había jardines, ni palmeras, ni higueras que realzaran el entorno, solo arena, piedras, un duro lecho de carretera, y quizás algunos arbustos dispersos. Nada embellecía el lugar. No necesitaba nada más que la presencia del verdadero Dios en su gloria shekinah, envolviendo y habitando al Señor Jesucristo.

En este tiempo de comunión extática, se comunicaron los ingredientes esenciales para su iluminación en la mañana de la Resurrección. Cuando llegó esa brillante mañana, todo encajó en su sitio al experimentar la shekinah al vislumbrarlo por primera vez en su gloria pura, celestial y resucitada. En ese momento, fue inconfundible. Aunque no lo reconocieron en ese momento, estaban siendo fortificados para la prueba que les esperaba a Él y a ellos.

## Capítulo 18

### La Shekinah se Muestra Claramente

“Padre, la hora ha llegado; glorifica a tu Hijo, para que también tu Hijo te glorifique a ti” (Juan 17:1).

El momento climático de la iluminación había llegado. Era su último tiempo sin restricciones con Jesús antes de su juicio. Cuando terminó de orar, se dirigió directamente al Huerto de Getsemaní. No volvería a ser accesible a los discípulos antes de su crucifixión. Esta oración fue su último seminario, su última instrucción, en la que les enseñó mediante la palabra y el ejemplo el verdadero significado de la deidad absoluta. Nunca más en carne mortal estaría tan cerca, tan íntimo, como en este momento. Cuando buscamos en las Escrituras momentos íntimos entre Dios y su pueblo, no encontramos una ocasión más trascendental que esta.

La pregunta que surge inmediatamente es: Si Jesús era Dios, ¿por qué necesitaba orar, y a quién oraba? Su oración fue una demostración convincente de su genuina humanidad: Como hombre, era una persona real, que dependía, como los demás, de Alguien más alto que él. Como hombre, era el sumo sacerdote, el mediador entre Dios y la humanidad. Sin embargo, también era el templo de Dios; Dios habitaba en Él, como explicó en Juan 14:6-11. En esa ocasión, declaró enfáticamente: “Nadie viene al Padre, sino por mí. Si me conociereis, también a mi Padre conoceríais; y desde ahora le conoceréis, y le habéis visto”. En otras palabras, cada vez que Él mencionaba al Padre a partir de ese momento, esperaba que ellos supieran dónde y quién era el Padre. Esta afirmación es tanto el tono como el sobre tono.

Sus discípulos asistieron a un acontecimiento inusual. Era el momento de la luna llena. Brillaba majestuosamente, aunque ahora algo disminuida, mientras esperaban ansiosamente a orillas del Cedrón. Mientras recorrían el sinuoso camino hacia Getsemaní, Jesús prometió mostrarles claramente al Padre. Tal vez esperaban que el Padre apareciera en cualquier momento y disipara para siempre la ansiedad que los mantenía incómodamente inseguros. Desde la primera noche en el aposento alto y en el viaje de bajada hasta este punto, Jesús había hablado a menudo y con afecto del Padre. No cabía duda de que Jesús estaba dispuesto a revelarlo.

Este era un lugar y un momento sagrados. Podemos imaginar a Jesús de pie, tranquilamente, con la luna brillando suavemente sobre sus blancas vestiduras. Su rostro radiante y resplandeciente reflejaba su preocupación amorosa por su futuro. Un silencio sagrado los envolvía, haciéndolos ajenos a su sombrío entorno. En este momento sagrado, las primeras palabras de oración emanaron sinceramente de sus labios. Pidió ser glorificado para que, a su vez, pudiera glorificar al Padre.

¿Estaba Jesús pidiendo al Padre que violara su palabra y compartiera su gloria divina con otra persona? Por el contrario, Dios dijo en Isaías 42:8: “Yo Jehová; este es mi nombre; y a otro no daré mi gloria, ni mi alabanza a esculturas”. (Véase también Isaías 48:11.) No, porque Jesús era el único Dios manifestado en la carne. Así, Dios se reveló a sí mismo y a su gloria en Cristo. “Porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo” (II Corintios 4:6).

Podemos imaginar que, de repente, los discípulos se sintieron como si respiraran el aire puro y fresco de la sana atmósfera del cielo. La nube de gloria descendió silenciosamente como un resplandor de niebla enjoyada y radiante, envolviéndolos. En este estado de éxtasis celestial, la áspera calzada parecía una calle de oro puro. Las piedras desgastadas por el tiempo y esparcidas a lo largo del camino comenzaron a brillar como las que adornan la Nueva Jerusalén. La arena se convirtió en cristal puro, y en lugar de estar en las orillas del Cedrón, estuvieron expectantes en las orillas del río de la vida. (Véase Apocalipsis 21:2, 18-21; 22:1.)

Esta era tierra santa, el lugar donde se quitan los zapatos. La dedicación del Tabernáculo en el desierto y del Templo en Jerusalén probablemente pasó por la mente de los apóstoles. Aquellos sitios estaban tan llenos de la gloria shekinah de Dios que Moisés no podía entrar en el Tabernáculo, ni los sacerdotes podían seguir ministrando en el Templo (Éxodo 40:34-35; II Crónicas 5:13-14).

Sin duda, Pedro, Santiago y Juan recordaron vívidamente el monte de la transfiguración, donde la nube de gloria los rodeó, el rostro de Jesús brilló como el sol y su ropa era de un blanco brillante (véase Mateo 17:2; Marcos 9:3; Lucas).

Jesús había prometido revelar al Padre claramente, por lo que todo lo que dijo e hizo en este momento estaba diseñado para llevarlos al Padre. En la transfiguración, una voz habló desde la nube, “Este es mi Hijo amado; a él oíd” (Lucas 9:35). En aquella ocasión, no alcanzaron a ver al que hablaba. Sin embargo, tal vez ahora esperaban ver a Aquel que escucharon en aquella ocasión.

Jesús continuó: “como le has dado potestad sobre toda carne, para que dé vida eterna a todos los que le diste. Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado” (Juan 17:2-3).

Estas palabras sin duda recordaron a los discípulos lo que Él había dicho momentos antes: “Y harán esto porque no conocen al Padre ni a mí” (Juan 16:3). Era la segunda vez en pocos minutos que Jesús subrayaba la importancia de conocer al Padre y a sí mismo. Una vez más, vinculó inextricablemente al Padre con Él mismo. Además, ahora afirmaba que la vida eterna dependía de este conocimiento imperioso. Ansiosamente, esperaban su presentación al Padre.

Jesús continuó orando: “Yo te he glorificado en la tierra; he acabado la obra que me diste que hiciese. Ahora pues, Padre, glorifícame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese” (Juan 17:4-5). Habló de la gloria que Dios había planeado para Él como hombre desde el principio. Esa gloria se revelaría a través de su muerte, resurrección y ascensión.

A continuación, Jesús oró por sus discípulos, y siguió relacionando al Padre con Él mismo. Por ejemplo, afirmó: “Yo ruego por ellos; no ruego por el mundo, sino por los que me diste; porque tuyos son, y todo lo mío es tuyo, y lo tuyo mío; y he sido glorificado en ellos” (Juan 17:9-10). Tal lenguaje entrelazaba al Padre y a Él mismo tan estrechamente como para ser inseparables. (Véase Juan 14:9-10.)

Jesús se centró en su futuro. Era evidente que los amaba mucho, que se preocupaba honestamente por su bienestar y que se preocupaba mucho por su futuro. Ellos eran esenciales para Él, y su oración al Padre los hizo muy conscientes de ello.

Reconoció que habían cumplido la palabra del Padre; eran obedientes. Les aseguró el amor, el cuidado y la alegría del Padre. Con esta poderosa oración, sin duda experimentaron una tremenda visitación de la shekinah. La gloria que los rodeaba era suya gracias a Jesús.

¿Pero dónde estaba el Padre? A pesar de esta hermosa visita de gloria, ninguno de ellos lo había visto todavía! Aunque se deleitaban en la gloria que Jesús dijo que les había dado, tal vez sentían que algo quedaba por hacer. Él les había prometido mostrarles claramente al Padre, pero probablemente no comprendían del todo la revelación. El Padre era todavía un misterio, todavía oscuro, todavía desconocido.

Pero Jesús había cumplido su palabra. La maravillosa shekinah, la imponente presencia de Dios los había rodeado. Los había sacado de sí mismos, abrumándolos en un resplandor de gloria exultante.

Cinco veces en Su oración, Jesús pronunció las palabras “tú me enviaste” [a Mí]. Con esta frase, se vinculó a sí mismo con el Padre.

Aunque no lo comprendieron del todo, desde la revelación de sí mismo en el aposento alto hasta este momento, les había presentado al Padre de una manera que no habían previsto. Jesús reiteró lo que había expresado una y otra vez: el Padre estaba en Él, en el templo de su cuerpo. A causa de la vestimenta de carne, no podían captarlo, pues siempre buscaban más allá del hombre, del Hijo, a otro ser. Pero habían estado en la presencia de la majestad de lo Alto y lo estaban mirando en ese momento. En Juan 1:18, el apóstol resumió su fe madura y su comprensión del Todopoderoso declarando, “A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer”. Afirmó que Jesucristo era la declaración de Dios en la tierra. Él es el único que veremos. Él “es la imagen del Dios invisible” (Colosenses 1:15). (Véase también II Corintios 4:4.)

Cuando los apóstoles, después de la Resurrección, entraron de nuevo en esta presencia divina que experimentaron aquí, la reconocieron enseguida. Ya no se preguntaron ni dudaron después de que Tomás lanzara su grito de reconocimiento instantáneo y explícito. El Padre que buscaban, el que anhelaban ver en esta ocasión, el que esperaban, estaba inextricablemente unido al que conocían tan bien, al que habían acompañado durante tres años y medio. En aquel momento, le conocieron. Luego, por fin, lo entendieron claramente.

Pero ahora, de repente, volvieron a la realidad. La gloria se levantó, y la presencia abrumadora se desvaneció. Ya no estaban de pie en las calles de oro, con las piedras brillantes brillando a su alrededor, sino que estaban de vuelta en la dura superficie de la calzada donde cruzaba el Cedrón. La arena seguía allí, y las piedras permanecían. Los matorrales de la ribera del Cedrón se mecían débilmente con la brisa. La luna bajaba en el cielo nocturno del oeste y su brillo disminuía. Jesús les indicó que le siguieran mientras se dirigía lentamente hacia el Cedrón.

Todo parecía un sueño, pero sabían qué había sucedido. ¿Qué les esperaba ahora a Jesús y a ellos mismos? El Huerto de Getsemaní no estaba a muchos pasos de distancia. Se dirigió en esa dirección. Era su lugar favorito cuando estaba muy agobiado. Su semblante cambió lentamente a medida que se acercaba. Pronto vieron la silueta de las higueras. Los discípulos, cansados y agobiados, se desplomaron a su lado. Jesús hizo una señal a Pedro, Santiago y Juan para que le acompañaran unos pasos más allá. Les indicó un sitio para que esperaran mientras Él avanzaba entre los árboles.

El capítulo 17 cierra la parte del Evangelio de Juan en la que Jesús sentó las bases para su revelación. Al día siguiente, cuando el soldado romano le clavara la lanza en el costado, el velo se rasgaría en el Templo de Jerusalén. ¡La Majestad en lo Alto se revelaría finalmente a cada verdadero creyente como residente en el Señor Jesucristo!

# *Parte 3*

## *La Pasión de Jesús*

### **Capítulo 19**

#### **Jesús en el Juicio**

#### **Preguntas en Juan 18**

1. (18:4) ¿A quién buscáis?
2. (18:11) Mete tu espada en la vaina; la copa que el Padre me ha dado, ¿no la he de beber?
3. (18:17) ¿No eres tú también de los discípulos de este hombre?
4. (18:21) ¿Por qué me preguntas a mí?
5. (18:22) ¿Así respondes al sumo sacerdote?
6. (18:23) Si he hablado mal, testifica en qué está el mal; y si bien, ¿por qué me golpeas?
7. (18:25) ¿No eres tú de sus discípulos?
8. (18:26) ¿No te vi yo en el huerto con él?
9. (18:29) ¿Qué acusación traéis contra este hombre?
10. (18:33) ¿Eres tú el Rey de los judíos?
11. (18:34) ¿Dices tú esto por ti mismo, o te lo han dicho otros de mí?
12. (18:35) ¿Soy yo acaso judío? Tu nación, y los principales sacerdotes, te han entregado a mí. ¿Qué has hecho?
13. (18:37) ¿Luego, eres tú rey?
14. (18:38) ¿Qué es la verdad?
15. (18:39) Pero vosotros tenéis la costumbre de que os suelte uno en la Pascua. ¿Queréis, pues, que os suelte al Rey de los judíos?

#### **Jesús Se Somete a Sus Enemigos (Juan 18:1-14)**

Al cruzar el Cedrón, Jesús y sus discípulos fueron directamente al Huerto de Getsemaní. Mateo, Marcos y Lucas escribieron sobre la agonía de Jesús al someterse a la voluntad de Dios en la oración, pero Juan no lo hizo. En cambio, tuvo un motivo diferente para incluir la escena del huerto en su Evangelio.

Juan 18:4 dice que Jesús sabía “todas las cosas que le iban de sobrevenir”. Es otra declaración de Su omnisciencia. A estas alturas, no debería ser difícil determinar que el propósito de Juan al escribir su Evangelio era describir no solo la humanidad de Jesús, sino también su deidad. El tono y el matiz están presentes en este comentario.

Juan hizo hincapié en el enfrentamiento con los hombres de los sumos sacerdotes y los fariseos que, dirigidos por Judas, llegaron con linternas, antorchas y armas. Jesús dejó su lugar

de oración agónica y salió al encuentro de esta banda militante, confrontándolos inmediatamente con: “¿A quién buscáis?” Ellos respondieron bruscamente: “A Jesús nazareno”, ante lo cual Jesús reconoció: “Yo soy”. (Véase Juan 18:4-5).

Inmediatamente, se desplomaron torpemente hacia atrás, tropezando unos con otros y cayendo al suelo con evidente vergüenza. Cayeron ante el poder abrumador de la imponente presencia de Dios, que siempre residía en Cristo. Viniendo de una reunión de oración en la que, en agonía, se sometió plena e inequívocamente a la voluntad del Padre, no tuvo miedo de todos los hombres armados del mundo. No eran más que masilla en sus manos si no estaba dispuesto a someterse.

Al igual que en los capítulos 8 y 13, Jesús se identificó como “Yo soy”, con la palabra “él” suprimida por los traductores. Como ya se ha señalado, hay una fuerte alusión a su deidad en esos contextos.

Cuando el grupo de hombres armados finalmente se recuperó y se desenredó, volvieron a enfrentarse a Él con cautela, sin saber qué esperar. Él repitió su pregunta.

Ellos reiteraron su petición, probablemente en un tono mucho menos vehemente. Jesús respondió de la misma manera. Esta vez no tropezaron. La primera ocasión los dejó impresionados de que estaban indefensos si Él prefería no ser llevado. Su autoridad superaba a todos los principados y potestades que se le enfrentaban. (Véase Colosenses 1:16; 2:10.) Solamente cuando Él se sometiera voluntariamente podrían tomarle.

Un factor que falta en este relato es que Judas traicione a Jesús con un beso. El énfasis de Juan no estaba en Judas, su fracaso o su traición; estaba en la reacción de los hombres de los fariseos y de los jefes de los sacerdotes cuando Jesús respondió: “¡Yo soy!” Juan ni siquiera se ocupó de los apóstoles, que dormían. Al mismo tiempo, Jesús oraba, ni su extrema agonía mientras oraba. Juan pasó por alto estas cosas para cumplir su propósito de escribir su libro. Cuando Jesús contestó por segunda vez, no ejerció ningún poder sobrenatural para enviarlos hacia atrás como al principio. Sin embargo, ahora estaba resignado y solo pedía que se permitiera a sus discípulos seguir su camino. ¡Por fin había llegado su hora!

Sin embargo, esta acción no le gustó a Pedro, pues consideraba que estas autoridades interferían en la voluntad de Dios. Por alguna razón, tenía su espada consigo, y, rápido como un rayo, la desenfundó, la blandió y le cortó la oreja derecha al siervo del sumo sacerdote. ¡Probablemente, pretendía abrirle la cabeza de par en par, pero su puntería era imperfecta!

En un tono no condenatorio, pero que no absolvía el acto, Jesús amonestó a Pedro para que guardara su espada, ya que estaba listo para beber de la copa que su Padre le dio. Estaba dispuesto a cumplir el propósito por el que había venido al mundo. No necesitaba que sus discípulos lo protegieran de ninguna manera.

Con gracia se inclinó, recogió la oreja y la volvió a colocar en la cabeza de Malco, un milagro verdaderamente magnífico. (Véase Lucas 22:50-51.) Sin embargo, Juan no registra esta acción.

El punto más crítico para Juan era el poder sobrenatural de la presencia de Jesús (omnipotencia cuando era abordado por Sus enemigos). Nadie podía tocarlo sin su permiso expreso.

Esta verdad se demostró acertadamente en Juan 8:59. Cuando la gente intentó apedrearlo por blasfemia, Él se escabulló. En ese momento, no era su hora. ¡Pero ahora sí lo era!

### **La Negación de Pedro y el Juicio ante el Sumo Sacerdote (Juan 18:15-27)**

Jesús le había dicho a Pedro que depusiera su espada y, por ende, su naturaleza impulsiva. Necesitaba ser vencido y humillado; tenía que reconocer la supremacía de Jesús, sobre todo. Si iba a ser un portavoz ungido de la iglesia, ¡las cosas tenían que cambiar en su vida!

En este punto, la profecía del Señor sobre el canto del gallo se hizo evidente. Pedro tenía que darse cuenta de que Jesús tenía conocimiento previo. Jesús sabía que Pedro lo negaría tres veces antes de que el gallo cantara, y lo predijo. Ahora estaba a punto de suceder. De nuevo, vemos un ejemplo de la omnisciencia de Cristo.

Los acontecimientos anteriores habían consumido la mayor parte de la noche. Estaba a punto de amanecer, el momento en que el gallo anunciaba el nuevo día. Los oficiales y los sacerdotes apresaron a Jesús sin oponer resistencia. Sin duda, los discípulos se sorprendieron dolorosamente ante este giro de los acontecimientos. Anteriormente, cuando las autoridades intentaban apresarle, siempre escapaba con facilidad.

Las autoridades ataron a Jesús, la primera vez que lo privaban de su libertad, y lo llevaron a casa de Anás, el suegro del sumo sacerdote. Anás lo envió atado a Caifás, el sumo sacerdote. Juan los acompañó, pero Pedro se quedó fuera.

Al darse cuenta de que Pedro no estaba, Juan lo buscó, lo encontró de pie fuera de la estancia y le hizo señas para que entrara. Probablemente, Juan pensó que Pedro resistiría a las autoridades y hablaría en nombre de Cristo. Pero si eso es lo que supuso, quedó tristemente decepcionado. En cambio, Pedro lo negó descaradamente tres veces.

La joven, a la que Juan persuadió para que admitiera a Pedro en el patio, le acusó de ser discípulo de Jesús. Atrevidamente, Pedro replicó: “¡No lo soy!”. Mientras Pedro se calentaba alrededor del fuego de la madrugada, otro le preguntó: “¿No eres tú uno de sus discípulos?”

Rápidamente, negó: “¡No lo soy!”. Un pariente de Malco, a quien Pedro cortó la oreja en el huerto, le preguntó: “¿No te vi yo en el huerto con Él?”. Entonces, mientras Pedro volvía a negar, amaneció y el gallo lo anunció, cantando ruidosamente.

El relato de Mateo es bastante interesante, al relatar que el último en interrogarle le reprendió: “Verdaderamente, también tú eres de ellos, porque aún tu manera de hablar te descubre. Entonces él comenzó a maldecir, y a jurar: No conozco al hombre. Y en seguida cantó el gallo. Entonces Pedro se acordó de las palabras de Jesús, que le había dicho: Antes que cante el gallo, me negarás tres veces. Y saliendo fuera, lloró amargamente” (Mateo 26:73-75).

Cuando Pedro maldijo y juró negar a Jesús, Jesús se volvió y lo miró (Lucas 22:61). Pedro sintió el aguijón de esa mirada penetrante y reconoció que su jactancia había sido una farsa cobarde. Rompió a llorar en amargo arrepentimiento. Percibió que Jesús le conocía mejor que él mismo. A partir de ese momento, no leemos nada de su impulsividad. ¡Estaba curado!

### **El Rey de los Judíos (Juan 18:28-40)**

A diferencia de los otros evangelios, Juan no menciona nada sobre la comparecencia de Jesús ante el consejo judío.

El resto del capítulo 18 describe su juicio ante Pilato, el gobernador romano. Cuando Pilato le preguntó si era el rey de los judíos, Jesús respondió que su reino no era de este mundo, pero no negó que fuera un rey. Pero, por supuesto, para los judíos solo había un rey: Jehová (Isaías 44:6). El Nuevo Testamento también atribuye la deidad al Rey: “Por tanto, al Rey de los siglos, inmortal, invisible, al único y sabio Dios, sea honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén” (I Timoteo 1:17). “La cual a su tiempo mostrará el bienaventurado y solo Soberano, Rey de reyes, y Señor de señores, el único que tiene inmortalidad, que habita en luz inaccesible; a quien ninguno de los hombres ha visto ni puede ver, al cual sea la honra y el imperio sempiterno. Amén” (I Timoteo 6:15-16). (Véase también Apocalipsis 17:14; 19:16.)

En realidad, Jesús reconoció que Él era el Rey al que se refieren las Escrituras. Solo hay un Rey divino. ¡Él es ese Rey!

Pilato permitió que el pueblo eligiera entre Jesús y otro para ser liberado de la prisión en este día especial. El pueblo gritó con vehemencia a favor de Barrabás. Con esa acción, expresaron su opinión negativa sobre Cristo.

# Capítulo 20

## Destruye este Templo

### Preguntas en Juan 19

1. (19:9) ¿De dónde eres tú?
2. (19:10) ¿A mí no me hablas? ¿No sabes que tengo autoridad para crucificarte, y que tengo autoridad para soltarte?
3. (19:15) ¿A vuestro Rey he de crucificar?

Uno de los propósitos de Juan al escribir este Evangelio era establecer, sin una sombra de duda, que Jesús era un ser humano real. Experimentó todas las emociones humanas, estuvo dotado de todos los sentidos, necesitó descanso, pasó hambre, se relacionó con amigos y enemigos, y finalmente sufrió el rechazo, el dolor y la muerte. Su vida no fue vivida en un rincón, sino que estuvo expuesta a una innumerable compañía de personas.

Como ser humano, no hay duda de que realizó curaciones milagrosas, resucitó a los muertos, expulsó a los demonios, alimentó a los pobres y perdonó a los pecadores. Las multitudes necesitaban ser testigos de estas cosas. Más tarde, los burlones negarían su existencia, pero estos numerosos testigos podrían verificarlo.

Era conveniente que Jesús se enfrentara, de tú a tú, a la cúpula del mundo judío y gentil. Por lo tanto, se enfrentó al sumo sacerdote judío, Caifás, y al consejo, donde se presentaron cargos contra Él. De ahí, fue asignado al gobernador romano, Pilato. La influencia de Jesús permeó el palacio y penetró en todos los niveles de la sociedad. Cuando fue juzgado por Pilato, los jefes de los sacerdotes, los gobernantes y los ancianos de los judíos lo acusaron de blasfemia y pidieron su crucifixión. Aunque no se les permitía dictar esta sentencia, exigieron a Pilato que lo hiciera. No encontrando ninguna falta en Él, Pilato intentó despedirlo, queriendo quitárselo de encima. Pero los judíos gritaron: “Si a este sueltas, no eres amigo de César; todo el que se hace rey, a César se opone. (Juan 19:12).

Finalmente, la presión de los judíos obligó a Pilato a liberar a Barrabás y a enviar a Jesús para que fuera crucificado. ¡El clamor de la multitud exigía su muerte!

Sin duda, algunos de los presentes ese día habían estado en el Templo cuando Jesús expulsó a los cambistas, volcando las mesas y esparciendo su dinero. Su acción había indignado a los líderes judíos hasta el punto de que exigieron: “¿Qué señal nos muestras, ya que haces esto? Respondió Jesús y les dijo: Destruid este templo, y en tres días lo levantaré” (Juan 2:18-19).

Por el testimonio de los demás evangelistas, sabemos que este encuentro con los judíos fue la única prueba sólida presentada contra Jesús en el juicio. “Y los principales sacerdotes y los ancianos y todo el concilio buscaban falso testimonio contra Jesús, para entregarle a la muerte, y no lo hallaron, aunque muchos testigos falsos se presentaban. Pero al fin vinieron dos testigos falsos, que dijeron: Este dijo: Puedo derribar el templo de Dios, y en tres días reedificarlo. Y levantándose el sumo sacerdote, le dijo: ¿No respondes nada? ¿Qué testifican estos contra ti? Más Jesús callaba” (Mateo 26:59-63).

Después de que el sumo sacerdote lo examinara más a fondo, Jesús predijo que verían al Hijo del Hombre venir con poder en las nubes. Ante esto, el sumo sacerdote se rasgó las vestiduras y dijo: “¡Ha blasfemado! ¿Qué más necesidad tenemos de testigos?” (Mateo 26:65).

Lo que calificaron de blasfemia fue el tono. Cuando habló de levantar el templo, se refería a su cuerpo (Juan 2:21). Él mismo se levantaría de la tumba. Para hacerlo, ¡tenía que ser Dios Todopoderoso!

Así que, a menudo en la vida, muchas declaraciones o acciones son interpretadas o aplicadas erróneamente. Los seres humanos tienen la habilidad de retorcer y dar vueltas a las cosas hasta que tienen poca apariencia de su verdadero significado. Eso ocurrió aquí. Las autoridades y el sumo sacerdote entendieron que Jesús estaba amenazando su Templo en Jerusalén, cuando Él tenía algo totalmente diferente en mente.

¿Con qué frecuencia los malentendidos terminan en circunstancias trágicas? Sus palabras le costaron la vida. Él sabía que lo que estaba haciendo lo llevaría a la cruz, pero lo dijo porque era verdad. Debido a que el Padre residía en Él, ¡poseía el poder de construir el templo de nuevo!

Destruir el templo—los judíos y los romanos estaban ahora en el proceso de lograrlo, pero no sabían lo que estaban haciendo. Pablo explicó más tarde: “Más hablamos sabiduría de Dios en misterio, la sabiduría oculta, la cual Dios predestinó antes de los siglos para nuestra gloria, la que ninguno de los príncipes de este siglo conoció; porque si la hubieran conocido, nunca habrían crucificado al Señor de gloria” (I Corintios 2:7-8). ¡Sin embargo, lo estaban haciendo! ¿Por qué? “Porque no conocen al Padre ni a mí” (Juan 16:3).

Como gobernador romano de Judea, Pilato tenía el poder de liberar o crucificar a Jesús. Juan 18-19 registra cinco interrogatorios o enfrentamientos de Pilato con Jesús. (Véase Juan 18:29-19:16.) Como haría cualquier juez, primero preguntó a los que lo habían traído: “¿Qué acusación traéis contra este hombre?” Cuando los judíos no expresaron nada sustancial contra Él, trató de devolver a Jesús a los judíos, diciendo: “Tomadlo y juzgado según vuestra ley.” Los judíos se apresuraron a replicar: “No nos es lícito dar muerte a nadie”

Pilato volvió a la sala de juicios e interrogó a Jesús por segunda vez. En esta ocasión Pilato le interrogó con más detalle, preguntando: “¿Eres tú el Rey de los judíos?” Finalmente,

para responder a la pregunta de Pilato y hacerle enfrentarse él mismo a la cuestión, Jesús inquirió: “¿Dices tú esto por ti mismo, o te lo han dicho otros de mí?” Pilato reprendió: “¿Soy yo un judío? Tu nación y los sumos sacerdotes te han entregado a mí: ¿Qué has hecho?” (Juan 18:33-35)

En la conversación que siguió, Jesús reconoció que tenía un reino, no de este mundo. A continuación, Pilato le preguntó: “¿Luego, eres tú rey?” “Tú dices que yo soy rey”, respondió Jesús. “Yo para esto he nacido, y para esto he venido al mundo, para dar testimonio a la verdad. Todo aquel que es de la verdad, oye mi voz”. (Juan 18:36-37)

Pilato sabía que tenía en sus manos a alguien que era diferente al común de los hombres. ¿De qué verdad estaba hablando? ¿A qué se refería? Para descubrir la profundidad de la sabiduría de este hombre, Pilato preguntó, “¿Qué es la verdad?” (Juan 18:38)

Este segundo interrogatorio hizo que Pilato se detuviera, mirara y escuchara. ¿Podría manejar a este hombre? ¿Debía pronunciar un juicio contra él? Las acusaciones de los judíos eran muy endebles. ¿Por qué debería juzgarlo? Pensó Pilato. Ya que es la época de liberar a un prisionero, dejaré que los judíos lo liberen a Él o a otro.

Saliendo de la sala de juicios, se enfrentó a los judíos: “Yo no hallo en él ningún delito. Pero vosotros tenéis la costumbre de que os suelte uno en la Pascua. ¿Queréis, pues, que os suelte al Rey de los judíos?” Inmediatamente, los judíos clamaron por la liberación de Barrabás, un ladrón. (Juan 18: 38-39).

Después de haber hecho azotar a Jesús, Pilato lo entregó a los soldados, quienes confeccionaron una corona de espinas, se la pusieron en la cabeza, lo envolvieron con un manto de púrpura y luego gritaron en tono de burla: “¡Salve, Rey de los Judíos!” Luego, no contentos con el insulto, comenzaron a abofetearle con las manos. (Juan 19: 3).

Pilato aconsejó a los judíos: “Mirad, os lo traigo fuera, para que entendáis que ningún delito hallo en él” (Juan 19:4). Uno se pregunta si Pilato no encontró ninguna falta en Él, nada digno de ser crucificado, ¿por qué lo hizo azotar? No había ninguna razón para tal tratamiento de un hombre inocente. Sin embargo, había que imponerle los azotes en la espalda porque “y por su llaga fuimos nosotros curados” (Isaías 53:5).

Cuando Jesús salió ante la multitud, Pilato proclamó: “¡He aquí el hombre!” (Juan 19:5). En este momento, Pilato no era consciente de quién era Jesús. Sabía que los judíos clamaban por la vida de este hombre, pero sabía poco sobre Él. Pilato lo veía como un hombre más, tal vez uno que intentaba elevarse a una posición jerárquica. Todavía no había tomado una posición severa sobre las reclamaciones judías.

Inmediatamente los judíos gritaron: “¡Crucifícale! ¡Crucifícale!”. Respondiendo a su grito, por tercera vez, Pilato reiteró: “Yo no hallo delito en él” (Juan 19:6).

Los judíos, decididos a forzar la situación y crucificar a Cristo, insistieron: “Nosotros tenemos una ley, y según nuestra ley debe morir, porque se hizo a sí mismo Hijo de Dios” (Juan 19:7).

Al oír esta acusación de que Jesús era el Hijo de Dios, Pilato se asustó y volvió a la sala de juicios para enfrentarse a Jesús por cuarta vez. Esta vez las cosas fueron más serias. Pilato preguntó: “¿De dónde eres tú?”. Jesús no respondió. Entonces Pilato le advirtió: “¿A mí no me hablas? ¿No sabes que tengo autoridad para crucificarte, y que tengo autoridad para soltarte?” (Juan 19:9-10).

La respuesta de Jesús sobresaltó a Pilato: “Ninguna autoridad tendrías contra mí, si no te fuese dada de arriba; por tanto, el que a ti me ha entregado, mayor pecado tiene” (Juan 19:11).

Su respuesta inquietó a Pilato. Tal vez se dio cuenta de que estaba tratando con una persona con capacidades sobrenaturales. Este no era un hombre ordinario. Posiblemente, sintió una presencia divina que lo intimidaba. Jesús insinuó que Pilato había pecado, aunque el pecado de los líderes judíos al entregarle a Jesús fue mayor. La fuerza con la que Jesús lo dijo no dejaba lugar a dudas de que era cierto. Él sería responsable de ello. ¿Cómo podría quitárselo de encima? ¿Qué podía hacer para apaciguar a este hombre y reparar de alguna manera su error? ¡Tiene que haber una manera!

¿Era posible que Pilato estuviera llegando a la fe? Independientemente de su posición en la sociedad, nadie permanece igual después de encontrarse con Jesús. O uno se siente atraído por Él o se aleja de Él. Los líderes judíos lo rechazaron, pero Pilato pareció ganarse el respeto de Jesús. Desde el principio no encontró en Él ninguna falta digna de muerte, y ahora sentía una gran compulsión por defenderlo ante la turba. Cuando finalmente fue aclamado: “He aquí vuestro Rey” (Juan 19:14), debió de estar convencido, al menos hasta cierto punto, ¡de que así era!”

Sin duda, era un hombre débil, especialmente ante una oposición importante. Uno de los otros escritores de los Evangelios relató que tomó una palangana de agua y se lavó las manos, proclamando; que estaba libre de la sangre de este hombre. Este intento de quitarse el pecado de encima fue un acto cobarde y estaba condenado al fracaso a los ojos de Dios. ¿Pero cuántos de nosotros habríamos tomado la misma decisión? ¿Y cuántos siguen tomando la misma decisión hoy en día? Todo rechazo a Cristo hoy se alinea con la multitud que gritó: “¡Crucifícalo, crucifícalo!”

El anuncio “He aquí a vuestro Rey” provocó el grito de los judíos de que no tenían más rey que el César. Pilato soltó a Jesús para que fuera crucificado, aunque no encontró ninguna falta en él. Con ello, los soldados condujeron a Jesús al Gólgota, el lugar de la ejecución.

Pilato debió creer hasta cierto punto en la pretensión de Jesús, pues colocó en su cruz un título que decía “JESÚS NAZARENO, REY DE LOS JUDÍOS” (Juan 19:19), en tres idiomas,

hebreo, griego y latín. Quería que nadie malinterpretara lo que había escrito. Cuando los judíos lo vieron, trataron de obligarle a cambiarlo por “él dijo: Soy Rey de los judíos”. Sin embargo, él no cedió, manteniendo: “Lo que he escrito, he escrito” (Juan 19:21-22).

¿Por qué Juan se expande tanto sobre el papel de Pilato en la crucifixión? Ninguno de los demás evangelistas lo hizo. Juan reconoció que Pilato, de alguna manera, vislumbró la identidad de Jesucristo, que era mucho más que un hombre, que estaba de alguna manera entrelazado con la deidad, y no lo negó.

Lo que los jefes de los sacerdotes y los gobernantes consideraban una blasfemia se convirtió en la salvación del mundo, la restauración de los creyentes a su posición original con Dios. La cruz detuvo la espada flamígera en el Edén, allanando el camino para que la humanidad volviera al paraíso de Dios. Había llegado el final, la hora a la que Jesús aludía a menudo diciendo: “Mi tiempo aún no ha llegado” (Juan 7:6).

Pedro explicó más tarde el significado de esta hora: “sabiendo que fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir, la cual recibisteis de vuestros padres, no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación, ya destinado desde antes de la fundación del mundo, pero manifestado en los postreros tiempos por amor de vosotros, y mediante el cual creéis en Dios, quien le resucitó de los muertos y le ha dado gloria, para que vuestra fe y esperanza sean en Dios” (I Pedro 1:18-21).

Mientras Jesús colgaba de la cruz, los soldados vinieron a romperle las piernas. Querían acelerar su muerte, ya que era ilegal tener a alguien colgado en una cruz en sábado. Sin embargo, encontraron a Jesús ya muerto. Uno de los soldados le clavó una lanza en el costado, y la sangre y el agua brotaron.

José de Arimatea y Nicodemo pidieron a Pilato el cuerpo de Jesús. Obteniendo el permiso de Pilato, tomaron su cuerpo, lo envolvieron en ropa de lino con especias, como era la costumbre de los judíos, y lo pusieron en una tumba en un jardín cerca del lugar de la cruz.

Por fin, los dirigentes judíos habían cumplido su misión de casi tres años. Jesús estaba muerto en una tumba, y para asegurarse de que nadie robara el cuerpo, colocaron una fuerte guardia alrededor de él.

Los jefes de los sacerdotes, los fariseos, los gobernantes y muchos judíos debieron respirar aliviados. El supuesto blasfemo, su némesis, estaba muerto. No habría más problemas con él. El Templo se había salvado, y su culto a Jehová podría reanudarse sin amenazas de este hombre. ¡Su Shemá estaba a salvo de este “impostor!”

¡Era viernes – pero se acercaba el domingo!

# Capítulo 21

## En Tres Días lo Levantaré

### Preguntas en Juan 20

1. (20:13) Mujer, ¿por qué lloras?
2. (20:15) Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas?

### La Mañana de la Resurrección (Juan 20:1-25)

La mañana de la resurrección irrumpió en el mundo, clara y prometedora, borrando las espantosas y horribles horas de los últimos tres días. El mundo se había derrumbado sobre el grupo apostólico. Jesús les había advertido, pero ellos fueron víctimas de la desesperación y el dolor. La promesa de la Resurrección les había abandonado humillantemente.

El portavoz más prominente de la banda apostólica, Pedro, estaba descorazonado, desanimado y algo desilusionado; abandonó su puesto y se preparó para volver a su antigua ocupación. Sus elevadas aspiraciones para el futuro parecían condenadas al olvido. Todo había terminado. Había fracasado miserablemente al negar a su Señor después de jactarse de que nunca lo abandonaría. Su líder había sido humillado, crucificado y suspendido entre dos ladrones, sugiriendo que también era un criminal. El espectáculo había sido repulsivo. Por mucho que lo intentara, no podía borrarlo de su mente. Era una horrible pesadilla. “Es inútil y tal vez peligroso permanecer aquí”, no dudó en expresar a los demás.

Al caer la noche, la oscuridad no solo ocultaba la luz del día, sino que también anulaba su esperanza. Sin su líder, los apóstoles estaban indecisos, ovejas sin pastor. A lo largo de la inquieta noche, la desesperación fue aumentando hasta convertirse en una fatalidad irresoluble.

El sábado fue indescriptiblemente desagradable. Vagaban de un lado a otro, pero no encontraban ningún lugar en el que se sintieran seguros. Dondequiera que fueran, sospechaban que alguien los seguía. La angustia se reflejaba en sus rostros. La gente que no sabía lo que había pasado los miraba con recelo. El miedo los perseguía de tal manera que los mantenía alejados de la opinión pública.

Esa noche fue igual de mala. Se mantuvieron en las afueras de Jerusalén, tratando de mantenerse fuera de la vista de las autoridades. Pedro debió ser el peor, miserable, terriblemente molesto consigo mismo, y penosamente torturado por la culpa de haber maldecido y negado a Jesús. Sentía que los otros apóstoles, en cierta medida, lo evitaban. Durante toda la segunda noche, probablemente reflexionó sobre los acontecimientos que le habían llevado a este punto, intentando recordar cada conversación en la que Jesús pudiera

haber mencionado estas cosas. El sueño conjuró horribles pesadillas para todos ellos. Las palabras de Jesús, cuando respondió a los judíos, “Destruid este templo, y en tres días lo levantaré”, ¡desaparecieron de su conciencia!

Tal vez, también, podría haber existido cierta culpa por el hecho de que ninguno de ellos hubiera tomado parte en el cuidado del cuerpo de Jesús y en su colocación en la tumba. Dos creyentes secretos, Nicodemo y José de Arimatea, lo hicieron.

Entonces llegó el domingo, el primer día de la semana. María Magdalena y otras mujeres se apresuraron a ir al sepulcro con especias para ungir el cuerpo de Cristo. (Véase Marcos 16:1-2; Lucas 24:1.) En Mateo 28:2 se registra un gran terremoto, y un ángel vino del cielo y removió la piedra de la tumba.

Después de encontrar el sepulcro revuelto, María se apresuró a buscar a Pedro y a Juan, informándoles que la piedra había sido removida y que alguien se había llevado su cuerpo. Se apresuraron a llegar al lugar, y Juan se adelantó a Pedro. Cuando Pedro llegó, entró inmediatamente en la tumba y encontró que el cuerpo de Jesús había desaparecido. Juan entró y, al ver que el cuerpo había desaparecido, hizo constar que creía. Sin embargo, ninguno de los dos conocía aún la Escritura sobre su resurrección de entre los muertos (Juan 20:9). Después de tres años y medio, sus declaraciones sobre la resurrección no habían penetrado en sus conciencias porque era muy increíble.

Ellos se fueron a sus respectivas casas, pero María se quedó en la tumba. Finalmente, se agachó y, mirando dentro de la tumba, vio a dos ángeles sentados, uno a la cabecera y otro a los pies, donde había yacido el cuerpo de Jesús.

Jesús estaba allí cuando ella se volvió, pero no lo reconoció. Él le preguntó por qué lloraba, y ella le dijo que se habían llevado su cuerpo. En ese momento, Él dijo: “María”. Ella reconoció enseguida su voz, pero Jesús le prohibió que lo detuviera. A su orden, corrió de nuevo hacia Pedro y los demás discípulos y les contó lo sucedido.

Esa misma noche, los discípulos se reunieron en su escondite –temerosos de los judíos –y Jesús se les apareció. Les dijo, “Paz a vosotros. Como me envió el Padre, así también yo os envío. Y habiendo dicho esto, sopló, y les dijo: Recibid el Espíritu Santo; A quienes remitiereis los pecados, les son remitidos; y a quienes se los retuviereis, les son retenidos” (Juan 20:21-23).

Jesús transfirió la autoridad indiscutible de remitir o retener los pecados a los hombres mortales. ¿Acaso se les encargó que hablaran como lo hizo Jesús al paralítico, “Hijo, los pecados te son perdonados”, o a la mujer tomada en adulterio: “¡Tampoco yo te condeno; vete y no peques más!”

No es así. Aquí simplemente encontramos el relato de Juan de la gran comisión. Al estudiar la Palabra de Dios, descubrimos una sola manera en que una persona tiene autoridad

para remitir los pecados: cuando bautiza a un converso en el nombre de Jesucristo. En respuesta a la pregunta de los pecadores culpables, “Varones hermanos, ¿qué haremos?” Pedro, junto con el resto de los apóstoles, respondió: “Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo” (Hechos 2:37-38). ¡El mandato de bautizar en el nombre de Jesucristo para la remisión de los pecados es el mandato de remitir los pecados!

### **La Confesión de Tomás (Juan 20:24-31)**

Como hemos visto, el propósito de Juan al escribir su Evangelio era describir la verdadera identidad de Jesucristo, situándola en su justa perspectiva. Al concluir su Evangelio, Juan eligió el incidente más crítico para el clímax. Lo buscó cuidadosamente a lo largo de todo el Evangelio. Centró su tratado, de principio a fin, en este propósito. Aquí lo unió todo, miró a través del velo rasgado, y nos dio una visión de la plenitud de Jesucristo.

Todo discípulo necesitaba saber, sin lugar a duda, quién era Jesús. Nadie podía ser un testigo eficaz sin este conocimiento fundamental. (Véase Efesios 4:13; II Pedro 1:2-3, 8.)

Uno de los discípulos de Jesús no estaba presente cuando se les apareció por primera vez, y aún no estaba convencido. Aunque Tomás lo amaba, creía en las cosas que hacía, estaba cautivado por sus milagros, se sentía inspirado por sus enseñanzas, se emocionaba con las curaciones y se asombraba por su actitud amorosa, cuestionaba su resurrección y la vitalidad de los discípulos al respecto. Insistió, “Si no viere en sus manos la señal de los clavos, y metiere mi dedo en el lugar de los clavos, y metiere mi mano en su costado, no creeré” (Juan 20:25).

Los discípulos que se reunieron con Jesús después de su resurrección estaban tan emocionados y extasiados que apenas podían contenerse. Sin embargo, cuando le dieron la electrizante noticia a Tomás, su naturaleza dubitativa se apoderó de él y le indicó lo que debía suponer.

Jesús se apareció de nuevo a sus discípulos, esta vez con Tomás presente. Este encuentro estaba especialmente preparado para él y para todas las generaciones futuras. Como dijo Jesús en Juan 20:29, “Porque me has visto, Tomás, creíste; bienaventurados los que no vieron, y creyeron”.

Dios quiere que todos conozcan su verdadera identidad. Es esencial para la salvación de una persona. Juan 20:29 indica que la única manera de tener la vida de Dios y ser salvado es a través de la fe en Jesucristo. El nombre de Jesucristo es el nombre salvador de Dios para esta época porque incorpora la humanidad y la plenitud de la deidad.

Cuando Jesús se apareció milagrosamente, Tomás quedó asombrado al contemplar al Cristo resucitado. Jesús permanecía sereno, con su resplandor brillando en todas direcciones,

cubierto de luz como un manto. (Sus ojos brillaban como una llama de fuego, transmitiendo un mensaje de profunda preocupación y de amor escarmentado a los del apóstol incrédulo. En un gesto afectuoso, extendió sus manos perforadas por los clavos hacia Tomás, con las palmas hacia arriba para hacerlas más visibles. Le indicó con voz segura que pusiera su dedo en las huellas de los clavos. Luego, girando su costado hacia Tomás, le invitó a meter la mano en su costado desgarrado. Fue un momento que recordará para siempre, un encuentro con la deidad que resonaría a lo largo de todas las generaciones, un mundo sin fin. Tomás, temblando de emoción contenida, con su fe desbordada, gritó con júbilo, “¡Señor mío, y Dios mío!” (Juan 20:28). ¡Era la exclamación de un hombre convencido!

De repente, todo encajó. Su perplejidad desapareció al ver a Cristo glorificado. Jesús no estaba infringiendo su Shemá, sino que era la encarnación completa de lo que el Shemá enseñaba. ¡Él era el Único Señor!

Finalmente, Jesús les había mostrado claramente al Padre. ¿Por qué habían estado tan ciegos? De repente fundió todas las cosas que había dicho a los gobernantes, a los sumos sacerdotes, a los fariseos, a los judíos y a los apóstoles. Se quedó mirándolos, con el amor de Dios, reflejándose en sus ojos sobrecogedores y la gloria de Dios, brillando magníficamente en su rostro. (Véase II Corintios 4:6.)

Al igual que los demás discípulos, Tomás había recorrido finalmente un largo camino para abrazar este emocionante momento. Sin embargo, no ocurrió de la noche a la mañana. Se necesitaron tres años y medio, incluyendo la muerte, la sepultura y la resurrección de Jesús, para que fructificara.

En nuestros días, se le llama Tomás el incrédulo, pero era un pensador sabio que no emitía juicios sobre los asuntos hasta que se conocían todos los hechos. En cambio, el apóstol Pedro era un tipo temerario que, actuando por impulso, saltó y luego miró a ver dónde había saltado.

En la conversación más íntima que Jesús mantuvo con sus discípulos, Tomás fue el que cuestionó: “Señor, no sabemos a dónde vas; ¿cómo, pues, podemos saber el camino?” (Juan 14:5). En realidad, estaba expresando: “Si quieres que te sigamos, tenemos que saber a dónde vas. Dinos, y entonces sabremos cómo llegar”.

Debió de asombrarse al oír la respuesta de Jesús: “Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí. Si me conocieseis, también a mi Padre conoceríais; y desde ahora le conocéis, y le habéis visto” (Juan 14:6-7).

Sorprendido por la respuesta de Jesús, pero antes de tener la oportunidad de responder o interrogarle más, oyó a Felipe preguntar, “Señor, muéstranos el Padre, y nos basta”.

Tomás reconoció de buen grado el señorío de Cristo. Lo hizo con la pregunta de Juan 14:5. Pero fue algo más al atribuirle la deidad absoluta, como hizo Jesús consigo mismo cuando respondió a la pregunta de Felipe con: “¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros, y no me has conocido, Felipe? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre; ¿cómo, pues, dices tú: Muéstranos el Padre?” (Juan 14:9). Esto estaba más allá de su comprensión en ese momento.

La declaración de Jesús fue poderosa. No solo se asoció a sí mismo con el Padre, sino que afirmó que Él era la encarnación exhibida del Padre. El Padre del que hablaba, y sobre el que Felipe preguntaba, ¡habitaba en Él! En esencia, dijo que Él era la casa terrenal del Padre celestial, el templo, el tabernáculo.

La Biblia no dice si Felipe y los otros apóstoles entendieron completamente lo que Jesús dijo en ese momento. Pero una cosa es segura, ¡Tomás no lo hizo!

Una semana después, se negó a aceptar el testimonio de los otros discípulos sobre la resurrección de Jesucristo. En lo más profundo de su corazón había dudas sobre Jesús, a pesar de que había experimentado muchas cosas notables sobre Él. Si Jesús era lo que decía de sí mismo, y si se levantó de entre los muertos, como declaraban ahora sus discípulos, ¡tenía que ser Dios!

Para los judíos, cualquier intento de un hombre de reclamar la deidad se consideraba una infracción de su Shemá y, por lo tanto, una blasfemia. Tomás era judío. La fe completa en la identidad de Jesús no le resultó fácil ni a él ni a ningún apóstol.

Juan fue el único escritor de los Evangelios que mencionó este incidente sobre Tomás. Su propósito era presentar la humanidad y la deidad de Jesucristo. Como resultado, la revelación de Tomás encaja perfectamente en el propósito de Juan.

La confesión de Tomás es el último incidente que Juan utilizó para demostrar su tesis. El incidente final le convenció, y era optimista de que también persuadiría a otros. Como dijo en su prólogo, “Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad”.

Cuando Tomás atribuyó la divinidad a Cristo resucitado, no pensó en la doctrina trinitaria del siglo IV de nuestra era. Ningún apóstol sabía nada de ese concepto. Eso solo vendría de la apostasía, con la mezcla de paganismo y cristianismo, algunos siglos después. Así que, en su lugar, Tomás y los demás apóstoles confesaron a Jesús como Dios desde la perspectiva de los judíos que creían en un solo Dios sin distinción de personas.

Todo lo que Tomás creía que era Dios formaba parte de su exclamación. En primer lugar, vio al Dios de sus padres manifestado en la carne del Hijo de Dios. Después, afirmó la filiación de Jesucristo, su humanidad. Y aún más, ¡confirmó la plenitud de la deidad que

habitaba perfectamente en Él! Como afirmó Juan en su prólogo, “Porque de su plenitud tomamos todos, y gracia sobre gracia” (Juan 1:16).

Finalmente, Tomás comprendió lo que Jesús dijo en Juan 14:7, esa conversación íntima en la que afirmó: “Si me conocieseis, también a mi Padre conoceríais; y desde ahora le conocéis, y le habéis visto”.

Este último incidente que Juan relató se centraba clara y llanamente en lo que se proponía demostrar. Jesús era el Dios poderoso, el Padre eterno (Isaías 9:6). Era el Dios de Abraham, Isaac y Jacob, el YO SOY de Moisés, hecho carne. Como Hijo, habitó entre nosotros, fue crucificado, se levantó de la tumba y nos redimió para sí.

Después de relatar este incidente, Juan concluyó: “Pero estas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis vida en su nombre” (Juan 20:31). ¡El Dios invisible se había hecho visible, y el que ellos contemplaban, el hombre Cristo Jesús, el que fue crucificado y se levantó de la tumba, era a la vez Señor y Dios!

Un antiguo escritor afirmó: “El Padre es lo invisible del Hijo, el Hijo es lo visible del Padre.”<sup>1</sup> Esta era la fe de los apóstoles, aunque tardaron en comprender la plenitud de la verdad.

En la exclamación de Tomás encontramos tanto el tono como el matiz. “¡Señor mío, y Dios mío!”, era el fondo de lo que Juan se proponía desvelar. Es la clara enseñanza de las Escrituras. ¡Jesucristo es la encarnación expuesta del Dios todopoderoso!

La iglesia primitiva abrazó esta fe, pero durante los primeros años del siglo II, las discusiones disidentes sobre la divinidad se alejaron lentamente de la fe de los apóstoles. El golpe final llegó en los Concilios de Nicea, en el año 325, y de Constantinopla, en el 381. Allí la doctrina trinitaria fue formulada, finalizada y declarada la fe de la iglesia, hasta el punto de que aquellos que no creían en ella fueron consignados a perderse e incluso a ser condenados a muerte. La última frase del Credo Atanasiano dice: “El que quiera salvarse debe pensar así en la trinidad; si no conserva la misma íntegra e inmaculada, sin duda perecerá eternamente.”<sup>2</sup>

Aunque siempre ha habido un remanente de creyentes en la fe apostólica original a lo largo de los años, no fue hasta principios de este siglo XX que hubo un esfuerzo organizado para restaurar plenamente su fe original. La restauración comenzó lentamente, pero ahora está creciendo a pasos agigantados.

Nadie se perderá por negar la trinidad, como se afirma en el Credo Atanasiano, ya que no hay tal lenguaje en la Biblia. Sin embargo, ¡una persona podría perderse por negar quién era y es Jesús! En respuesta a la pregunta, “¿Dónde está tu Padre?” Jesús declaró claramente: “Por eso os dije que moriréis en vuestros pecados; porque si no creéis que yo soy, en vuestros pecados moriréis. . . . Pero no entendieron que les hablaba del Padre” (Juan 8:19, 24, 27) .

La gran verdad de la confesión de Tomás es fundamental. La vida eterna está en el nombre de Jesucristo (Juan 20:31) porque el Dios eterno habitó en Él corporalmente (Colosenses 2:9).

#### **Notas**

<sup>1</sup> Ireneo, citado en William B. Chalfant, *Ancient Champions of Oneness* (Hazelwood, MO: Word Aflame Press, 1979), 32.

<sup>2</sup> Credo de Atanasio, citado en George P Fisher, *History of the Christian Church*, 132.

# Capítulo 22

## La Restauración de Pedro

### Preguntas en Juan 21

1. (21:5) Hijitos, ¿tenéis algo de comer?
2. (21:12) Y ninguno de los discípulos se atrevía a preguntarle: ¿Tú, quién eres? sabiendo que era el Señor.
3. (21:15) Simón, hijo de Jonás, ¿me amas más que estos?
4. (21:16) Simón, hijo de Jonás, ¿me amas?
5. (21:17) Simón, hijo de Jonás, ¿me amas?
6. (21:21) Señor, ¿y qué de este?
7. (21:22) Si quiero que él quede hasta que yo venga, ¿qué a ti?

### Se Fueron de Pesca (Juan 21:1-11)

Tras la resurrección de Jesús y la confesión de Tomás, la escena se trasladó a Galilea. Allí, Pedro y los seis apóstoles volvieron a su antigua ocupación de la pesca.

Una vez más, la omnisciencia de Jesús queda retratada cuando, de pie en la orilla, preguntó: “Hijos, ¿tenéis algo de comer?” (Juan 21:5).

Cuando respondieron negativamente, sugirió que echaran las redes al otro lado de la barca. Como resultado, sacaron 153 peces. Fue una pesca tan fantástica que Juan se dio cuenta de que era Jesús quien estaba en la orilla. Cuando Juan dijo, “¡Es el Señor!”, Pedro se ciñó su capa de pesca, se sumergió y nadó hasta la orilla.

Siete pescadores experimentados pasaron toda la noche y no sacaron ni un pez. Sin embargo, a sugerencia de Jesús, se sacaron tantos peces de la red que fue increíble. Una vez más, se demostró su incomparable omnisciencia. Él lo sabía todo, incluso dónde estaban los peces.

### Venid a Comer (Juan 21:12-25)

Cada acción de Jesús tenía un propósito. Entonces, ¿por qué tenía una comida esperando a los apóstoles cuando se acercaban a la orilla? Había sido una noche difícil. Estaban físicamente agotados y hambrientos. Una distracción los refrescaría, y un delicioso y sabroso desayuno aliviaría su hambre. Aunque estas eran razones apropiadas, ahora surgía otra.

Pedro necesitaba ser desafiado en cuanto a su futuro. Ya que había sugerido esta aventura de pesca, ¿sería ésta su pauta para el futuro? ¿Qué pasa con las llaves del reino que Jesús le había confiado y con su vocación de apóstol? ¿Se había olvidado?

En la residencia del sumo sacerdote, había fracasado estrepitosamente. Aunque más tarde se arrepintió de ese fracaso, rápidamente volvió a su antigua ocupación.

El liderazgo prudente es un ingrediente necesario para el éxito de las empresas, y Pedro iba a ser un líder clave en la iglesia. Necesitaba reasumir su responsabilidad de liderazgo y confianza.

De pie, en la orilla arenosa de Galilea, con el humo todavía subiendo, Pedro se enfrentó al Señor en presencia de seis de sus compañeros. Después de su negación, lloró amargamente cuando el gallo cantó, pero no tuvo oportunidad de corregir su acto cobarde con Jesús. Pedro tuvo que enfrentarse ahora de lleno y sentir vivamente la decepción que, sin duda, sintió Jesús en aquel momento.

Al final, cada uno de nosotros debe enfrentarse a sus acciones, buenas o malas, como hizo Pedro. Nunca debemos imaginar que podemos evitarlo. Esta era posiblemente la última oportunidad de Pedro. Si fallaba, podía ser rechazado o perder su papel de líder en el plan de Dios.

Mientras estos discípulos comían, el tema principal de conversación era el gran botín de pescado. Sin dudarlo, honraron al Señor por su sugerencia de echar la red al otro lado de la barca. Fue un momento emocionante. La idea de vender el pescado en el mercado probablemente también era muy atractiva. Podría haber desviado fácilmente sus mentes de la misión principal.

Pero Jesús tenía en mente algo mucho más importante. Había que confrontar a Pedro sobre sus prioridades para el futuro. ¿Qué pretendía hacer?

Estando todavía en la orilla, Jesús se dirigió a Pedro y le preguntó, “Simón, hijo de Jonás, ¿me amas más que estos?” (Juan 21:15). Al pronunciar la palabra “éstos”, probablemente señaló los 153 peces. Luego, preguntó: “¿Piensas volver a tu antigua ocupación, o vas a cumplir mi encargo?”. Podemos parafrasear el resto de la conversación de la siguiente manera:

“Sí, Señor, tú sabes que te amo.”

“Muy bien, entonces, Pedro, ocúpate de Mis asuntos en lugar de los tuyos y apacienta mis corderos”. Entonces, mirando fijamente a Pedro, Jesús volvió a preguntar: “Simón, hijo de Jonás, ¿me amas?”

“Sí, Señor, tú sabes que te amo.”

Jesús imploró: “Apacienta mis ovejas”. Luego, mirando, escudriñando los ojos de Pedro, ahora llenos de lágrimas, preguntó por tercera vez: “Simón, hijo de Jonás, ¿me amas?”

Dolorosamente afligido porque Jesús le había hecho la misma pregunta tres veces, Pedro volvió a responder: “Señor, Tú lo sabes todo; Tú sabes que te amo.”

Jesús enfatizó: “Apacienta mis ovejas”.

¿Por qué las mismas tres preguntas? Puesto que Pedro había negado a Jesús tres veces en la residencia del sumo sacerdote, quizá Jesús consideró imperativo obtener tres garantías. En primer lugar, no podía permitirse que Pedro se desviara del propósito para el que había sido convocado. Su misión exigía prioridad sobre todo lo demás. ¡Debe ser la primera opción de Pedro!

Pedro no habría sido humano si, mientras presenciaba la cruz y el brutal trato que le daban a su líder, no se cuestionara si debía seguirle o volver a su antigua ocupación. Era difícil ignorar lo que Jesús había dicho a los apóstoles antes de ser crucificado: “Os expulsarán de las sinagogas; y aun viene la hora cuando cualquiera que os mate, pensará que rinde servicio a Dios” (Juan 16:2). El espectáculo de Jesús en la cruz hizo que estas palabras calaran hondo en la conciencia de Pedro. Era una posibilidad temible que fácilmente podía hacer que uno se alejara.

Jesús echó más leña al fuego cuando reveló con marcado énfasis: “De cierto, de cierto te digo: Cuando eras más joven, te ceñías, e ibas a donde querías; más cuando ya seas viejo, extenderás tus manos, y te ceñirá otro, y te llevará a donde no quieras” (Juan 21:18). De este modo, Jesús indicó que Pedro glorificaría a Dios con su muerte y luego le amonestó: “¡Sígueme!”

Por supuesto, estas palabras preocuparon a Pedro. Si continuaba con Jesús, sabía lo que finalmente significaba. A pesar de un futuro potencialmente sombrío, decidió seguir a Jesús hasta el final, sin importar las consecuencias. Al volverse, vio a Juan. Inmediatamente pensó: “Si he de morir en pos de su reino, ¿qué le ocurrirá a él? ¿Sufrirá el mismo destino? “¿Será esto cierto también para Juan?”, quiso saber Pedro.

“Deja eso en mis manos”, fue la esencia de la respuesta del Señor.

En este último incidente del Evangelio de Juan, volvemos a ver la omnisciencia de Jesús. Jesús sabía cómo moriría Pedro y lo que le ocurriría a Juan. Exhibió la presciencia, que connota la omnisciencia.

## Conclusión

El Evangelio de Juan repudia las afirmaciones de los que niegan al único Señor Dios y a nuestro Señor Jesucristo. (Véase Judas 4.) ¡Da cuenta de que los apóstoles llegaron a una identificación explícita de Jesucristo!

Los apóstoles eran personas como nosotros. Tenían sus dudas, dificultades, temores, frustraciones, ansiedades y aprensiones. Subieron y bajaron la escalera de la fe con frecuencia y, sin duda, se preguntaron por qué Dios los eligió instrumentos para propagar el Evangelio.

Juan era un ferviente creyente en el Shemá – la declaración de la absoluta unicidad de Dios. Pero, al igual que los jefes de los sacerdotes, los gobernantes, los fariseos y los judíos comunes, tenía dificultades para encajar a Jesús en ella. Sin embargo, su íntima relación con Jesús cambió todo eso.

Su libro describe el camino que él y los apóstoles recorrieron para convertirse en creyentes plenamente convencidos de que Jesús era el Mesías, el Hijo de Dios, un hombre perfecto en el que Dios habitaba en toda su plenitud, majestad, gloria, honor y poder. Resolvió su problema con respecto al Shemá. La Resurrección fue el catalizador que consumó esta verdad, aunque Jesús expuso su esencia en numerosas ocasiones.

En resumen, he aquí los signos e incidentes que revelaron a Juan y a los demás apóstoles la verdad de la manifestación de Dios en la carne y que Juan seleccionó para comunicar esta revelación a sus lectores.

## El Prólogo

El prólogo de Juan (1:1-18) describe su fe en la venida de Dios en la carne, la Encarnación. El Verbo era Dios, se hizo carne y habitó entre nosotros. Estaba lleno de gracia y de verdad, y de su plenitud hemos recibido todos. Nadie ha visto a Dios en ningún momento; el Hijo unigénito lo ha declarado (exegético, sacado de la invisibilidad a la visibilidad).

### La Divulgación Pública y las Ocho Señales

1. La autoridad de Cristo en el ámbito de la creación. Exhibió Su capacidad creadora al convertir el agua en vino (Juan 2:1-11).
2. La autoridad de Cristo en el ámbito de la curación. Su poder curativo restauró al hijo del noble y consoló a la familia (Juan 4:43-54).
3. La autoridad de Cristo en el ámbito de las prácticas religiosas. Demostró su supremacía sobre el sábado, y, por tanto, su preeminencia sobre la ley de Moisés (Juan 5:1-47).
4. La autoridad de Cristo en el ámbito de las cosas materiales. Tomó el control de elementos materiales como el pan y el pescado, multiplicándolos milagrosamente ante los ojos de Sus discípulos y de la multitud allí reunida (Juan 6:1-15).
5. La autoridad de Cristo en el ámbito de la naturaleza. Era dueño de las fuerzas de la naturaleza, en particular del viento, el mar y sus olas (Juan 6:16-21).
6. La autoridad de Cristo en el reino del perdón. Tenía jurisdicción en el perdón, levantando la culpa y la condenación de los que estaban cargados con ella (Juan 8:1-11).
7. La autoridad de Cristo en el ámbito de la iluminación. Abrió los ojos a la luz natural y espiritual (Juan 9:1-41).
8. La autoridad de Cristo en el ámbito de la muerte. Tenía un dominio completo sobre la muerte, demostrado por la resurrección de Lázaro (Juan 11:1-46.)

Jesús encarnaba todos los rasgos y características de un hombre natural y, sin embargo, poseía una autoridad y un poder absolutos en cada uno de estos ámbitos que pertenecían exclusivamente a Dios. Aquí vemos el misterio de la piedad, el matiz del Evangelio de Juan. Se le identifica como Señor y Dios. En la carne, es el Hijo de Dios; en el Espíritu, Dios sobre todo.

### La Revelación Pública y los Treinta Incidentes

A lo largo de los doce capítulos de la revelación pública de Cristo, treinta incidentes son de vital importancia para el propósito del Evangelio de Juan (Juan 1-12). Cada incidente contiene el tono y el matiz, complementando los ocho signos que revelan a Dios como plenamente residente en el Señor Jesucristo.

## **La Revelación Privada**

En la revelación privada, capítulos 13-17, Jesús se desveló a sí mismo, describiendo afectuosamente su humanidad y deidad a sus apóstoles. Sin embargo, en ese momento, ellos no lo comprendieron plenamente.

## **La Pasión de Jesús**

En la última división, Juan 18-21, Jesús se enfrentó a sus acusadores, fue juzgado injustamente y crucificado sin contemplaciones, pero se levantó triunfalmente de la tumba. Poco después, se reunió en secreto con sus apóstoles en una impresionante revelación de sí mismo como Señor y Dios. Era el fondo, la revelación de sí mismo en toda su gloria, luz, poder, majestad y deidad.

## **La Fe Creciente de los Apóstoles**

Los discípulos eran muy parecidos al hombre que gritó: “Creo; ayuda mi incredulidad” (Marcos 9:24). Al principio tenían una medida de fe. Creció a medida que caminaban con Jesús, contemplaban sus milagros, escuchaban con exultación sus inspiradas enseñanzas y experimentaban la intimidad de la deidad cuando finalmente se les reveló claramente. Su fe cayó en picado cuando lo vieron cruelmente clavado en la cruz. Sin embargo, revivió rápidamente y llegó a su fin en la Resurrección, cuando Tomás pronunció su exclamación triunfal (Juan 20:28).

La confesión de Tomás fue el último eslabón de la cadena de iluminación, que iluminó claramente a los apóstoles hasta “a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo” (Efesios 4:13). “Porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad, y vosotros estáis completos en él, que es la cabeza de todo principado y potestad” (Colosenses 2:9-10).

Las dos preguntas destacadas en la Introducción—“¿Dónde está tu Padre?” y “¿Tú quién eres?” (Juan 8:19, 25)—constituyen la base del libro. Juan las respondió al retratar al Padre residente en el Hijo, la realidad última del universo que habita para siempre en el templo de su amor.

En el retrato que Juan hizo de Cristo, surgió un incidente que solo él describió como el más convincente y persuasivo: “Y los judíos respondieron, y le dijeron: ¿Qué señal nos muestras, ya que haces esto? Respondió Jesús y les dijo: Destruid este templo, y en tres días lo levantaré. Dijeron luego los judíos: En cuarenta y seis años fue edificado este templo, ¿y tú en tres días lo levantarás? Más él hablaba del templo, de su cuerpo. Por tanto, cuando resucitó de entre los muertos, sus discípulos se acordaron que había dicho esto; y creyeron la Escritura y la palabra que Jesús había dicho” (Juan 2:18-22).

Destruído en el Calvario, Jesús se levantó en la mañana de la Resurrección, cubierto de luz como un manto. (Véase el Salmo 104:2). Juan declaró, “Dios es luz” (I Juan 1:5).

En conclusión, Juan tuvo que escribir su Evangelio para explicar cómo él y los apóstoles llegaron a la fe. ¡Al hacerlo, repudió el desafío de los impíos que negaban al único Señor Dios y a nuestro Señor Jesucristo, mostrando claramente que Jesucristo es tanto Señor como Dios!

## Recomendaciones

*Juan: El Evangelio que tenía que ser escrito* es una mirada poderosa y reveladora del Dios poderoso en Cristo, tal como lo describe el apóstol Juan. El uso que hace el pastor Kinzie del “tono y matiz” de la escritura de Juan es un método único y basado en las escrituras para transmitir la revelación de Jesucristo. Este libro será una bendición para aquellos que conocen la unicidad de Dios, o para cualquiera que tenga una genuina hambre y sed de saber más sobre Jesucristo.

Jack Phelps B.A. Licenciado en Marketing, Universidad de Toledo

Este es un libro bien investigado y erudito, adecuado para su uso en un instituto bíblico y, sin embargo, fácilmente legible por un laico. Está lleno de la sabiduría de un verdadero hombre de Dios, un ministro que ha caminado con el Señor durante más de medio siglo. Este libro atraerá al lector a nuestro maravilloso Señor Jesucristo. Como escritor legal y profesor de escritura legal, lo encuentro bien escrito, lógico y analítico.

Sue Graziano, Profesora Asociada de Derecho, Bowling Green State University

Cuando leí por primera vez este libro, participé en un gran estudio bíblico semanal, no confesional, sobre Juan. En una de las clases, la profesora comenzó diciendo: “Existe la doctrina llamada la trinidad...”, como si ella misma no la entendiera del todo, pero se viera obligada a impartir el curso desde esa perspectiva.

Al igual que esta profesora, yo solía filtrar todo a través de las gafas trinitarias. Pero, desgraciadamente, eso no aportaba claridad, sino solo perplejidad. Sin embargo, *Juan: El Evangelio que tenía que ser escrito* aborda directamente esta cuestión. Al leer el libro de Juan, veo cómo Dios se reveló en Jesús: primero públicamente, mediante la realización de milagros y la toma de autoridad sobre asuntos materiales y religiosos; luego, en privado, a sus discípulos; y, finalmente, a través de la shekinah mostrada claramente.

Mary Smith, abogada, consejera general, Hospital Riverside, Toledo